

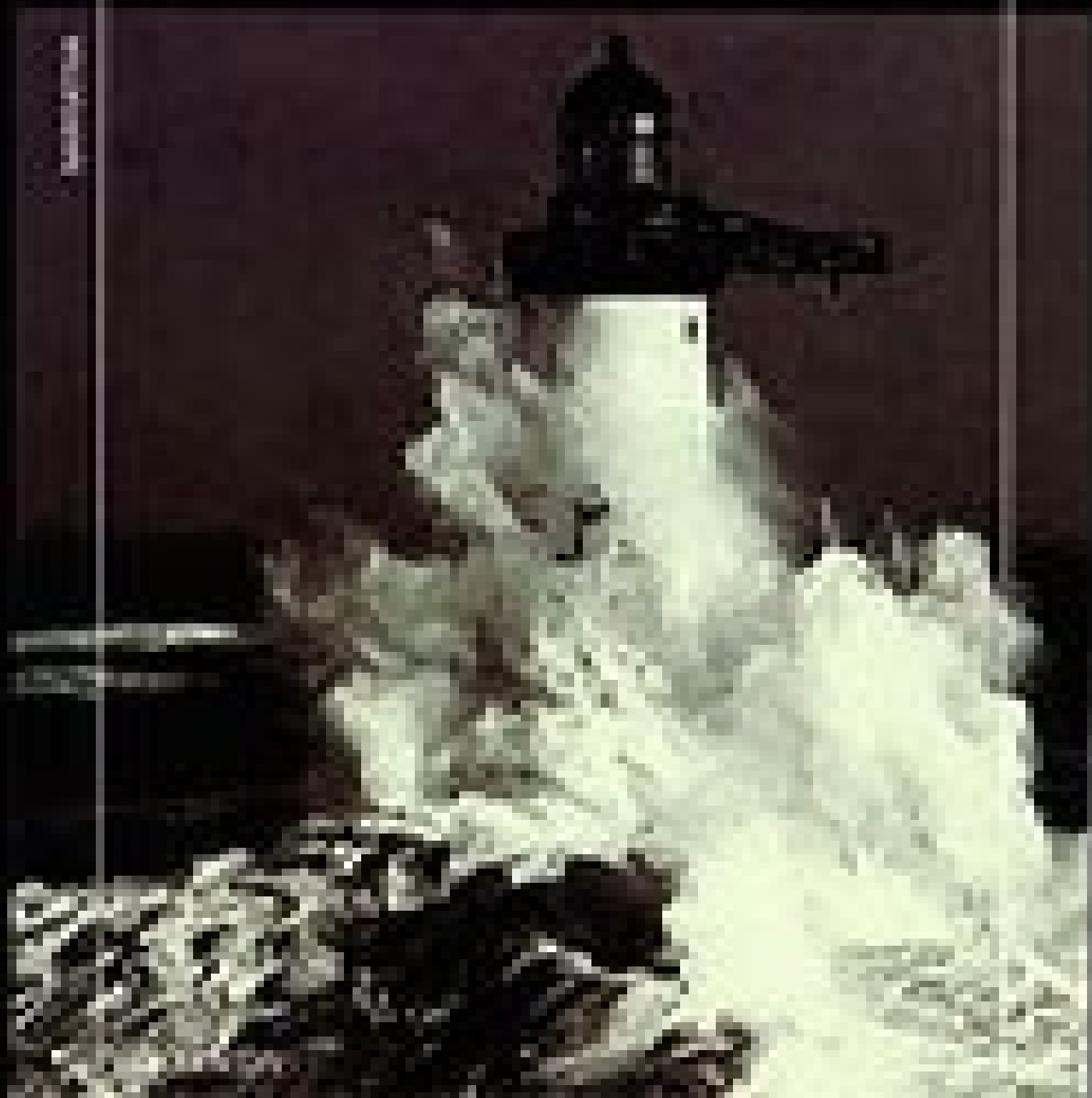
EL

70

ANIVERSARIO

El faro del fin del mundo

JULIO VERNE



Annotation

El faro del fin del mundo es una novela en tono oscuro y trágico de Julio Verne (1828-1905), escrita hacia 1901. Cuando fallece, su hijo Michel corrige la obra con el objeto de hacerla más atractiva. La versión original de Verne publicada por Stanké, Montreal, en 1998, es la que hoy presentamos a los lectores.

A pesar de que la obra es aparentemente estática, con pequeños escenarios y descripciones que se limitan al entorno, es considerada uno de sus mejores trabajos. La historia se desarrolla en la Isla de los Estados, en la Patagonia. En ella, los únicos habitantes son los miembros de una banda de piratas dirigidos por el terrible Kongre, que mediante artimañas, logra atraer barcos a la isla, para robarlos y, posteriormente, asesinar a los tripulantes. Este procedimiento se ve amenazado cuando llegan a la isla tres hombres, con el objetivo de construir y poner en funcionamiento un faro. Los piratas logran matar a dos de ellos, y Vásquez, su líder, consigue escapar con vida. Él tratará, entonces, de sobrevivir en ese lejano paraje al mismo tiempo que busca la manera de terminar con las fechorías de los piratas.

El faro del fin del mundo

JULIO VERNE

Traducción y nota preliminar de
Mariano Fiszman

Colección Aniversario
Primera edición en esta colección: junio de 2010
© Editorial Losada, S. A.
Moreno 3362, Buenos Aires, Argentina
Tels. 4373-4006 / 4375-5001
www.editoriallosada.com.ar
Título original: *Le Phare du bout du Monde*
Tapa: Peter Tjebbes
Maquetación: Taller del sur
ISBN: 978-950-03-9760-5
Depósito legal: B.23292-2010
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Libro de edición argentina
Tirada: 2.000 ejemplares
Impreso en España
Digitalización: Vampy815

Nota preliminar

El faro del fin del mundo es una de las últimas novelas de Julio Verne. Publicada después de su muerte, en 1905, ese mismo año apareció por entregas en la revista *Magasin d'Éducation et de Récréation*. Sin embargo, como las otras obras postumas de Verne, que fueron corregidas y a veces hasta rescritas arbitrariamente por su hijo Michel, su versión original recién se dio a conocer al público en 1998 por la editorial canadiense Stanké. Esa versión original es la que presentamos a los lectores en esta edición.

Julio Verne había nacido en 1828 en Nantes, uno de los puertos más importantes de Francia, más precisamente en la isla Fey-deau, donde el río Loira desemboca en el Atlántico. La rama paterna de su familia estaba dedicada al derecho y la materna a la navegación, y él se crió entre barcos e historias de viajes. La geografía, la cartografía, los adelantos tecnológicos y la literatura lo apasionaron desde chico. Antes de los veinte años ya había escrito poemas y obras teatrales, pero obligado a seguir el camino que le había trazado su padre tuvo que abandonar sus aspiraciones literarias para estudiar abogacía. A los veinte años se fue a París, donde terminó sus estudios, aunque nunca ejerció la profesión. A pesar de la presión del padre para que volviera a Nantes a hacerse cargo del despacho familiar, de los rigores de la pobreza y del hambre, y del poco éxito de las obras que seguía escribiendo, algunas en colaboración con Alejandro Dumas hijo, el deseo de escribir se impuso. Durante años soportó todas las dificultades confiando en que en algún momento triunfaría, como Rastignac o de Rubempré, esos personajes de jóvenes con ambiciones literarias de las novelas de Balzac que Verne leía con admiración, así como las de Dickens. Sus lecturas de Saint-Simon y Fourier, de Poe y de las ciencias más diversas, y la amistad con dos personajes como el aventurero Jacques Arago y el fotógrafo Nadar, pionero de los vuelos en globo, lo encaminaron hacia la intuición de lo que sería “su” creación literaria: “la novela de la ciencia”. Son los años del nacimiento de los folletines, y Verne publica algunos relatos de viajes en el *Musée des Familles*. Hasta que en 1862 todas sus búsquedas y afanes se cristalizan gracias a su encuentro con el editor Jules Hetzel, pionero de las novelas por entregas. El primer libro que Hetzel le acepta es *Cinco semanas en globo*. Desde ese momento y por cuarenta años, unidos por un contrato que le garantizaba mucha plata a Verne y dos libros por año a su editor, quien lo orientó

hacia el público infantil y juvenil, iban a ir apareciendo *De la tierra a la luna*, *Los hijos del Capitán Grant*, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *La vuelta al mundo en ochenta días*, *La isla misteriosa*, *Las tribulaciones de un chino en China*, y todas las otras novelas de la serie *Viajes Extraordinarios*.

El faro del fin del mundo cuenta la historia de la construcción del faro más austral del mundo, en la Isla de los Estados, confluencia de los océanos Atlántico y Pacífico y uno de los últimos brotes de tierra del continente americano. Ese faro fue erigido allí en 1884 a instancias del Estado argentino para evitar los naufragios frecuentes en la zona. Al comienzo de la novela, Verne describe con precisión enciclopédica tanto el faro como la isla, su geografía, su flora, su fauna y las asperezas de la vida en una tierra cubierta por nieve ocho meses al año, y después nos cuenta las desventuras del primer contingente de fareros, tres ex marinos argentinos, Vásquez, Felipe y Moriz, encargados de encender la luz del faro cada atardecer y mantenerla viva hasta la mañana siguiente, para salvaguardar los barcos y las vidas de los navegantes que van a dar la vuelta al estrecho de Magallanes. En principio, Vásquez (el jefe) y sus dos camaradas deben permanecer tres meses en la isla deshabitada hasta que los reemplace su relevo. Una vez que el barco de la armada argentina, el aviso *Santa Fe*, los deja, con la condición de volver a principios de marzo con sus reemplazantes, y después de algunos días de trabajo satisfactorio, los fareros descubren que no están solos en la isla. Una banda de malhechores comandada por un jefe cruel y muy astuto llamado Kongre, que no desconoce el oficio de marino y al que secundan algunos nativos americanos y fueguinos, vive refugiada en las cuevas de la isla. Desde sus costas atraen a los barcos mediante señales engañosas para hacerlos zozobrar y quedarse con sus restos. La banda de Kongre espera la llegada de un barco en buenas condiciones para abandonar la isla con las riquezas acumuladas. Ese barco finalmente llega, es la goleta chilena *Maule*. La banda se apodera de ella. Hasta aquí el resumen del argumento. No vamos a contar el resto de la historia por anticipado; que los lectores se embarquen por su cuenta en las peripecias de los personajes y en las vueltas de la intriga, que no son sutiles pero que se hacen vertiginosas hacia el desenlace, y le dan al relato una carga de otro tipo, emotiva y digamos que moral, donde Vásquez y Kongre se convierten en arquetipos del bien y del mal.

Esa oposición básica entre el bien y el mal, representados por Vásquez y Kongre, sin embargo por momentos se atenúa. Es cierto que las diferencias entre ellos son tajantes, Kongre sobresale en maldad y crueldad (aunque el narrador no pueda impedirse admirar su inteligencia) y Vásquez es un ejemplo de bondad candorosa, valentía y temple. Pero ante la naturaleza y los barcos, los dos son iguales. Sus vidas son duras y ásperas como el medio en el que sobreviven,

oscuras como las cavernas donde se resguardan, solitarias y frías. A su vez cada uno tiene un acompañante que lo secunda, y las dos parejas se parecen. Vásquez, el argentino bonachón, se alía al náufrago norteamericano John Davis, un patriota ansioso por vengar a sus compañeros, tan valiente como él; mientras que al extranjero Kongre lo acompaña el chileno Carcante, y la relación entre ellos es en cada caso igual de noble. Donde mejor se ve esa “humanización” de Kongre y su banda es cuando tienen que resolver problemas náuticos. Entonces el relato deja de señalarlos como villanos y se entusiasma, y entusiasma a los lectores, que también queremos que lo consigan, con la épica de sus esfuerzos por salvar el *Maule*, y con la aventura de repararlo y ponerlo a navegar. Dejan de ser asesinos desalmados y aparecen como simples hombres enfrentados a la adversidad de la naturaleza o ante un problema técnico a resolver. En ese punto, buenos y malos se igualan como las aguas de los dos océanos que se mezclan alrededor de esa isla.

A diferencia de otras novelas de los *Viajes Extraordinarios*, en ésta los personajes no se desplazan por el mundo adentro de una nave, cumpliendo ese sueño infantil que recrea el encierro hogareño a la vez que hace posible desplazarse mágicamente sobre el agua. Aquí están limitados al territorio de la Isla de los Estados, aislados del resto del mundo y sometidos a condiciones de vida extremas. La imagen general del texto lo acerca a esas descripciones de paisajes náuticos llamadas marinas, donde se agitan mares borrascosos y turbulentos, cargadas de grises oscuros, y donde un barco insignificante, lleno de hombrecitos que no alcanzamos a ver, no puede evitar que el mar lo sacuda a su antojo como un dios furioso. Los barcos tienen, como en toda la obra de Verne, un lugar fundamental. El *Maule*, que después va a llamarse *Carcante*, el *Century* y el *Santa Fe*, con ese nombre que muestra todas las esperanzas puestas en él por Vásquez y Davis, son tan protagonistas de la novela como sus personajes, y la descripción de sus partes y su funcionamiento es más exhaustiva que la penetración en los sentimientos o en las motivaciones de éstos. Por otra parte, el vocabulario náutico invade todo el texto, no sólo al referirse a las embarcaciones y sus partes o maniobras, sino también aplicado al paisaje o a las acciones humanas.

Conocemos desde chicos muchas de las numerosas obras de Julio Verne, que fueron y seguirán siendo leídas en el mundo entero. Donde la lectura infantil dejó un hueco, el cine fue a llenarlo, y la cantidad de adaptaciones cinematográficas de sus libros es casi tan numerosa y difundida como ellos. *El faro del fin del mundo* no fue una excepción, y el resultado fue la película *La luz del fin del mundo*, de 1971, con Kirk Douglas como Vásquez y Yul Brinner como Kongre, caras muy apropiadas para esos arquetipos de héroe y villano. Sin

embargo esta novela, desde la imagen del ocaso con la que empieza hasta la de la luz del faro que vuelve a brillar al final, deja una impresión más oscura o menos inocente que otras de Verne, que ya cercado por las enfermedades y los años cierra con ella una vida entregada a la pasión voraz del saber y la escritura.

M. F.

I

Inauguración

El sol estaba a punto de desaparecer atrás de la línea de cielo y de mar que limitaba el horizonte a cuatro o cinco leguas al oeste. El tiempo era bueno. Del lado opuesto, algunas nubecitas absorbían aquí y allá los últimos rayos que no tardarían en apagarse bajo las sombras del crepúsculo, que duraba bastante en esa latitud del grado cincuenta y cinco del hemisferio meridional.

En el momento en que el disco solar sólo mostraba su parte superior, un cañonazo resonó a bordo del aviso¹ *Santa Fe*, y el pabellón de la República Argentina, desenrollándose con la brisa, fue izado en lo alto del gran mástil.

En ese mismo instante apareció una luz muy fuerte en la cumbre del faro, construido al alcance de un disparo de fusil atrás de la estrecha bahía de El Gor, donde estaba fondeado el *Santa Fe*. Dos de los fareros, los obreros reunidos en el arenal y la tripulación formada adelante del barco saludaron con largas aclamaciones la primera luz encendida en esa costa lejana.

Otros dos cañonazos les respondieron, repetidos varias veces por los ecos ruidosos de las cercanías. Entonces la bandera del aviso fue izada según las reglas de los buques de guerra y el silencio se volvió a apoderar de la Isla de los Estados, situada en esos parajes donde se encuentran las aguas del Atlántico y del Pacífico.

Los obreros embarcaron enseguida a bordo del *Santa Fe* para pasar en él esa última noche y sólo quedaron en tierra los dos fareros, mientras que el tercero estaba en el cuarto de guardia.

Esos dos hombres no volvieron de inmediato a su alojamiento, y dieron un paseo a lo largo de la bahía mientras conversaban.

—Y bien, Vásquez —dijo el más joven—, mañana va a zarpar el aviso...

—Sí, Felipe —respondió Vásquez—, y espero que no tenga una mala travesía para volver al puerto...

—¡El viaje es largo, Vásquez!...

—Tanto cuando uno viene como cuando se va, Felipe.

—Me imagino que sí —replicó Felipe riéndose de la respuesta de su compañero.

—¡Eh!, muchacho —prosiguió Vásquez—, a veces se tarda más en ir que

en volver, ¡a menos que el viento no sea firme!... Después de todo, mil quinientas millas no son nada si el barco tiene una buena máquina y lleva bien las velas...

—Y además, Vásquez, el comandante Lafayate conoce bien la ruta...

—Que es toda recta, muchacho. Así como puso rumbo al sur para venir, pondrá rumbo al norte para volver, y si la brisa sigue soplando desde tierra tendrá el abrigo de la costa y navegará como sobre un río, el Río de la Plata o cualquier otro...

—Pero un río de una sola orilla —repuso Felipe.

—Y qué importa, mientras sea la buena, ¡y siempre es la buena cuando el viento viene de ahí!

Como verán, a Vásquez le gustaba mucho hablar en ese tono de buen humor con su camarada.

—Es verdad —respondió éste—, pero si el viento llega a cambiar de lado...

—Eso sería mala suerte, Felipe, y espero que no cambie contra el *Santa Fe*. En unos quince días puede haber recorrido sus mil quinientas millas y vuelto a su fondeadero en la rada de Buenos Aires... Aunque si el viento llegara a soplar del oeste...

—No encontraría ningún puerto para refugiarse, ni en tierra ni mar adentro...

—Es como dices, muchacho. En Tierra del Fuego o en la Patagonia no hay ni una sola escala, ¡y hay que correr hacia alta mar si uno no quiere ir a parar a la costa!

—En fin, Vásquez, en mi opinión, parece que el buen tiempo va a durar.

—Soy de la misma opinión, Felipe. Estamos casi a comienzos de la buena estación... tres meses por delante, no es poca cosa...

—Los trabajos se terminaron en buen momento... —respondió Felipe.

—Lo sé, muchacho, lo sé, a principios de diciembre, que es como decir a principios de junio para los marinos del norte... ¡Y en esta época son más raras las tempestades, a las que les cuesta tan poco hacer encallar un barco como volarle el sombrero a usted! Y además, una vez que el *Santa Fe* esté en puerto, pueden soplar y resoplar el viento y la tempestad todo lo que el diablo quiera... ¡No hay ninguna posibilidad de que nuestra isla se vaya a pique, con faro y todo!...

—Seguramente, Vásquez. Por otra parte, después de que el barco haya ido a llevar noticias de nosotros, cuando vuelva con el relevo...

—Dentro de tres meses, Felipe...

—Sí... tres meses... encontrará a la isla en su sitio.

—Y a nosotros en ella —respondió Vásquez frotándose las manos, después

de haber aspirado una larga bocanada de su pipa que lo envolvió en un vapor espeso—. Ves, muchacho, aquí no estamos a bordo de un barco al que la borrasca empuja y rempuja, o si es un barco, está sólidamente anclado en la punta de América y no se va soltar de su ancla... ¡Que estos parajes son malos, estoy de acuerdo! ¡Que se le haya hecho mala fama a los mares del cabo de Hornos, es justo! ¡Que, precisamente, ya no se cuenten más los naufragios en estas costas, y que los saqueadores de restos no puedan elegir otras mejores para hacerse ricos, también puede ser cierto! ¡Pero todo eso va a cambiar, Felipe! ¡Aquí está la Isla de los Estados con su faro, y no será un huracán, aun cuando sople desde todos los puntos del horizonte, el que conseguirá apagarlo! ¡Los barcos lo verán a tiempo para enderezar su camino! ¡Se guiarán por su luz y no correrán el riesgo de chocar contra las rocas del cabo Tucumán o de la punta Several, incluso en las noches más oscuras!... ¡Somos nosotros quienes sostendremos el farol, y lo tendremos bien agarrado!

Había que oír hablar a Vásquez con esa animación que no dejaba de conmover a su camarada. Y quizá Felipe pensaba con menos ligereza en las largas semanas a pasar en esa isla desierta, sin ninguna comunicación con sus semejantes, hasta el día en que los tres fueran relevados de sus puestos. Un aspecto de la situación del cual Vásquez no parecía querer preocuparse.

Para terminar, éste agregó:

—Sabes, muchacho, los últimos cuarenta años anduve un poco por todos los mares del viejo y del nuevo continente, fui grumete, novato, marinero, contramaestre. ¡Y bien, ahora que me llegó la edad del retiro, no podía desear nada mejor que ser guardián de un faro, y de qué faro! ¡El faro del fin del mundo!

¡Y la verdad era que en la punta de esa isla perdida, en el extremo de las tierras habitadas y habitables, ese nombre lo justificaba muy bien!

—Dime, Felipe —prosiguió Vásquez, que sacudió la pipa apagada sobre el hueco de su mano—, ¿a qué hora vas a reemplazar a Moriz?

—A las diez, y hasta las dos de la mañana...

—Bien... yo iré a tomar tu lugar hasta que amanezca.

—Hecho, Vásquez. Así que lo mejor que podemos hacer es irnos a dormir...

—¡A la cama, Felipe, a la cama!

Vásquez y Felipe volvieron a subir hacia la pequeña muralla en cuyo interior se levantaba el faro y entraron en la vivienda, cuya puerta se cerró a sus espaldas.

La noche fue tranquila y, en el instante en que terminaba, Vásquez apagó la luz encendida desde hacía doce horas.

Las mareas generalmente son débiles en el Pacífico, sobre todo a lo largo de

las costas de América y de Asia bañadas por este vasto océano. Por el contrario, su movimiento es muy considerable en la superficie del Atlántico y se hace sentir con violencia hasta en los lejanos parajes de la Magallania.

Ese día el reflujo comenzaba a las seis de la mañana y, para aprovecharlo, el aviso habría debido soltar amarras al amanecer. Pero sus preparativos no estaban del todo terminados y el comandante recién pensaba salir de la bahía de El Gor con la marea de la tarde.

El *Santa Fe*, de la armada de la República Argentina, medía doscientas toneladas y tenía una fuerza de ciento sesenta caballos. Estaba comandado por un capitán y un segundo oficial, tenía unos cincuenta hombres, incluidos los contramaestres, y era usado para vigilar las costas desde la embocadura del Río de la Plata hasta el estrecho de Lemaire en el Océano Atlántico. En esa época el ingenio marítimo aún no había construido los barcos de marcha rápida, cruceros, torpederos y otros. Así que, bajo la acción de su hélice, el *Santa Fe* no sobrepasaba las nueve millas por hora, velocidad suficiente por otra parte para la vigilancia de las costas patagónicas y fueguinas, frecuentadas únicamente por los barcos de pesca.

Ese año, el aviso había tenido la misión de seguir los trabajos de construcción del faro que el gobierno argentino hizo levantar en la Isla de los Estados, en la entrada del estrecho de Lemaire. Fue a bordo de él donde se transportaron el personal y los materiales necesarios para ese trabajo, que acababa de ser llevado a buen fin siguiendo los planes de un hábil ingeniero de Buenos Aires.

Hacía unas tres semanas que el *Santa Fe* se encontraba fondeado al fondo de la bahía de El Gor. Después de haber desembarcado provisiones para cuatro meses, después de haberse asegurado de que nada les faltaría a los guardianes del nuevo faro hasta el día del relevo, el comandante Lafayate iba a llevar de regreso a los obreros enviados a la isla. Si ciertas circunstancias imprevistas no hubieran retrasado el fin de los trabajos, el *Santa Fe* habría debido estar, desde hacía un mes ya, de regreso en su puerto de origen.

En suma, durante toda su escala el comandante Lafayate no había tenido nada de qué preocuparse, al final de esa bahía bien protegida contra los vientos del norte, del sur y del oeste. Solamente el mal tiempo de alta mar habría podido molestarlo. Pero a comienzos de la temporada de verano, era de esperar que no se produjeran sino algunos inconvenientes pasajeros en los parajes magallánicos.

Eran las siete cuando el capitán y el segundo oficial, Riegel, salieron de sus camarotes ubicados en la entrada del castillo de popa, en la parte de atrás del aviso. Los marineros terminaban el lavado del puente, y las últimas aguas empujadas por los hombres de servicio chorreaban a través de las dalas. Al

mismo tiempo, el primer contramaestre tomaba medidas para que todo estuviera listo cuando llegara la hora de la salida del barco, aunque ésta sólo debía efectuarse durante la tarde. Se les quitaban las fundas a las velas, se bruñían las mangas, los cobres del habitáculo y las claraboyas, y se levantaba el bote grande sobre sus pescantes, mientras que el chico quedaba para el servicio de a bordo.

Al levantarse el sol, el pabellón subió hasta el cangrejo de mesana.

Tres cuartos de hora más tarde, sonaron cuatro golpes en la campana de adelante, y los marineros de guardia formaron su brigada.

Después de desayunar juntos, los dos oficiales volvieron a subir al castillo de popa, examinaron el estado del cielo, bastante despejado por la brisa de tierra, y le dieron al contramaestre la orden de que los desembarcara.

Durante esa mañana el comandante quería inspeccionar por última vez el faro y sus anexos, la vivienda de los fareros, los almacenes donde se guardaban las provisiones y el combustible, y asegurarse del buen funcionamiento de los diversos aparatos.

Descendió en la playa, acompañado por el oficial, y se dirigió hacia la muralla del faro.

Mientras se acercaban hablaron de esos tres hombres que iban a quedarse en la triste soledad de la Isla de los Estados.

—Es verdaderamente duro —dijo el capitán—, y el trabajo es penoso, incluso en los faros que están en comunicación cotidiana con la tierra. Sin embargo, hay que tener en cuenta que esos hombres valientes siempre llevaron una existencia muy dura, y que la mayoría son ex marineros...

—Sin duda —respondió Riegal—, pero una cosa es ser farero en las costas frecuentadas y otra es vivir en una isla desierta, donde los barcos nunca hacen escala, y que lo único que hacen es reconocerla para pasar lo más lejos posible...

—Estoy de acuerdo, Riegal. Por eso el relevo se hará dentro de tres meses, y Vásquez, Felipe y Moriz van a comenzar por el período menos riguroso...

—En efecto, mi comandante, y no tendrán que sufrir los terribles inviernos del cabo de Hornos...

—Terribles, es verdad —respondió el capitán—, y después de un reconocimiento que hicimos hace algunos años en el estrecho, de Tierra del Fuego a la Tierra de Desolación, y desde el cabo Vírgenes hasta el cabo Pilar, no tengo nada más que aprender en materia de tempestades. Pero en fin, nuestros fareros tienen una habitación sólida que las tormentas no demolerán... No les van a faltar víveres ni carbón, incluso si su guardia debiera prolongarse dos meses más... En buen estado los vamos a dejar y en buen estado los encontraremos, ya que si bien el aire es fuerte, ¡por lo menos es puro en la entrada del Atlántico y del Pacífico! Y además, Riegal, lo que pasa es lo siguiente: ¡cuando la autoridad

marítima pidió fareros para el faro del fin del mundo, lo único que les dio trabajo fue elegirlos!

Los dos oficiales acababan de llegar ante la muralla donde los esperaban Vásquez y sus camaradas. La puerta se abrió y ellos se detuvieron después de responder al saludo reglamentario de los tres hombres.

Antes de dirigirles la palabra, el capitán Lafayate los examinó desde los pies, calzados con gruesas botas de mar, hasta la cabeza, cubierta con la capucha del capote impermeable.

—¿Anduvo todo bien esta noche? —preguntó dirigiéndose al jefe de los fareros.

—Bien, mi comandante —respondió Vásquez.

—¿No divisaron ningún barco en alta mar?...

—Ninguno.

—¿Ni en el estrecho de Lemaire?...

—Ni en el estrecho, y con ese cielo sin bruma habríamos visto una luz a por lo menos cuatro millas.

—¿Las lámparas funcionaron como corresponde?...

—Sin interrupciones, mi comandante, y hasta el amanecer.

—¿No tuvieron frío en el cuarto de guardia?...

—No, mi comandante, está bien cerrado, y el doble vidrio de las ventanas frena el viento.

—Vamos a visitar su vivienda y después el faro.

—A sus órdenes, mi comandante —respondió Vásquez.

En la parte de abajo de la torre habían construido la vivienda de los fareros con unas paredes gruesas que podían desafiar todas las borrascas magallánicas. Los oficiales visitaron las diferentes piezas convenientemente acondicionadas. No había nada que temer, ni la lluvia, ni el frío, ni las tormentas de nieve que bajo una latitud casi antártica son formidables.

Las piezas estaban separadas por un pasillo, al fondo del cual se abría la puerta que daba acceso al interior de la torre.

—Subamos —dijo el capitán Lafayate.

—A sus órdenes —repitió Vásquez.

—Con que usted nos acompañe es suficiente.

Vásquez les hizo una señal a sus dos camaradas para que se quedaran en la entrada del pasillo. Después empujó la puerta de la escalera y los dos oficiales lo siguieron.

Ese caracol estrecho, con peldaños de piedras encastradas en la pared, no era oscuro. Unos tragaluces lo iluminaban de piso en piso.

Cuando llegaron al cuarto de guardia, sobre el cual estaban instalados el

farol y los aparatos de luz, los dos oficiales se sentaron en el banco circular fijo en la pared. A través de las cuatro ventanitas abiertas en esa habitación, la mirada podía abarcar todos los puntos del horizonte.

Aunque la brisa fuera moderada, silbaba bastante fuerte a esa altura, y se mezclaba con los gritos agudos de las gaviotas, las fragatas y los albatros que pasaban dando grandes aletazos.

El capitán Lafayate y su segundo fueron a apostarse sucesivamente adelante de esas ventanas y se aseguraron de que estaban en buen estado. Después, a fin de tener mejor vista de la isla y del mar circundante, treparon por la escalera que llevaba a la galería que rodeaba el farol.

Toda la parte de la isla que se dibujaba bajo sus ojos hacia el oeste estaba desierta, así como el mar al este y al sur y como el estrecho al norte, demasiado ancho para que fuera posible distinguir su costa septentrional. Al pie de la torre se ahuecaba la bahía de El Gor, cuyo final se animaba con el ir y venir de los marineros en el fondeadero del *Santa Fe*. Ni una vela, ni una humareda mar adentro. ¡Nada más que la inmensidad del océano!

Después de quince minutos en la galería del faro, los dos oficiales, seguidos por Vásquez, bajaron y volvieron a bordo.

Después de almorzar, el capitán Lafayate y su segundo Riegal se hicieron llevar a tierra. Las horas anteriores a la partida las iban a consagrar a un paseo por la orilla izquierda de la bahía de El Gor. Varias veces ya, y sin piloto —es comprensible que no hubiera ninguno en la Isla de los Estados—, el comandante había entrado de día para llegar a su fondeadero habitual en la pequeña cala al pie del faro. Pero, por prudencia, nunca dejaba de hacer un nuevo reconocimiento.

Los dos oficiales prolongaron entonces su excursión hasta el litoral, observando algunas referencias. Yendo con cuidado, no era una navegación muy difícil, ya que por todas partes había agua suficiente para un barco como el *Santa Fe*, incluso con marea baja. Ahora, iluminada por el faro, la bahía sería fácilmente navegable de noche.

—Es verdaderamente enojoso —dijo el comandante— que los alrededores de esta bahía sean tan peligrosos, en medio de esos arrecifes que se extienden a lo ancho. Los barcos en problemas habrían podido encontrar un refugio ahí, y es el único que se encuentra después de haber pasado el estrecho de Magallanes.

Nada más cierto, pero sin duda aún está lejos el tiempo en que los mapas marinos indiquen un puerto de escala al fondo de esa bahía de El Gor, en la costa este de la Isla de los Estados.

A las cuatro, los dos oficiales estaban de regreso, y volvieron a subir a bordo después de haberse despedido de Vásquez, de Felipe y de Moritz, que se

quedaron en el arenal esperando el momento de la partida.

A las cinco, la presión empezaba a subir en la caldera del aviso, cuya chimenea vomitaba torbellinos de humo negro. El mar no tardaría en aquietarse, y el *Santa Fe* levantaría su ancla en cuanto el reflujo se hiciera sentir.

A las seis menos cuarto, el comandante dio órdenes de girar el cabrestante. La hélice estaba lista para funcionar, y el exceso de vapor humeaba por el tubo de escape.

En la parte de adelante el segundo oficial controlaba la maniobra; el ancla pronto estuvo vertical y subió hasta la serviola.

El *Santa Fe* se puso en marcha saludado por los adioses de los tres fareros. Y más allá de lo que Vásquez pudiera pensar, si bien sus camaradas vieron alejarse el aviso no sin alguna emoción, los oficiales y la tripulación sentían una muy profunda al dejar a esos tres hombres en esa isla del extremo de América.

El *Santa Fe*, a velocidad moderada, siguió las sinuosidades de la bahía de El Gor, y todavía no eran las ocho cuando llegó a alta mar. Una vez doblado el cabo San Juan corrió a todo vapor a través del estrecho y, ya en la noche cerrada, la luz del faro del fin del mundo sólo se veía como una estrella al borde del horizonte.

II

La Isla de los Estados

La Isla de los Estados —también llamada Tierra de los Estados— está ubicada en el extremo sudeste del nuevo continente. Es el último pedazo del archipiélago magallánico al cual las convulsiones de la época plutoniana arrojaron a esos parajes del paralelo cincuenta y cinco, a menos de siete grados del Círculo Polar Antártico. Bañada por las aguas de dos océanos, es buscada por los barcos que pasan de uno al otro y que vienen ya del nordeste, ya del sudoeste, después de haber doblado el cabo de Hornos.

El estrecho de Lemaire, descubierto en el siglo xvii por el navegante holandés de ese nombre, separa a la Isla de los Estados de Tierra del Fuego, a quince millas de distancia. Les ofrece a los barcos un paso más corto y más fácil, evitándoles el formidable oleaje de esos mares peligrosos. El litoral de la Isla de los Estados se extiende al sur de Tierra del Fuego unas treinta y nueve millas², y los barcos a vapor o a vela están menos expuestos en él que pasando por el sur de la isla.

Así que la Isla de los Estados mide treinta y nueve millas del oeste al este, desde el cabo Gómez hasta el cabo San Juan, y once de ancho entre la punta Parry y la punta Vancouver.

En un plano geométrico, la isla ofrece alguna semejanza con un crustáceo. La cola del animal terminaría en el cabo Gómez, y su boca estaría formada por la bahía de El Gor, de la cual el cabo Tucumán y la punta Diegos formarían las dos mandíbulas.

El litoral de la Isla de los Estados es muy recortado. Es una sucesión de estrechas calas inabordables sembradas de arrecifes que se prolongan a veces a una milla de ancho. Allí no hay ningún refugio posible para los barcos contra las borrascas del sur o del norte. Apenas las barcas de pesca podrían buscar un poco de protección. Por eso se produjeron tantos naufragios en estas costas, amuralladas de acantilados aquí, bordeadas de enormes rocas allá, rocas contra las cuales, incluso con buen tiempo, el mar, agitado por las largas oleadas de alta mar, rompe con un furor incomparable.

La isla estaba deshabitada, pero quizás no hubiera sido inhabitable, por lo menos durante la buena estación, es decir en los meses de noviembre, diciembre,

enero y febrero, los que abarca el verano en esta latitud alta. Los rebaños incluso habrían encontrado suficiente alimento en las vastas llanuras que se extienden en el interior, más particularmente en la región comprendida entre las puntas Parry y Vancouver. Una vez que la espesa capa de nieve se derritió bajo los rayos del sol antártico, la hierba aparece verdeante, y el suelo conserva una saludable humedad hasta el invierno. Los rumiantes, acostumbrados al hábitat de las comarcas magallánicas, podrían prosperar en ella. Pero al llegar los fríos sería necesario llevar los rebaños de vuelta a los campos más clementes, si no de Tierra del Fuego, por lo menos de la Patagonia.

Sin embargo, de naturaleza muy rústica, se encontraban en ella en estado salvaje algunas parejas de guanacos, una especie de gamo cuya carne es bastante buena cuando fue asada convenientemente. Y si esos animales no mueren de hambre durante el largo período invernal es porque saben encontrar bajo la nieve las raíces y los musgos con los cuales su estómago sabe satisfacerse.

Además de las llanuras que se extienden hacia el interior de la isla, algunos bosques, desplegando sus ramajes flacos, muestran sus efímeras frondosidades más amarillentas que verdeantes. Son principalmente hayas antárticas, de un tronco que a veces llega a tener unos sesenta pies de alto y cuyas ramas se ramifican en forma horizontal, además de una especie de agracejos muy resistente, y cortezas de Winter que tienen más o menos las mismas propiedades de la canela.

En realidad, la superficie de esas llanuras y esos bosques sólo abarca la décima parte de la superficie de la Isla de los Estados. El resto es una meseta rocosa donde predomina el cuarzo, gargantas profundas, largos regueros de bloques estáticos que se esparcieron como consecuencia de antiguas erupciones, aunque ahora uno buscaría en vano cráteres de volcanes extintos en esta región de la Fuegia o de la Magallania. Se encuentran incluso esas mesetas ampliamente extendidas que tienen la apariencia de estepas cuando la capa de nieve las cubre durante los ocho meses de invierno, y cuya uniformidad no altera ninguna tumescencia. Después, a medida que uno avanza hacia el oeste, el relieve de la isla se acentúa y los acantilados de la costa son más altos y más escarpados. Allí se alzan conos puntillosos, picos de altura considerable, hasta tres mil pies por encima del nivel del mar, que permitirían que la vista abrazase toda la isla entera. Son los últimos eslabones de esa prodigiosa cadena andina que corre a través de todo el nuevo continente.

Seguramente, en semejantes condiciones climáticas, bajo el soplo de los ásperos y terribles huracanes, la flora de la isla se reduce a algunas raras muestras cuyas especies no se aclimatan mucho más que a las cercanías del estrecho de Magallanes o al archipiélago de las islas Malvinas, distantes a un

centenar de leguas de la costa fueguina: calceolarias, cítisos, pimpinelas, bromos, verónicas y stipas, en las cuales la materia colorante sólo se forma en un nivel muy bajo. Es bajo la protección de los bosques, entre las hierbas de las praderas, donde estas florcitas pálidas muestran sus corolas medio marchitas, perdidas casi de inmediato. Al pie de las rocas costeras, en sus declives, a los cuales se agarra un poco de humus, el naturalista también podría recoger algunos musgos, y, al abrigo de los árboles, algunas raíces comestibles, como las de una azalea que los fueguinos usan a manera de pan, poco alimenticias en definitiva.

Por otra parte, uno podría buscar en vano un curso de agua regular en la superficie de la isla. No hay río ni arroyo que brote de ese suelo pedregoso. Pero la nieve se acumula en capas espesas; permanece ocho meses de cada doce y, durante la temporada cálida —menos fría sería más apropiado— se derrite bajo los rayos oblicuos del sol, manteniendo una humedad permanente. Entonces se forman aquí y allí pequeñas lagunas y estanques cuyas aguas se conservan hasta las primeras heladas. Era así como las masas líquidas caían entonces de las alturas cercanas al faro y se iban a perder rebotando en la pequeña cala de la bahía de El Gor.

En cambio, si bien la fauna y la flora están apenas representadas en la isla, los peces abundan en todo el litoral y, a pesar de los muy serios peligros que corren sus embarcaciones al atravesar el estrecho de Lemaire, a veces los fueguinos van a realizar fructuosas pescas. Allí las especies son muy variadas, merluzas, tiburones, eperlanos, lochas, bonitos, dorados, gobios y mújoles. Incluso la pesca mayor podría atraer a muchos barcos, ya que los cetáceos frecuentaban con gusto esos parajes, ballenas, cachalotes y también focas, morsas, por lo menos en esa época. En efecto, estos animales marinos fueron perseguidos con una imprevisión tal que ahora se refugian en los mares antárticos, donde las campañas son tan peligrosas como arduas.

Se entenderá sin inconveniente que en todo el perímetro de la isla, donde se suceden arenales, ensenadas y bancos rocosos, los caracoles hormiguen tanto como los mariscos; bivalvos u otros, mejillones, bígaros, ostras, lapas, fissurellas, bucinas, los crustáceos se cuelan de a miles entre los arrecifes.

En cuanto a las aves, están bien representadas por los albatros de una blancura de cisne, las becasinas, los chorlitos, los chorlitos reales, las alondras marinas, las gaviotas gritonas y ruidosas y los págalos ensordecedores.

No obstante, no habría que deducir de esta descripción que la Isla de los Estados haya excitado la codicia de Chile o de la Argentina. No es, en suma, sino un peñasco, un enorme peñasco casi inhabitable.

¿A quién le pertenecía en la época en que empieza esta historia?... Todo lo que podemos decir es que formaba parte de ese archipiélago magallánico que

entonces estaba indiviso³ entre las dos repúblicas del extremo continente americano.

Durante la buena estación, los fueguinos hacen algunas escasas apariciones por allí cuando el mal tiempo los obliga a hacer escala. Por otra parte, salvo la bahía de El Gor, poco conocida hasta entonces, la isla no ofrece ningún refugio a los barcos, vapores o veleros que toman el estrecho de Lemaire o pasan hacia el sur. Por lo demás, gracias a los progresos de la navegación a vapor, para ir de un océano al otro, ya vengan del este o del oeste, la mayoría de los barcos prefiere pasar por el estrecho de Magallanes, trazado con gran precisión en los mapas marinos. Sólo se acercan a la Isla de los Estados los barcos que se preparan para doblar o que ya doblaron el terrible cabo de Hornos.

Hay que remarcar que la República Argentina mostró una feliz iniciativa al construir ese faro del fin del mundo, y las naciones deben estarle agradecidas. En efecto, ninguna luz iluminaba esos parajes de la Magallania, desde la entrada del estrecho de Magallanes en el cabo Vírgenes sobre el Atlántico, hasta su salida en el cabo Pilar sobre el Pacífico. El faro de la Isla de los Estados iba a hacerle favores indiscutibles a la navegación en esos parajes difíciles. Ni siquiera existe uno en el cabo de Hornos, y éste podría haber evitado muchas catástrofes, dándole a los barcos más seguridad para embocar el estrecho de Lemaire y para precaverse de los arrecifes del cabo San Juan, o para pasar por debajo de la isla después de haber doblado la punta Several.

Así que el gobierno argentino había decidido crear este nuevo faro, y el lugar elegido fue al final de la bahía de El Gor. Después de un año de trabajos bien dirigidos, su inauguración acababa de efectuarse en la fecha del 9 de diciembre de 1859.

A cincuenta metros de la pequeña cala donde terminaba la bahía, el suelo presentaba una tumescencia de una superficie de cuatrocientos a quinientos metros cuadrados y unos diez metros de altura. Un muro de piedras secas rodeó ese terraplén o terraza rocosa que debía servir de base para la torre del faro. La torre se levantó en el centro, por encima del conjunto del anexo, viviendas y despensa.

El anexo comprendía: 1º la habitación de los fareros, amueblada con camas, mesas y sillas y calentada por una estufa a carbón cuya chimenea conducía el humo por encima del techo; 2º la sala común, también provista de un aparato de calefacción, y que servía de comedor, con una mesa en el centro, lámparas en el cielorraso, armarios que contenían diversos instrumentos como largavista, barómetro y termómetro, así como las lámparas destinadas a reemplazar la del farol en caso de accidente, y por último un reloj de pesas, dispuesto contra la pared lateral; 3º los almacenes donde se conservaban las provisiones para medio

año, aunque el reaprovisionamiento y el relevo debían efectuarse cada tres meses: conservas de todas clases, carne salada, corned-beef, panceta, legumbres secas, galletas marineras, té, café, azúcar y barriles de ese whisky y de ese brandy al que se le agregaría el agua del *creek*⁴ que corría a los pies del terraplén al fundirse las nieves, además de algunos medicamentos de uso común; 4° la reserva de aceite necesaria para el consumo de las lámparas del faro; 5° la despensa donde estaba depositado el combustible, hulla en cantidad suficiente para las necesidades de los fareros a lo largo de toda la duración del invierno antártico.

Ése era el conjunto de las construcciones, que formaban un edificio que se redondeaba sobre el terraplén.

La torre, de una solidez extrema, estaba construida con los materiales provistos por la isla. Las piedras, de gran dureza, afirmadas con tirantes de hierro, emparejadas con mucha precisión y encastradas unas en otras en cola de milano, formaban una pared capaz de resistir a las violentas tempestades y a los huracanes terribles que se desencadenan con tanta frecuencia en ese lejano límite de los dos océanos más vastos del globo. Como lo había dicho Vásquez, a esa torre, el viento no se la iba a llevar. Sería un farol que él y sus compañeros iban a mantener en alto, ¡y lo sostendrían bien fuerte a despecho de todas las tormentas magallánicas!

La torre medía treinta y dos metros de altura y, agregándole la elevación del terraplén, la luz se encontraba a ciento veintiséis pies por encima del nivel del mar. Así que desde alta mar podía ser vista a una distancia de diez millas, que es la distancia que franquea el rayo visual a esa altura. Pero, en realidad, su alcance era de sólo ocho millas⁵.

En esa época, todavía ni se hablaba de faros a gas de hidrógeno carbonado, ni de los iluminados con luz eléctrica. Por otra parte, en esta isla alejada, de difícil comunicación con los Estados más cercanos, la iluminación a aceite se imponía, dotando al faro de todas las mejoras que la ciencia y la industria conocían entonces. Y eso fue lo que hicieron.

En suma, esa visibilidad de diez millas era suficiente para los barcos provenientes del este, del nordeste y del sudeste. Les quedaba un largo campo hasta alcanzar el estrecho de Lemaire, o para dirigirse hacia el sur de la isla. Todos los peligros serían prevenidos observando puntualmente las instrucciones publicadas por las recomendaciones de la autoridad marítima: orientar el faro al nor-noroeste en el primer caso y al sur-suroeste en el segundo. El cabo San Juan o la punta Several serían franqueados dejándolos a babor o a estribor, y a tiempo para no ser arrollados por el viento o por las corrientes.

Además, y para las muy raras ocasiones en las que un barco se viera obligado a hacer escala en la bahía de El Gor, tendría todas las oportunidades de alcanzar su fondeadero guiándose por el faro. De esa forma, a su regreso, el *Santa Fe* podría llegar fácilmente a la pequeña cala en el fondo de la bahía, incluso durante la noche. Como la bahía tenía unas tres millas de largo, y el alcance de la luz era de ocho, el aviso aún tendría cinco ante él antes de llegar a los primeros acantilados de la isla.

En otros tiempos los faros estaban provistos de espejos parabólicos, que tenían el gran inconveniente de absorber al menos la mitad de la luz producida. Pero el progreso había dicho lo suyo en esta materia, como en todo. Ahora se usaban espejos dióptricos, que apenas dejaban que se perdiera una pequeña parte de la claridad de las lámparas.

No hace falta decir que el faro del fin del mundo tenía una luz fija. Nunca hubo que temer que el capitán de un barco pudiera confundirla con otra luz, ya que no existía ninguna en estos parajes, ni siquiera, lo repetimos, en el cabo de Hornos. Así que no había parecido necesario diferenciarlo, ya fuera por eclipses, ya por resplandores, lo que permitía suprimir un mecanismo siempre delicado y cuyas reparaciones hubieran sido difíciles en esa isla habitada únicamente por los tres fareros.

El farol estaba provisto de lámparas a doble corriente de aire y de mechas concéntricas. Su llama producía una claridad intensa de poco volumen, y en consecuencia se la podía acercar lo más posible al foco de las lentes. El aceite les llegaba en abundancia por un sistema análogo al de las lámparas Carcel. En cuanto al aparato dióptrico dispuesto en el interior del farol, estaba compuesto por lentes a escala, comprendiendo un cristal central de forma común rodeado por una serie de anillos de espesor mediano cuyo perfil era tal que todos se encontraban teniendo el mismo foco principal. Gracias a la forma que se les había dado, de bastidor anular, eran aptos para todas las exigencias de una iluminación con luz fija. En efecto, detrás del conjunto de las lentes se producía un haz cilíndrico de rayos paralelos que se transmitía al exterior, en las mejores condiciones de visibilidad, a una distancia de ocho millas. Así que al dejar la isla con un tiempo bastante despejado, el comandante del aviso pudo constatar que no había que corregir nada de la instalación y el funcionamiento del nuevo faro.

Era evidente que ese buen funcionamiento sólo dependía de la exactitud y de la vigilancia de los fareros. A condición de mantener las lámparas en perfecto estado, de renovar sus mechas con cuidado, de controlar la introducción de aceite en la proporción requerida, de regular bien el tiraje alargando o acortando los manguitos de los cristales que los rodeaban, de encender y apagar el fuego al atardecer y al amanecer, y de no renunciar nunca a una vigilancia minuciosa, ese

faro estaba llamado a hacerle enormes favores a la navegación en esos parajes lejanos del Océano Atlántico.

No había, por otra parte, que poner en duda la buena voluntad y el celo constante de Vásquez y sus dos camaradas.

No es inútil recordar que la seguridad de los tres fareros parecía completa, por aislada que estuviera la Isla de los Estados, a mil quinientas millas de ese puerto de Buenos Aires, el único desde donde podían llegar el reaprovisionamiento y los auxilios. Los pocos fueguinos que a veces llegaban hasta allí durante la buena estación no se quedaban mucho tiempo. Terminada la pesca, tenían apuro por volver a atravesar el estrecho de Lemaire y por llegar a la costa de Tierra del Fuego o a las islas del archipiélago. En cuanto a otros extranjeros, nunca hubo ocasión de advertir su presencia. Las costas de la isla eran bastante temidas por los navegantes para que un barco estuviera tentado de buscar en ella un refugio que habría encontrado más fácil y con mayor seguridad en varios puntos de la Magallania.

Sin embargo, se habían tomado todas las precauciones previendo la posible llegada de gente sospechosa a la bahía de El Gor. Los anexos estaban cerrados con puertas sólidas a las que se les echaba cerrojo desde el interior, y no se habrían podido forzar las rejas de las ventanas del almacén ni de la vivienda. Además, Vásquez, Moriz y Felipe poseían carabinas y revólveres, y no les faltaban municiones.

Por último, al final del pasillo que terminaba al pie de la torre se había instalado una puerta de hierro que habría sido imposible romper o derribar. En cuanto a entrar en la torre de otra forma, ¿cómo hubiera sido posible a través de los tragaluces de la escalera, protegidos por travesaños sólidos, y cómo alcanzar la galería que rodeaba el farol, si no trepando por la cadena del pararrayos?

Tales eran los trabajos de suma importancia que acababan de ser llevados a buen fin en la Isla de los Estados por orden del gobierno de la República Argentina.

III

Los tres fareros

Es en esa época del año, de noviembre a marzo, cuando la navegación es más activa en los parajes de la Magallania. El mar allí siempre está embravecido, pero si bien nada detiene ni calma a las olas inmensas que llegan desde los dos océanos, por lo menos el clima es más parejo, y las tormentas que lo alteran hasta en las zonas altas son sólo pasajeras. Los barcos a vapor y los veleros se aventuran con más ganas, durante ese período de tiempo manejable, a rodear el nuevo continente doblando el cabo de Hornos.

Y sin embargo no es el paso de los barcos, ya sea por el estrecho de Lemaire, ya por el sur de la Isla de los Estados, lo que podría romper la monotonía de las largas jornadas de esa estación. Nunca fueron muy numerosos, y se hicieron más escasos desde que el desarrollo de la navegación a vapor y el perfeccionamiento de los mapas marítimos volvieron menos peligroso el paso por el estrecho de Magallanes, ruta más corta y más fácil a la vez.

Pero esa monotonía no les preocupa a quienes se propusieron para trabajar en los faros. Son, en su mayoría, ex marineros o ex pescadores. No son gente que cuente los días o las horas. Saben ocuparse y distraerse sin cesar. Por otra parte, el trabajo no se limita a asegurar la iluminación entre el atardecer y el amanecer.

A Vásquez y a sus camaradas les habían recomendado que vigilaran con atención los acercamientos a la bahía de El Gor, que fueran varias veces por semana al cabo San Juan y que observaran la costa este, de la punta Diegos a la punta Several, sin alejarse nunca más de tres o cuatro millas. Debían mantener el “libro del faro” al día, tomar nota de todos los incidentes que pudieran ocurrir, del paso de los barcos a vapor y a vela, de su nacionalidad, de sus nombres cuando los enviaran con sus números, y por último de la altura de las mareas, la dirección y la fuerza del viento, el registro del tiempo, la duración de las lluvias, la frecuencia de las tormentas, las subas y bajas del barómetro, el estado de la temperatura y otros fenómenos, lo que permitiría establecer el mapa meteorológico de esos parajes.

Vásquez, argentino de nacimiento como Felipe y Moriz, debía cumplir en la Isla de los Estados la función de jefe de los fareros. Tenía cuarenta y siete años.

Vigoroso, dotado de una salud a toda prueba y de una resistencia notable debida a su existencia de marino bajo todas las latitudes, resuelto, enérgico y familiarizado con el peligro, más de una vez había sabido salir a salvo de circunstancias en las cuales estaba en riesgo su vida. No era solamente por su edad por lo que lo habían elegido como jefe del grupo, sino por su carácter fuertemente probado, que inspiraba una enorme confianza. Sin haber llegado más allá del cargo de primer contramaestre en la armada de la República, había dejado el servicio con la estima de todos. Así que cuando solicitó ese cargo en la Isla de los Estados, la autoridad marítima no tuvo ninguna duda en confiárselo.

Felipe y Moriz también eran marinos, uno de cuarenta años y el otro de treinta y siete. Vásquez conocía a sus familias de larga data, y los había designado a elección del gobierno. El primero, como él, se había quedado soltero. Moriz era el único de los tres que estaba casado, aunque sin hijos, y su mujer, a la que volvería a ver en tres meses, trabajaba en lo de una hospedera del puerto de Buenos Aires.

Una vez que los tres meses hubieran pasado, Vásquez, Felipe y Moriz volverían a embarcar en el *Santa Fe*, que llevaría a la isla a otros tres fareros, a los cuales irían a suplantar tres meses más tarde.

Sería en junio, julio y agosto cuando ellos retomaran el servicio, es decir a mitad del invierno. Entonces, después de no haber sufrido demasiado las inclemencias del tiempo en su primer período, debían esperar muy mal tiempo en su retorno a la isla. Pero como podemos imaginar, eso no les provocaba ninguna inquietud. Vásquez y sus camaradas ya estarían casi aclimatados y sabrían afrontar impunemente el frío, las tempestades y todos los rigores de las temporadas antárticas.

Desde ese día, 10 de diciembre, el trabajo se organizó regularmente. Cada noche los faroles funcionaron bajo la supervisión de uno de los fareros, apostado en el cuarto de guardia, mientras los otros dos descansaban en la vivienda esperando el momento de reemplazarlo, uno u otro. De día, los diversos aparatos eran revisados, limpiados, provistos de nuevas mechas cuando hiciera falta y puestos en condiciones de proyectar sus poderosos rayos desde el atardecer.

Mientras tanto, siguiendo las instrucciones del servicio, Vásquez y sus camaradas bajaban por la bahía de El Gor hasta el mar a pie, siguiendo una u otra orilla, o en la embarcación dejada a su disposición, un bote semicubierto aparejado con una mesana y un foque que dejaban en la pequeña cala, donde no había nada que temer. Altos acantilados protegían a esa cala de los vientos del este, los únicos preocupantes.

Va de suyo que cuando Vásquez, Felipe y Moriz hacían esas excursiones a la bahía o a los alrededores de la muralla uno de ellos quedaba siempre de

guardia en la galería superior del faro. En efecto, podía ocurrir que un barco fuera a pasar ante la Isla de los Estados y quisiera enviar su número. Por eso era importante que uno de los tres estuviera siempre en su puesto. Desde el terraplén, incluso hacia el este, no se veía el mar, y al norte y al sur los acantilados interrumpían la vista a algunos cientos de toesas del recinto, de lo cual esa obligación de mantenerse alerta en el cuarto de guardia a fin de poder comunicarse con los barcos.

Los primeros días que siguieron a la partida del aviso no estuvieron marcados por ningún incidente. El tiempo seguía siendo bueno, y la temperatura bastante elevada. A veces el termómetro acusaba diez grados centígrados sobre cero. El viento soplaba desde el mar y generalmente se trataba de una brisa leve entre el amanecer y el atardecer. Después, al final de la tarde, venía desde tierra, es decir que subía al noroeste y venía desde las vastas llanuras de la Patagonia y de Tierra del Fuego. Hubo sin embargo algunas horas de lluvia, y como el calor aumentaba, había que esperar próximas tormentas, que podrían modificar el estado atmosférico.

Sin embargo, bajo la influencia de los rayos solares que adquirían una fuerza vivificadora, la flora comenzó a manifestarse de cierta forma. La pradera vecina a la muralla, totalmente despojada del manto blanco del invierno, mostraba su tapiz verde pálido. En el bosque de hayas antárticas incluso habría dado gusto acostarse bajo la frondosidad nueva. El arroyo, muy alimentado, corría desbordante hasta la cala. Los musgos y líquenes reaparecían al pie de los árboles y en el flanco de las rocas, y también esas coclearias tan eficaces contra las enfermedades escorbúticas. En fin, si no era la primavera —esa linda palabra en Magallania no existe—, era el verano, que por algunas semanas más reinaba en el límite extremo del continente americano.

Al final de esa jornada, antes de que llegara el momento de encender el faro, Vásquez, Felipe y Moriz, sentados sobre la pequeña pared de la muralla que daba al este, conversaban, como de costumbre, y muy naturalmente el jefe de los fareros dirigía y mantenía la conversación.

—Bueno, muchachos —dijo después de haber cargado su pipa a conciencia, ejemplo que fue seguido por los otros dos—, ¿se empiezan a acostumbrar a esta nueva vida?

—Seguro, Vásquez —respondió Felipe—. No es en veinticuatro horas que uno puede cansarse ni tener grandes inconvenientes...

—En efecto —agregó Moriz—, pero nuestros tres meses pasarán más rápido de lo que creía...

—Sí, muchacho, ¡correrán como una corbeta bajo sus juanetes, sus pericos, sus alas de paloma y sus barrederas!

—Y hablando de barcos —observó Felipe—, hoy no vimos ni uno, ni siquiera en el horizonte...

—Ya vendrán, Felipe, ya vendrán —replicó Vásquez, redondeando sus manos como para hacerse un largavista—. No valdría la pena haber levantado este hermoso faro en la Isla de los Estados, un faro que envía sus rayos a diez millas mar adentro, para que ningún barco venga a aprovecharlo.

—Además, es muy nuevo nuestro faro —observó Moriz.

—¡Eso mismo, muchacho! —replicó Vásquez—, y los capitanes necesitan tiempo para enterarse de que esta costa ahora está iluminada. ¡Entonces no dudarán en acercársele y en ir por el estrecho, para beneficio de su navegación! Y no alcanza con saber que hay un faro, también hay que estar seguro de que está siempre encendido, desde el atardecer hasta el amanecer...

—Eso recién se sabrá —creyó tener que observar Felipe— después del regreso del *Santa Fe* a Buenos Aires...

—Exacto, muchacho —declaró Vásquez—, y una vez que se haya publicado el informe del comandante Lafayate, las autoridades se apurarán a difundirlo por todo el mundo marítimo. Pero ahora mismo, la mayoría de los navegantes no pueden ignorar lo que se ha hecho aquí...

—En cuanto al *Santa Fe*, que partió hace solamente cinco días —siguió Moriz—, su travesía durará...

—Lo que dure —interrumpió Vásquez—, una semana más como mucho, ¡ni pienso en eso!... Hay buen tiempo, el mar es hermoso, el viento sopla del lado bueno... El barco tiene viento largo en sus velas día y noche, y agregándole su motor, me sorprendería mucho si no corriera a nueve o diez nudos...

—A esta hora —dijo Felipe— ya debe haber sobrepasado el estrecho de Magallanes y doblado el cabo Vírgenes una quincena de millas...

—Seguro, muchacho —declaró Vásquez—, y bordea la costa patagónica, y puede desafiar a una carrera a los caballos de los patagones... ¡Y eso que en esas tierras los hombres y los animales corren como una fragata de primera categoría con el viento bajo el trinquete!

Se entenderá que el recuerdo del *Santa Fe* todavía estuviera presente en la cabeza de esos hombres valientes. Era como un pedazo de la tierra natal que acababa de dejarlos para regresar a ella, y a través del pensamiento lo seguirían hasta el fin del viaje...

Y entonces conversaron de cosas que estaban directamente relacionadas con las necesidades de la existencia en la isla.

—¿Tuviste buena pesca hoy? —le preguntó Vásquez a Felipe.

—Bastante buena, Vásquez. Saqué con la línea algunas docenas de gobios y, con la mano, un buey de mar que pesaba tres libras que andaba entre las rocas.

—¡Muy bien! —dijo Vásquez—, ¡no tengas miedo de despoblar la bahía!... ¡Los peces, cuantos más se atrapan más hay, como se dice, y eso nos permitirá economizar nuestras provisiones de carne seca y de panceta salada! En cuanto a las legumbres...

—Bueno, yo —anunció Moriz—, yo bajé hasta el bosque de hayas, desenterré algunas raíces, y así como vi que lo hacía el oficial de cocina del barco, que es entendido en el tema, les voy a preparar un buen plato...

—Será la bienvenida —declaró Vásquez—, ya que es mejor no abusar de las conservas, ¡incluso de las mejores!... ¡Nunca son lo mismo que lo que está recién pescado, o recién cazado, o recién cosechado!

—¡Sí! —dijo Felipe—, y si aparecieran algunos rumiantes del interior de la isla... un par de guanacos o alguna otra cosa...

—No voy a decir que un filete o un pernil de guanaco sean para despreciar —replicó Vásquez—. ¡Un buen pedazo de carne es un buen pedazo de carne, y el estómago sólo siente agradecimiento una vez que se lo dieron! Pero, muchachos, cuidado con alejarse de la muralla para ir a cazar animales grandes o chicos... Si la presa viene, muy bien, trataremos de abatirla... Pero lo esencial es atenerse a las instrucciones y no alejarse del faro, si no es para observar lo que pasa en la bahía de El Gor y en el mar entre el cabo San Juan y la punta Diegos.

—Pero, en fin —prosiguió Moriz, al que le gustaba la caza—, si un buen animal se pusiera al alcance de un fusil...

—Al alcance de un fusil y hasta de dos, de tres incluso, no digo que no —respondió Vásquez—. Pero, ustedes saben, el guanaco es de una naturaleza demasiado salvaje para frecuentar a la buena sociedad... la nuestra, se entiende, y no me sorprendería si viéramos solamente un par de cuernos por encima de las rocas, del lado del bosque de hayas o cerca de la muralla.

En efecto, desde el comienzo de los trabajos ningún animal había sido observado en las cercanías de la bahía de El Gor. El segundo del *Santa Fe*, un tal Nemrod, había tratado varias veces de cazar un guanaco. Su tentativa fue vana, aunque avanzó cinco o seis millas hacia el interior. Si bien las piezas grandes no escaseaban, sólo se dejaban ver lo suficientemente lejos como para que no les dispararan. Quizás, si hubiera franqueado las alturas entre la punta Parry y la punta Vancouver, si hubiera llegado hasta la otra punta de la isla, al segundo le habría ido mejor. Pero donde se alzan las grandes cumbres, en la parte occidental, la marcha debía ser sin duda difícil, y ni él ni nadie de la tripulación del *Santa Fe* había ido nunca a recorrer los alrededores del cabo Gómez.

Durante la noche del 16 al 17 de diciembre, mientras Moriz vigilaba en el cuarto de guardia de las seis a las diez, una luz apareció en dirección al este, a tres o cuatro millas mar adentro. Evidentemente era la luz de un barco, el

primero en verse en las aguas de la isla desde la instalación del faro.

Moriz pensó, y con razón, que les iba a interesar a sus camaradas, que todavía no dormían, y les fue a avisar.

Vásquez y Felipe subieron de inmediato y, con el largavista ante los ojos, se apostaron ante la ventana abierta al este.

—Es una luz blanca —declaró Vásquez después de haberla observado con atención durante un minuto.

—Y, en consecuencia, no es una luz de posición, ya que no es ni verde ni roja.

La observación era justa. Las luces de posición, según su color, están ubicadas una a babor y la otra a estribor de la nave.

—Y —agregó Vásquez— si ésta es blanca, quiere decir que está suspendida del estay del trinquete, lo cual indica un *steamer*⁶ rumbo a la isla.

Ninguna duda al respecto, se trataba de un *steamer* que se acercaba al cabo San Juan. ¿Tomaría el estrecho de Lemaire o pasaría por el sur? Esa era la pregunta que se hacían los fareros.

Siguieron la marcha del barco a medida que se acercaba y, después de media hora, supieron adonde iba.

El *steamer*, dejando el faro a babor al sur-suroeste, fue a dar directamente en el estrecho. Pudieron ver su luz verde en el momento en que tenía el cabo San Juan de través; después no tardó en desaparecer en medio de la oscuridad.

—¡Ése es el primer barco que habrá divisado el faro del fin del mundo! —exclamó Felipe.

—¡Y no será el último! —aseguró Vásquez.

Al día siguiente, de mañana, Felipe señaló un gran velero que aparecía en el horizonte. El día era claro y la atmósfera estaba limpia de bruma gracias a una leve brisa del sudeste, lo que permitía ver el barco a una distancia de por lo menos diez millas.

Vásquez y Moriz, avisados, subieron a la galería del faro. Se veía el barco por encima de los acantilados del litoral, un poco a la derecha de la bahía de El Gor, entre la punta Diegos y la punta Several.

La nave singlaba rápidamente a una velocidad que no debía estimarse menor a doce o trece nudos. El viento de través le daba por la aleta de estribor. Pero como iba en línea recta hacia la Isla de los Estados, todavía no se podía asegurar si pasaría por adentro o por afuera.

Como gente de mar a la que esas preguntas siempre le interesan, Vásquez, Felipe y Moriz hablaban sobre ese punto, y finalmente fue Moriz quien acertó, después de haber sostenido que el velero no buscaba la entrada al estrecho. En efecto, una vez que estuvo a sólo una milla y media de la costa, orzó de manera

de ir más al viento a fin de doblar la punta Several.

Era un gran barco que medía por lo menos mil ochocientas toneladas, aparejado como un velero de tres mástiles, del estilo de esos *clippers*^Z contruidos en Norteamérica cuya velocidad de marcha es verdaderamente maravillosa.

—¡Que mi largavista se convierta en paraguas si ése no salió de un astillero de Nueva Inglaterra! —exclamó Vásquez.

—Quizás nos envíe su número... —dijo Moriz.

—Sólo cumpliría con su deber —respondió simplemente el jefe de los fareros.

Fue lo que ocurrió en el momento en que el *clipper* daba la vuelta a la punta Several. Una serie de pabellones y de banderines subieron hasta el cangrejo de mesana, una serie de cifras que Vásquez tradujo inmediatamente después de haber consultado el libro de señales depositado en el cuarto de guardia.

Era el *Montank*, del puerto de Boston, Nueva Inglaterra, Estados Unidos de América. Los fareros le respondieron izando el pabellón argentino en la varilla del pararrayos y no dejaron de observar el barco hasta el momento en que la punta de su mástil desapareció atrás de las alturas de Vancouver en la costa sur de la isla.

—Y ahora —dijo Vásquez—, ¡buen viaje al *Montank*, y quiera el cielo que no lo sorprenda ningún golpe de mal tiempo al atravesar el cabo de Hornos!

Durante los días siguientes el mar permaneció casi desierto. Apenas fueron entrevistas una o dos velas en el horizonte al este. Los barcos, que pasaban a una decena de millas de la Isla de los Estados, evidentemente no trataban de acercarse a la tierra americana. En opinión de Vásquez, debían ser balleneros que iban a los parajes antárticos, donde se realiza actualmente la pesca de cetáceos. Vieron también algunos delfines que venían de latitudes más elevadas. Se mantenían a buena distancia de la punta Several, dirigiéndose hacia el Océano Pacífico.

No hubo nada que señalar hasta el día 20 de diciembre, a no ser observaciones meteorológicas. El tiempo se había vuelto bastante variable, con saltos de viento del nordeste al sudeste. En varias oportunidades cayeron lluvias fuertes, a veces acompañadas de granizo, lo cual indicaba cierta tensión eléctrica en la atmósfera. En esos momentos podían temerse tormentas, que no dejan de ser terribles ni siquiera en esa época del año.

El 21 a la mañana, Felipe daba una vuelta fumando sobre el terraplén cuando creyó ver un animal del lado de los bosques de hayas.

Después de haberlo observado durante unos instantes, fue a buscar un largavista en la sala común y, gracias a ese instrumento que agrandaba diez

veces las cosas, veía al animal diez veces más cerca de la muralla. De esa forma el animal, que se encontraba a un millar de toesas aproximadamente, sobre la cresta de un grupo de rocas, sólo pareció estar a una centena, y perfectamente visible.

Felipe reconoció sin inconvenientes que era un guanaco de gran tamaño, y quizás no se le volvería a presentar otra ocasión de dar un buen golpe.

Enseguida Vásquez y Felipe, a quienes acababa de llamar, salieron del anexo y se le unieron en el terraplén.

Todos fueron de la opinión de que había que darle caza, y que si llegaban a abatir al guanaco eso representaría un suplemento de carne fresca que variaría agradablemente lo usual.

Esto fue lo que convinieron: Moriz, armado de una de las carabinas, abandonaría la muralla y trataría, sin ser visto, de rodear al animal, que permanecía inmóvil, y de arriarlo hacia el lado de la bahía, donde Felipe esperaría su paso.

—De cualquier manera, cuídate mucho, muchacho —le recomendó Vásquez—, ¡esos animales tienen el oído y el olfato muy finos! Desde muy lejos que te vea o te escuche, estará alerta, y si no está a buen alcance, puedes ahorrar tu pólvora y tus balas... Se escapará tan rápido que no podrás ni sacarlo de ahí ni rodearlo. Déjalo irse, entonces, ya que no debes alejarte. ¿Entendido?...

—Entendido —respondió Moriz.

Vásquez y Felipe se fueron hacia el terraplén y constataron con el largavista que el guanaco no se había movido del lugar donde se había dejado ver al principio, y su atención se dirigió a Moriz. Iba hacia el bosque de hayas. Ahí estaría a resguardo y quizás pudiera, sin espantar al animal, ganar las rocas para tomarlo por el lado del revés y obligarlo a huir hacia el lado de la bahía.

Sus camaradas lo pudieron seguir con la mirada hasta el momento en que alcanzó el bosque y desapareció en él.

Pasó media hora, el guanaco seguía inmóvil y Moriz debía estar en condiciones de dispararle.

Vásquez y Felipe esperaban que sonara una detonación y que el animal cayera más o menos gravemente herido o emprendiese la huida a toda velocidad.

Sin embargo no sonó ningún disparo, y para gran sorpresa de Vásquez y de Felipe, el guanaco, cuya cabeza se agitaba como si hubiera sentido el peligro, en vez de salir corriendo se extendió sobre las rocas con las patas colgándole y el cuerpo debilitado, como si ya no tuviera más fuerza para sostenerse.

Casi enseguida apareció Moriz, que había llegado a deslizarse por atrás de las rocas, y se lanzó hacia el guanaco, que no se movió; se inclinó sobre él, lo palpó y se enderezó bruscamente. Después, girando hacia la muralla, hizo un

gesto acerca del cual era imposible equivocarse, pidiéndoles a sus camaradas que se le unieran cuanto antes.

—Pasa algo raro —dijo Vásquez—. Ven, Felipe.

Y después de bajar del terraplén los dos corrieron hacia el bosque de hayas.

No tardaron más de diez minutos en franquear la distancia, y cuando se encontraron cerca de Moriz la primera pregunta de Vásquez fue ésta:

—¿Y... el guanaco?

—Ahí está —respondió Moriz mostrándoles el animal, tirado a sus pies.

—¿Está muerto?... —preguntó Felipe.

—Muerto... —replicó Moriz.

—¿De viejo, entonces?... —exclamó Vásquez.

—No... ¡a consecuencia de una herida!...

—¡Herido! ¿Había sido herido?...

—Sí... ¡por una bala en el flanco!

—¡Una bala!... —repitió Vásquez.

Nada más cierto. Después de haber sido alcanzado por una bala y de haberse arrastrado hasta ese lugar, el guanaco había caído muerto.

—Pero, entonces, ¿hay cazadores en la isla?...

Inmóvil y pensativo, deslizó una mirada inquieta a su alrededor.

IV

La banda Kongre

Si Vásquez, Felipe y Moriz se hubiesen trasladado al extremo oriental de la Isla de los Estados, habrían constatado qué diferente era esa costa de la que se extendía entre el cabo San Juan y la punta Several. Habrían buscado en vano una bahía donde los barcos, asaltados por las tormentas del Pacífico, pudieran encontrar refugio. Sólo había acantilados que se elevaban hasta doscientos pies de altura, la mayoría cortados en forma abrupta y prolongándose bajo aguas profundas que eran golpeadas sin cesar por una resaca violenta, incluso con buen tiempo.

Antes de esos acantilados áridos, cuyos quiebres, intersticios y fallas abrigaban miríadas de pájaros marinos, se desprendían numerosos bancos de arrecifes, algunos de los cuales entraban hasta dos millas en el mar durante la marea baja. Entre ellos serpenteaban canales estrechos, pasos imposibles salvo para embarcaciones livianas. Aquí y allá arenales, alfombras de arena donde se amontonaban algunas plantas marinas flacas, sembradas de caracoles aplastados por el peso de las olas cuando subía la marea. No faltaban cavernas en el interior de esos acantilados, grutas profundas, secas, oscuras, de orificios estrechos, cuyo interior no era barrido por las ráfagas ni inundado por la marejada, ni siquiera en las temidas épocas del equinoccio. Se accedía a ellas atravesando repechos pedregosos, desprendimientos de rocas que las mareas fuertes a veces desordenaban. En cuanto a la comunicación con la meseta de arriba, unas barrancas difíciles de escalar llevaban hasta la cima, y para alcanzar el límite de esa meseta árida hacia el centro de la isla la distancia no habría sido menor a dos o tres millas. En definitiva, el carácter salvaje y desolado se acentuaba más de ese lado que en el litoral opuesto, donde se abría la bahía de El Gor.

Aunque el oeste de la Isla de los Estados estuviera en parte protegido contra los vientos del noroeste por las alturas de Tierra del Fuego y del archipiélago magallánico, allí el mar se desencadenaba con tanta furia como en los alrededores del cabo San Juan, la punta Diegos y la punta Several. Si habían levantado un faro del lado del Atlántico, otro del lado del Pacífico no hubiera sido menos necesario para los barcos que buscaban el estrecho de Lemaire después de haber doblado el cabo de Hornos. Quizás un día el gobierno chileno

se resuelva, decidiendo erigir ese faro, a seguir el ejemplo de la República Argentina.

En cualquier caso, si se hubieran emprendido esos trabajos en los dos extremos de la isla a la vez, eso habría comprometido seriamente la situación de una banda de delincuentes que estaba refugiada en los alrededores del cabo Gómez.

Desde hacía ya varios años que esos malhechores de la peor especie se habían instalado en la entrada de la bahía de El Gor. Vivían en una de las profundas cavernas ahuecadas en el acantilado. Esa caverna les ofrecía un reparo seguro, y como ningún barco hacía escala nunca en la Isla de los Estados, allí se encontraban totalmente seguros.

Esos hombres, en número de una docena, tenían como jefe a un individuo llamado Kongre, al que secundaba un tal Carcante.

Eran un rejunte de hombres originarios de Sudamérica, y cinco de ellos eran de nacionalidad argentina o chilena. En cuanto a los demás, evidentemente nativos de Fuegia reclutados por Kongre, sólo habían tenido que cruzar el estrecho de Lemaire para completar la banda, en esa isla cuya costa septentrional ya conocían porque iban a pescar allí en la buena estación.

De Carcante, todo lo que se sabía es que era chileno, pero habría sido difícil decir en qué ciudad o poblado de la República había nacido, ni a qué familia pertenecía. De entre treinta y cinco y cuarenta años, altura media, más bien flaco, pero todo nervios y músculos, y en consecuencia muy fuerte, de carácter burlón y falso de espíritu, jamás habría retrocedido ante un robo a perpetrar ni ante un asesinato a cometer, por lo cual era muy digno de secundar al jefe de la banda.

En cuanto a ese jefe, se ignoraba todo sobre su existencia. En cuanto a su nacionalidad, nunca había dicho nada al respecto. ¿Se llamaba de verdad Kongre? No se sabía. Lo cierto es que ese nombre era muy difundido entre los indígenas de Magallania y Tierra del Fuego. Después del viaje del *Astrolabe* y del *Zelée*, el capitán Dumont d'Urville, durante una escala en el abra Peckett, en el estrecho de Magallanes, recibió a bordo de su barco a un patagón que llevaba ese nombre. Pero era dudoso que Kongre fuera originario de la Patagonia, ya que no tenía, como los hombres de esa comarca, ni la cara estrecha arriba y ancha en su parte inferior, ni la frente angosta y hundida, ni los ojos alargados, ni la nariz chata, ni era muy alto, todos caracteres particulares de los diversos tipos de esos pueblos. Además, su fisonomía no presentaba esa expresión de suavidad que se encuentra en la mayoría de los habitantes de la Patagonia.

Kongre tenía un carácter tan violento como enérgico, que se notaba con facilidad en sus trazos salvajes, mal disimulados bajo una barba espesa que ya

encanecía aunque sólo tuviera unos cuarenta años. Era un verdadero bandido, un malhechor temible manchado con todos los crímenes. No había encontrado otro refugio que esa isla desierta y de la cual sólo se conocía la costa.

Desde hacía algunos años, Kongre y sus compañeros iban allí a buscar asilo. Cómo habían podido sobrevivir es lo que va a ser brevemente explicado.

Cuando Kongre y su cómplice Carcante, después de crímenes que les habrían costado la cuerda o el garrote, huyeron de Punta Arenas, el puerto más importante del estrecho de Magallanes, llegaron a Tierra del Fuego, donde habría sido muy difícil perseguirlos. Vivieron algún tiempo entre los fueguinos, y allí se enteraron de lo frecuentes que eran los naufragios en la Isla de los Estados, que aún no estaba iluminada por el faro del fin del mundo. No había ninguna duda de que esas costas debían estar cubiertas de toda clase de restos, algunos de los cuales debían tener mucho valor. Entonces Kongre tuvo la idea de organizar una banda de saqueadores de restos, con dos o tres bandidos de su especie, a los que había conocido en Fuegia, a quienes se les unió una decena de patagones que no valían más que éstos. Una embarcación indígena los transportó a la otra orilla del estrecho de Lemaire. Pero aunque Kongre y Carcante fuesen marinos, no pudieron evitar una catástrofe. El mar, muy revuelto, los arrojó contra las rocas de la punta Parry, donde su embarcación se partió.

Entonces ganaron esa bahía de El Gor que algunos de los fueguinos conocían. Sus esperanzas no se vieron decepcionadas. Los arenales entre el cabo San Juan y la punta Several estaban cubiertos de restos de naufragios antiguos o recientes, fardos aún intactos, cajas de provisiones que podían asegurar la alimentación de la banda por varios meses, armas, revólveres y fusiles que sería fácil volver a poner en estado, municiones bien conservadas en sus cajas metálicas, barras de oro y plata de mucho valor provenientes de ricos cargamentos australianos, muebles, tablazones, maderas de todo tipo, restos de esqueletos aquí y allí, y ni siquiera un solo sobreviviente de todos esos accidentes marítimos.

Por otra parte, esta temida Isla de los Estados era muy bien conocida por los navegantes, y desde hacía ya muchos años que se imponía la construcción de un faro en su extremo oriental. No podían saber, sin haberlo visto, lo que era este montón de arrecifes en cercanías de la bahía de El Gor, extendidos una milla o dos mar adentro. Todo barco al que la tempestad empujaba hacia esa costa se perdía en ella invariablemente con toda su carga.

No fue al final de la bahía donde Kongre se estableció con sus compañeros, sino a la entrada, lo que era más conveniente para sus propósitos, para poder vigilar el cabo San Juan. El azar le hizo descubrir una caverna espaciosa cuya entrada estaba oculta por densas plantas marinas, laminarias y fucos. Alcanzaba

para alojar a la banda y no sufría los vientos de mar adentro, a la vuelta de un contrafuerte del acantilado, en la orilla izquierda de la bahía. Llevaron hasta allí todo lo que podía servir para amueblarla proveniente de los naufragios, camas, ropa, y también muchas conservas de carne, cajas de galletas, barriles de aguardiente y vinos. Una segunda gruta, vecina a la primera, sirvió para almacenar todos esos restos valiosos y también el oro, la plata y las joyas encontrados en los arenales. Si más tarde Kongre llegaba a apoderarse de un barco, llevado traicioneramente hasta la bahía, lo cargaría con todo ese botín y volvería a las islas del Pacífico, escenario de sus primeras piraterías.

Hasta entonces, esa ocasión no se había presentado, y los malhechores no habían podido abandonar la isla. Es cierto que en el transcurso de dos años su riqueza no cesaba de aumentar. Se produjeron otros naufragios, de los cuales obtuvieron mucho provecho. E incluso, siguiendo el ejemplo de algunos ladrones de restos de algunas costas peligrosas del viejo y el nuevo mundo, ellos mismos provocaron esas catástrofes. De noche, mientras las tormentas del este hacían estragos, si un barco se presentaba a la vista de la isla lo atraían con luces encendidas en dirección a los arrecifes, y si excepcionalmente uno de los náufragos llegaba a salir del agua, lo masacraban de inmediato. Tal fue la obra criminal de estos bandidos cuya existencia era desconocida, sin ninguna comunicación con Tierra del Fuego o el archipiélago de Magallania, y que aumentó la lista de siniestros en esos parajes del Atlántico.

Sin embargo la banda seguía estando prisionera en la isla. Kongre había podido provocar la pérdida de algunos barcos, pero no atraerlos hacia la bahía de El Gor, adonde habría intentado apoderarse de ellos. Por otra parte, ningún barco se había acercado por sí mismo a hacer escala al final de esa bahía poco conocida por los capitanes, y aun entonces hubiera hecho falta una tripulación que no tuviera fuerzas para defenderse de esa quincena de bandidos.

El tiempo pasaba y la caverna rebosaba de tesoros de gran valor. Lo que debían ser la impaciencia y la rabia de Kongre, podemos imaginarlo. Era el eterno tema de conversación entre Carcante y su jefe.

—¡Estar encallados en esta isla, como un barco en la costa! —repetía—, y cuando tenemos una carga de varios miles de piastras por embarcar...

—Sí —respondía Kongre—, ¡hay que irse, cueste lo que cueste!...

—¿Pero cuándo, y cómo? —respondía Carcante, y esa pregunta quedaba siempre sin respuesta.

—Nuestras provisiones terminarán acabándose —repetía Carcante—. Si bien la pesca da, la caza puede faltar. ¡Y después, qué inviernos se pasan en esta isla! ¡Por todos los dioses! ¡Cuando pienso en los que tendremos que soportar todavía!

Qué hubiera podido decir Kongre a todo esto. Además era poco locuaz, poco comunicativo. ¡Pero cuánta ira hervía en él al sentir su impotencia!

No, no podía hacer nada... ¡nada! Y a falta de un barco que la banda hubiera sorprendido fondeado, si alguna embarcación fueguina hubiera venido del lado de la punta Parry, a Kongre no le habría costado demasiado apoderarse de ella. Y entonces, si no él, por lo menos Carcante o uno de los chilenos se habría embarcado, y una vez en el estrecho de Magallanes se habría presentado la oportunidad de llegar, ya a Buenos Aires, ya a Valparaíso. Con la plata, que no les faltaba, habrían podido comprar un barco de ciento cincuenta a doscientas toneladas, que habría sido suficiente. Carcante con algunos marineros lo habría llevado a la bahía de El Gor atravesando el estrecho magallánico, una navegación de apenas quince días. Y una vez que ese barco estuviera en la cala, se habrían desecho de su tripulación.

Ahora bien, las cosas estaban en ese punto cuando, quince meses antes del comienzo de esta historia, la situación se vio bruscamente modificada.

A comienzos de octubre de 1858, un *steamer* de bandera argentina apareció a la vista de la isla y maniobró como para entrar en la bahía de El Gor.

Kongre y sus compañeros reconocieron de inmediato a un barco de guerra, contra el cual no podían intentar nada. Después de destruir todo rastro de su presencia, tapada la abertura de las dos cavernas, se retiraron hacia el interior de la isla para esperar la partida del barco.

Era el *Santa Fe*, que venía de Buenos Aires trayendo a bordo a un ingeniero encargado de la construcción de un faro en la isla, y que llegaba para determinar el lugar de su emplazamiento.

El aviso permaneció solamente unos días en la bahía de El Gor y volvió a partir sin haber descubierto el refugio de Kongre y los suyos.

Sin embargo Carcante, que se había desplazado una noche hasta la cala, pudo enterarse del motivo por el cual el *Santa Fe* había ido a parar ahí. ¡Un faro iba a ser construido al final de la bahía de El Gor!... La banda no tenía más remedio que abandonar el lugar, parecía, y seguramente era lo que habrían hecho de haber podido.

Kongre tomó la única decisión posible. El aviso no tardaría en volver con el equipo de obreros para empezar los trabajos. Kongre ya conocía la parte oeste de la isla en los alrededores del cabo Gómez, donde otras cavernas podrían asegurarle refugio. Sin perder un solo día se ocupó de transportar todo lo que fuera necesario para vivir un año allí, teniendo toda la razón de creer que esa costa no sería frecuentada mientras duraran los trabajos. Sin embargo, le habría faltado tiempo para vaciar las dos cavernas. Debió limitarse a retirar las provisiones, conservas, bebidas, camas, ropa, y también algunos de los objetos

valiosos; después, los orificios fueron cuidadosamente obstruidos con piedras y hierbas secas, y había muchas posibilidades de que no fueran descubiertos.

Cinco días después de su partida, el *Santa Fe* reaparecía de mañana en lo abierto de la bahía de El Gor y volvía a ocupar su fondeadero en la cala. Los obreros que llevaba y el material que transportaba fueron desembarcados. Elegido el emplazamiento sobre el terraplén, los trabajos de construcción empezaron enseguida y, como sabemos, fueron rápidamente concluidos.

Fue así como la banda Kongre se vio obligada a refugiarse en el cabo Gómez. Un arroyo alimentado por la nieve derretida le proveyó la cantidad de agua necesaria. La pesca y en cierta medida la caza le permitieron economizar las provisiones de las que se habían abastecido antes de abandonar la bahía de El Gor.

Pero con cuánta impaciencia Kongre, Carcante y sus compañeros esperaban que el faro estuviera terminado y que el *Santa Fe* partiera para volver solamente tres meses después, cuando llegara el relevo.

Va de suyo que Kongre y Carcante, cuidándose de que no los vieran, se mantenían al corriente de todo lo que se hacía en la bahía. Ya fuera bordeando el litoral al sur o al norte, ya acercándose desde el interior, ya observando desde las alturas cercanas, de la punta Parry o de la punta Vancouver, pudieron darse cuenta del estado de los trabajos y saber en qué momento terminarían. Entonces Kongre pondría en ejecución un proyecto largamente meditado. ¿Y quién sabe si algún barco no haría escala en la bahía de El Gor, ahora que iba a estar iluminada, y si no conseguirían apoderarse de él después de sorprender y masacrar a su tripulación?...

En cuanto a una excursión que los oficiales del aviso habían querido hacer al extremo occidental, Kongre no creyó que fuera de temer. Nadie se vería tentado, aquel año, a aventurarse hasta los alrededores del cabo Gómez a través de esas mesetas desnudas y esos barrancos casi impracticables, toda esa parte montañosa que había que franquear al precio de enormes fatigas. Es verdad, quizás el capitán del aviso tuviera la idea de dar la vuelta a la isla. Pero no era probable que tratara de desembarcar en esa costa erizada de escollos, y en todo caso la banda tomaría sus medidas para que no la descubrieran.

Por lo demás, esa eventualidad no se produjo, y llegó el mes de diciembre, cuando las instalaciones del faro iban a quedar terminadas. Los fareros se quedarían solos y Kongre estaría advertido de ello en cuanto el faro lanzara sus primeros destellos sobre esos parajes del Atlántico.

Así que durante esas últimas semanas, uno u otro hombre de la banda iba a situarse en observación sobre uno de los conos desde los cuales se podía ver el faro a una distancia de siete u ocho millas, con la orden de volver lo más

rápido posible en cuanto la luz estuviera encendida por primera vez.

Fue precisamente Carcante quien, la noche del 9 al 10 de diciembre, llevó esa noticia al cabo Gómez.

—¡Sí —exclamó en cuanto se unió a Kongre en la caverna—, el diablo terminó encendiendo el faro, ahora que el diablo lo apague!...

—¡No lo necesitaremos! —respondió Kongre, cuya mano amenazadora se tensó.

Pasaron algunos días y a principios de la semana siguiente fue cuando Carcante, mientras cazaba por los alrededores de la punta Parry, alcanzó de un balazo a un guanaco. Sabemos que el animal se le escapó y que fue a caer donde lo encontró Moriz, al costado de la orilla rocosa, cerca del bosque de hayas. Y a partir de ese día Vásquez y sus camaradas, seguros de que no estaban solos en la isla, vigilaron más severamente los alrededores de la bahía de El Gor.

Había llegado el día en que Kongre iba a dejar el cabo Gómez para volver al cabo San Juan. Los bandidos habían decidido dejar su material en la caverna. Sólo llevarían los víveres necesarios para una jornada, contando con las provisiones del faro. Era el 22 de diciembre. Partiendo al alba, siguiendo un camino que conocían en el interior de la isla, a través de su parte montañosa, harían la mitad del trayecto el primer día de marcha. Después de esa etapa, que comprendía una quincena de millas, harían un alto, ya al abrigo de los árboles, ya en alguna concavidad, y solamente para pasar la noche. Ir por el litoral habría sido alargar el viaje, dadas las irregularidades de una costa cortada por calas y flanqueada por promontorios, y el cansancio se habría duplicado, como el tiempo. Además, significaba correr el riesgo de ser vistos desde lo alto del faro después de haber sobrepasado la punta Parry o la punta Vancouver, cosa que no era de temer si avanzaban por el interior de la isla.

Después de ese alto, al día siguiente, antes mismo de la salida del sol, Kongre empezaría una segunda etapa, casi igual a la del día anterior, dirigiéndose hacia la bahía de El Gor, adonde podría llegar al caer la tarde.

Lo que Kongre suponía era que sólo dos guardianes estaban afectados al servicio del faro, mientras que en realidad eran tres. Pero no era importante, en suma. Vásquez, Moriz y Felipe no podrían resistir a la banda, cuya presencia en los alrededores de la muralla no sospecharían. Serían sorprendidos en un ataque nocturno. Los dos primeros sucumbirían en la vivienda, y darían cuenta del tercero con facilidad en su puesto del cuarto de guardia.

Entonces Kongre sería dueño del faro y tendría tiempo libre para volver a llevar desde el cabo Gómez todo el material que iba a dejar allí y para volver a guardarlo, en caso de necesidad, en la caverna a la entrada de la bahía de El Gor.

Así era el plan resuelto en la cabeza del temible bandido. Que fuera a tener

éxito, era demasiado cierto. Pero que la suerte lo favoreciera a continuación, eso era menos seguro.

En efecto, después las cosas ya no dependerían de él. Haría falta que un barco fuera a hacer escala en la bahía de El Gor. Es verdad que ese fondeadero sería conocido por los navegantes después de los viajes del *Santa Fe*. Además, un nuevo faro iluminaba la costa oriental de la isla. Sorprendido por el mal tiempo, o sin poder avanzar bajo el empuje de los vientos de alta mar, un barco, sobre todo si era de tonelaje mediano, no dudaría en refugiarse en la bahía antes de huir a través de un mar picado, ya fuera por el estrecho, ya por el sur de la isla... Y entonces ese barco podría caer en poder de los malhechores, y darles la posibilidad tan esperada de huir a través del Pacífico y asegurarse la impunidad de sus crímenes.

Pero era necesario que todo ocurriera así, antes del regreso del aviso en la época del relevo. Si no habían dejado la isla antes, entonces Kongre y los suyos se verían obligados a volver al cabo Gómez. Y entonces las circunstancias ya no serían las mismas. Una vez que el comandante Lafayate conociera la desaparición de los tres fareros no tendría dudas de que habían sido víctimas de un rapto o de un asesinato. Se organizarían búsquedas en toda la isla. El aviso no volvería a partir sin haber registrado desde el cabo San Juan hasta el cabo Gómez. ¿Cómo podría escapar la banda a esas persecuciones, y cómo mantendría su existencia si esa situación se prolongaba?... Si era necesario, el gobierno argentino enviaría otros barcos. Incluso cuando Kongre pudiera apropiarse de una embarcación de fueguinos, cosa muy improbable, el estrecho sería vigilado con tanto cuidado que ya no podría atravesarlo y refugiarse en Tierra del Fuego. ¿La suerte favorecería lo suficiente a esos bandidos para permitirles abandonar la isla mientras aún tuvieran tiempo?

La tarde del 28 de diciembre, Kongre y Carcante daban una vuelta por la punta del cabo Gómez mientras conversaban, y como acostumbran los marinos, observaban el cielo y el mar.

El tiempo era mediano. Se levantaban algunas nubes en el horizonte, y el viento, una leve brisa, soplaba del nordeste, y no hubiera sido favorable para un barco que habría querido atacar el estrecho de Lemaire por el poniente.

Eran las seis y media de la tarde. Kongre y su compañero se disponían a volver a su refugio habitual cuando Carcante decía:

—¿Está convenido que dejaremos todas nuestras cosas en el cabo Gómez?

—Sí —respondió Kongre—, será fácil volver a llevarlas más tarde...

Cuando seamos los amos allí... y...

No terminó su frase. Con la vista en el mar, se detuvo y dijo:

—Carcante... mira... ahí... ahí... de través en el cabo...

Carcante miró el mar en la dirección indicada.

—¡Eh! —dijo—, si no me equivoco... veo un barco...

—Que parece venir a la isla —repuso Kongre—, y navega cerca de la costa, ya que tiene viento en contra.

En efecto, había un barco avanzando a toda vela que bordeaba la isla a unas dos millas del cabo Gómez.

Aunque tuviera el viento en contra, el barco se acercaba poco a poco, y si buscaba el estrecho lo habría alcanzado antes de la noche.

—Es una goleta —dijo Carcante.

—Sí... una goleta de ciento cincuenta a doscientas toneladas —respondió Kongre.

Ninguna duda al respecto, esa goleta quería llegar al estrecho antes que doblar el cabo Gómez. Todo se reducía a saber si estaría a la altura del cabo antes de que la oscuridad fuera intensa. Con ese viento que se serenaba, ¿no corría el peligro de que la corriente la arrojara contra los arrecifes?

La banda completa estaba reunida en la punta del cabo.

No era la primera vez, desde que residían allí, que algún barco se presentaba a tan poca distancia de la Isla de los Estados. Sabemos que esos saqueadores trataban de atraerlos a las rocas mediante luces movedizas.

Así que alguien propuso recurrir a ese método.

—No —respondió Kongre—, es necesario que esa goleta no se pierda... Tratemos de que caiga en nuestras manos... El viento es contrario... la noche será oscura. Le resultará imposible dar en el estrecho... Mañana la seguiremos teniendo de través en el cabo, y ahí veremos qué conviene hacer.

Una hora más tarde, el barco había desaparecido en medio de una oscuridad profunda y ninguna luz delataba su presencia mar adentro.

Durante la noche, el viento cambió y pasó al sudoeste.

Al día siguiente, al amanecer, cuando Kongre y sus compañeros bajaron al arenal, vieron a la goleta encallada en los arrecifes del cabo Gómez.

V

La goleta *Maule*

Kongre ya no estaba para aprender el oficio de marino. ¿Qué barco había comandado, y en qué mares? Sólo Carcante, marino como él y en otros tiempos segundo suyo cuando navegaban, como ahora en la Isla de los Estados, hubiera podido decirlo, pero no lo decía.

Seguramente no hubiera sido calumniar a esos dos miserables echarles en cara el nombre de piratas, y ese oficio criminal debían haberlo ejercido en esos parajes de las Salmón o de las Nuevas Hébridas, donde los barcos todavía eran atacados frecuentemente en esa época. Y, sin duda, después de haberse escapado de las cruzadas organizadas por el Reino Unido, Francia y Estados Unidos en aquella parte del Océano Pacífico fueron a refugiarse en el archipiélago magallánico, y después en la Isla de los Estados, donde pasaron de piratas a saqueadores de restos.

Cinco o seis de los compañeros de Kongre y Carcante también habían navegado como pescadores o marineros mercantes, y en consecuencia estaban acostumbrados al mar. En cuanto a los fueguinos, completarían la tripulación si la banda conseguía apoderarse de la goleta.

A juzgar por su casco y su arboladura, esa goleta no debía llevar más de entre ciento cincuenta y ciento sesenta toneladas. Una ráfaga del oeste la había empujado durante la noche sobre un banco de arena sembrado de rocas contra las cuales habría podido partirse. Pero no parecía que su casco hubiera sufrido. Inclinada a babor, con el estrave oblicuamente girado hacia tierra, presentaba su flanco de estribor hacia el mar. En esa posición, se veía su puente desde el castillo de proa hasta la carroza de popa. Su arboladura estaba intacta, el mástil de mesana, el palo mayor y el bauprés con sus aparejos, y sus velas a medio cargar salvo la de mesana, el juanete y la guaira, que habían quedado apretadas.

La tarde anterior, cuando esa goleta había sido divisada a la altura del cabo Gómez, luchaba contra un viento del nordeste bastante fuerte y, vista más de cerca, con las amuras a estribor, trataba de llegar a la entrada del estrecho de Lemaire. En esas condiciones, Kongre y sus compañeros la habían perdido de vista en medio de la oscuridad. Ahora bien, durante la noche, el viento había cambiado al sudoeste con la brusquedad habitual en aquellos parajes. Había que

deducir que la goleta, demasiado cerca de tierra, había intentado alejarse en vano, como lo indicaba el braceado de los trinquetes, y había ido a encallar en el banco de arena.

En cuanto al capitán y la tripulación, sólo se podían hacer conjeturas. Pero, verosímilmente, viéndose arrastrados por el viento y la corriente contra una costa peligrosa llena de arrecifes, habían echado el bote al mar, sin dudar de que su barco se iba a partir contra las rocas y que corrían riesgo de morir. Deplorable ocurrencia, ya que el bote no tardó en hundirse, y quedándose a bordo el capitán y sus hombres habrían salido sanos y salvos. Ahora bien, no había dudas de que hubieran muerto, ya que no se veía ni a uno solo, ni de que los cuerpos hubieran sido llevados por la marea descendente.

Llegar a bordo de la goleta mientras el mar seguía bajando no ofrecía ninguna dificultad. Desde el cabo Gómez se podía ir de roca en roca hasta el lugar del hundimiento, distante a media milla como máximo. Fue lo que hicieron Kongre y Carcante, acompañados por dos de sus hombres. Los demás quedaron en observación al pie del acantilado para ver si divisaban algunos sobrevivientes del naufragio.

Cuando Kongre y sus compañeros llegaron al banco de arena, la goleta estaba completamente en seco. Pero como el oleaje debía subir entre siete y ocho pies con la próxima marea, no había ninguna duda de que el barco, si no estaba averiado, recuperaría su calado.

Kongre no se había equivocado al evaluar en ciento sesenta toneladas el porte de la goleta. La recorrió y al llegar frente al tablero de mandos leyó: *Maule, Valparaíso.*

Era un barco chileno el que acababa de encallar en la Isla de los Estados durante esa noche del 27 al 28 de diciembre.

—¡Éste nos va a salvar! —dijo Carcante.

—Si no tiene una entrada de agua en el casco —agregó uno de los hombres.

—Una entrada de agua, o cualquier otra avería, eso es algo que se arregla —se limitó a responder Kongre.

Fue a examinar el flanco que daba al mar. No parecía afectado. El estrave, un poco hundido en la arena, parecía intacto, igual que el codaste, y el timón se mantenía en sus herrajes. En cuanto a la parte del casco que se apoyaba en el banco, al no poder revisarla exteriormente era imposible pronunciarse. Después de dos horas de oleaje Kongre sabía a qué atenerse.

—¡A bordo! —dijo.

Si bien la inclinación del barco hacía que fuera cómodo el embarque por babor, no dejaba caminar por el puente. Era necesario arrastrarse, reptando a lo largo de la borda. Kongre y los otros lo franquearon apoyándose en los porta-

obenques del palo mayor.

La encalladura no debía haber sido muy fuerte, y salvo algunos aparejos sueltos todo estaba en su sitio. La goleta, que era de apariencia no muy fina, y de varengas poco levantadas, no tenía una escora considerable, y seguramente se levantaría por su cuenta con la marea si, a pesar de todo, no se llenaba de agua a consecuencia de la avería en sus obras vivas.

La primera precaución de Kongre fue deslizarse hasta la camareta, cuya puerta abrió no sin alguna dificultad. En el cuarto de oficiales, muy angosto y a la izquierda, encontró la cabina del capitán. Entró apoyándose en las paredes, tomó los papeles de a bordo del cajón de un armario y volvió al puente trasero, donde lo esperaba Carcante.

Examinaron el rol entre los dos y se enteraron de lo siguiente.

La goleta *Maule*, del puerto de Valparaíso, midiendo ciento cincuenta y siete toneladas, al mando del capitán Pailha, con una tripulación de seis hombres, con lastre, había partido el 3 de diciembre con destino a las islas Falkland.

Esas islas, también llamadas Malvinas, están situadas a (...) ⁸ millas de Tierra del Fuego, y después de haber doblado con éxito el cabo de Hornos el *Maule* se preparaba para embocar el estrecho de Lemaire cuando se perdió en los arrecifes de la Isla de los Estados. Ni el capitán Pailha ni ninguno de sus hombres habían escapado al naufragio, ya que, en caso de que alguno de ellos hubiera sobrevivido, se habría refugiado en el cabo Gómez. Sin embargo, aunque ya era de día desde hacía dos horas, no había aparecido nadie.

Como se ve, la goleta no llevaba ningún cargamento, ya que iba con lastre a las Malvinas. Pero lo principal era que Kongre tuviera un barco a su disposición para dejar la isla con el stock de su botín, y lo tenía, si conseguía reflotar el *Maule*.

Habría hecho falta trasladar el lastre para verificar el estado del interior de la bodega. Ese lastre estaba compuesto de un montón de chatarra vieja. Moverlo habría exigido cierto tiempo, y si el viento soplaba desde el mar la goleta estaría demasiado expuesta. Así que convenía más sacarla del banco en cuanto flotara con la próxima marea. El oleaje no tardaría en hacerse sentir, y en pocas horas habría pleamar.

Entonces Kongre le dijo lo siguiente a Carcante:

—Vamos a preparar todo para atoar la goleta en cuanto haya suficiente agua bajo su quilla... es posible que no tenga averías graves y no se inunde...

—Eso pronto lo sabremos —respondió Carcante—, ya que la marea empieza a subir. ¿Y qué haremos entonces, Kongre?...

—Remolcaremos el *Maule* fuera de los arrecifes, y por el paso angosto que

bordea el cabo Gómez lo llevaremos hasta el fondo de la cala, adelante de las cavernas. Allí no tocará fondo, ni siquiera en lo más bajo del reflujo, ya que sólo tiene seis pies de calado...

—¿Y después? —preguntó Carcante.

—Después embarcaremos todo lo que trajimos de la bahía de El Gor...

—¿Y?... —dijo Carcante.

—Ya veremos... —respondió sencillamente Kongre.

Se pusieron a trabajar, como para no perder la próxima marea, lo cual hubiera retrasado doce horas el reflotamiento de la goleta. Era necesario, a cualquier precio, que estuviera fondeada en la cala antes del mediodía. Allí se mantendría siempre a flote, y relativamente segura si el tiempo no variaba.

Primero, ayudado por sus hombres, Kongre hizo levantar el ancla del pescante de estribor, y la fijaron afuera del banco estirando la cadena todo lo que daba. De esa forma, en cuanto la quilla no tocara más la arena sería posible atoar la goleta hasta el sitio donde se encontraría en aguas profundas. Antes de que la marea empezara a bajar tendrían tiempo de llegar a la cala y, durante la tarde, de hacer una revisión completa de la bodega.

Esas medidas, tomadas rápidamente, fueron terminadas en el momento en que llegó el primer oleaje. Enseguida el banco de arena estaría cubierto. Así que Kongre, Carcante y una media docena de sus compañeros subieron a bordo mientras los demás volvían al pie del acantilado.

Ahora había que esperar, no se podía hacer más nada. Con frecuencia el viento que viene del mar se levanta con la marea que sube, y eso era lo que más debían temer, ya que hubiera podido hacer encallar todavía más al *Maule*, o empujarlo todavía más adentro del banco que se levantaba del lado de tierra. Ahora bien, estaban casi en bajamar, y quizás el mar no subiera lo suficiente para liberar a la goleta si ésta se desviaba medio cable hacia la costa.

Pero parecía que las circunstancias favorecerían los proyectos de Kongre. La brisa hizo un poco de fuerza desde el sudoeste y ayudó a liberar al *Maule*.

Kongre y los otros estaban en la parte de adelante, que debía flotar antes que la de atrás. Si, como se esperaba y no sin razón, la goleta pivotaba sobre su punta, sólo habría que dar vueltas al cabrestante para girar la proa hacia el mar, y entonces, remolcada unas cincuenta toesas por su cadena, volvería a su elemento natural.

Sin embargo, el mar crecía poco a poco. Algunos estremecimientos indicaban que el casco sentía la acción de la marea. El oleaje se desenvolvía en largas marejadas y en el mar no rompía ni una ola. No se habrían podido pedir circunstancias más felices.

Pero si bien Kongre ahora estaba seguro de poder liberar la goleta y ponerla

a resguardo en la cala del cabo Gómez, todavía lo inquietaba una eventualidad. ¿El casco del *Maule* estaría desfondado del lado de babor, el que se apoyaba contra el banco de arena, y al que no habían podido examinar? Si había alguna entrada de agua ahí, no tendrían tiempo de buscarla bajo el lastre y cerrarla. La goleta no se levantaría de su agujero, se llenaría y se verían obligados a abandonarla allí mismo, donde la primera tempestad terminaría de destruirla.

Era una gran preocupación. ¡Con cuánta impaciencia Kongre y sus compañeros seguían los progresos de la marea! Si alguna tabla se había hundido, o si el calafateo tenía juego, el agua no tardaría en invadir la bodega y el *Maule* ni siquiera llegaría a enderezarse.

Pero poco a poco los ánimos se calmaron. La marea subía. A cada instante la bodega se sumergía un poco más. El agua subía a lo largo de los lados y no entraba en el interior. Algunas sacudidas indicaban que la bodega estaba intacta, y el puente recuperaba de a poco su horizontalidad normal.

—¡No hay entrada de agua!... ¡No hay entrada de agua! —exclamó Carcante.

—¡Atentos al cabrestante! —ordenó Kongre.

Las manivelas estaban listas. Cuatro hombres esperaban solamente una orden para maniobrarlas.

Kongre, inclinado hacia adelante sobre la borda, observaba el oleaje que subía desde hacía ya una hora y media. El estrave empezaba a agitarse, y la parte de adelante de la quilla no tocaba más el suelo; pero el codaste aún estaba hundido en la arena y el timón no se movía libremente. Sin duda hacía falta todavía media hora más para que la parte trasera quedara libre.

Entonces Kongre quiso apurar la operación de reflatamiento, y sin moverse de adelante gritó:

—¡Giren!

Las manivelas, giradas vigorosamente, sólo consiguieron tensar la cadena, y el estrave no se inclinó hacia el lado del mar. Como podía temerse que el ancla fuera a soltarse, y hubiera sido difícil volver a fondearla, Kongre ordenó que cesara el viraje.

La goleta estaba completamente enderezada y, recorriendo la bodega, Carcante se aseguró de que el agua no hubiera entrado. Si existía alguna avería, por lo menos la tablazón no se había abierto. Incluso era esperable que el *Maule* no hubiera sufrido ni al momento de encallar ni durante la docena de horas pasadas en el banco de arena. En esas condiciones, su escala en la cala del cabo Gómez no duraría demasiado. La cargarían de tarde y a partir del día siguiente estaría en condiciones de volver al mar. Hasta se podía aprovechar el tiempo. El viento favorecería el andar del *Maule*, tanto si remontaba el estrecho de Lemaire

como si bordeaba la costa meridional de la isla para ganar el Atlántico.

Más o menos a las nueve la marea debía quietarse y, lo repetimos, una marea de cuarto nunca es muy fuerte. Pero en fin, dado el escaso calado de la goleta, podía pensarse que saldría del banco de arena.

En efecto, poco después de las ocho y media la parte trasera se levantó. El *Maule* tocó el fondo sin riesgo de avería, en principio porque el oleaje llegaba sin violencia y después porque la encalladura no se había producido sobre un lecho de rocas.

Kongre, después de haber vuelto a examinar la situación, pensó que el atoaje podía ser intentado en buenas condiciones. Sus hombres se pusieron a girar la manivela, y después de haber enrollado la cadena una docena de brazadas, la proa del *Maule* se orientó hacia el mar. El ancla había resistido. Sus patas estaban sólidamente encastradas en un intersticio de rocas y se habrían partido antes de ceder bajo la tracción del cabrestante.

—¡Vamos! —volvió a decir Kongre.

Y todo el mundo puso manos a la obra, incluso Carcante, mientras, inclinado por encima del coronamiento, observaba la parte de atrás de la goleta.

Todavía hubo unos momentos de incertidumbre. La segunda mitad de la quilla seguía raspando la arena.

Kongre y los otros no dejaban de sentirse muy inquietos. El mar seguiría subiendo sólo hasta dentro de unos veinte minutos, y era importante que el *Maule* fuese reflatado antes, o quedaría clavado en ese lugar hasta la próxima marea. Ahora bien, durante dos días más el nivel de la marea debía disminuir, y no recuperaría fuerza antes de que pasaran cuarenta y ocho horas.

Había llegado el momento de hacer un último esfuerzo. Imaginamos lo que podía ser el furor, y más que el furor, ¡la rabia de esos hombres sintiéndose impotentes! ¡Tener bajo los pies el barco que codiciaban desde hacía tanto tiempo, que les aseguraba su libertad, quizás la impunidad junto a la libertad, y no poder arrancárselo a ese banco de arena!...

Entonces las blasfemias, las imprecaciones que estallaban mientras jadeaban en el cabrestante, ¡y siempre con miedo a que el ancla no se fuera a partir o a soltarse! Haría falta esperar a la marea del atardecer para fondear el ancla y agregarle la segunda. Pero, en veinticuatro horas, ¿quién sabe qué pasaría, y si las condiciones climáticas serían tan favorables?...

Y precisamente, algunas nubes bastante espesas empezaban a levantarse al nordeste. Es cierto, si se mantenían de ese lado la situación del barco no empeoraría, ya que el banco de arena tenía la protección de los acantilados altos de la costa. ¿Pero el mar no se volvería más violento, y el oleaje no terminaría lo que el encallamiento había comenzado durante la noche anterior?...

Y además esos vientos del nordeste, incluso en el estado de leve brisa, no favorecerían la navegación en el estrecho. En lugar de correr hacia mar abierto, el *Maule* se vería forzado a bordear la costa muy de cerca quizás durante varios días, y en cuestiones de navegación las consecuencias de un retraso pueden ser graves.

El mar estaba casi calmo, y en algunos minutos el reflujo se haría sentir. Todo el banco de arena estaba cubierto. Solamente algunas puntas de arrecifes se mostraban a ras del agua. Desde el cabo Gómez, la punta ya no se dejaba ver, y en el arenal, el último punto de la marea, después de haber sido tocado un instante por el oleaje, quedaba en seco.

Era evidente que el mar empezaba a retirarse lentamente, y que las rocas pronto iban a quedar descubiertas alrededor del banco. Entonces fueron proferidos nuevos insultos, y los hombres extenuados y sin aliento ya estaban a punto de abandonar un trabajo que no podía tener éxito.

Kongre corrió hacia ellos con los ojos enfurecidos y la ira desbordándole. Agarró un hacha y amenazó con golpear al primero que desertara de su puesto, y sabían muy bien que no dudaría en hacerlo.

Entonces todos volvieron a abocarse a las manivelas, y bajo sus esfuerzos la cadena se tensó como para romperse, aplastando la cubierta de cobre de los escobenes.

Por fin se oyó un ruido. El linguete del cabrestante acababa de caer de vuelta en la muesca. La goleta había hecho un pequeño movimiento hacia el mar, sacudiéndose, y el timón indicaba que poco a poco se desprendía de la arena.

—¡Hurra! ¡Hurra! —gritaron los hombres al sentir que el *Maule* era libre. La zapata del codaste acababa de deslizarse sobre el hoyo. El giro del cabrestante se aceleró, y algunos minutos después la goleta, tironeada hasta su ancla, flotaba afuera del banco.

Enseguida Kongre se precipitó hacia la proa. El ancla se soltó y fue vuelta a subir al pescante. Sólo había que dar en el paso angosto, entre los arrecifes, para alcanzar la cala del cabo Gómez.

Kongre mandó entonces que desplegaran el foque grande, que debía ser suficiente. En el estado en que estaba el mar había agua por todas partes, y media hora más tarde, después de haber rodeado las últimas rocas a lo largo del arenal, la goleta fondeaba un poco atrás del cabo.

VI

En la bahía de El Gor

El operativo de reflotamiento había sido plenamente exitoso. Pero era necesario que la goleta tuviera seguridad completa en esa ensenada del cabo Gómez. Si bien las rocas la cubrían al sur y al sudeste gracias a la curvatura de la punta, y si los acantilados del litoral la defendían contra los vientos del este, en todos los otros puntos del horizonte estaba expuesta a los golpes de las ráfagas, al asalto de las tempestades e incluso al oleaje proveniente del mar. Durante las fuertes mareas del equinoccio no habría podido permanecer ni siquiera veinticuatro horas en esa escala.

Kongre no lo ignoraba. Su intención también era abandonar la ensenada con el reflujo del día siguiente, que pensaba aprovechar para remontar en parte el estrecho de Lemaire.

Antes, sin embargo, era indispensable completar la visita al barco y verificar el estado del casco desde el interior. Aunque se tuviera la certeza de que no hacía agua, no obstante podía ser que, si no su tablazón, por lo menos su armazón hubiera sufrido el encallamiento, y que fuera necesario proceder a hacer reparaciones en vistas a una travesía bastante larga.

Kongre puso a trabajar a sus hombres de inmediato para trasladar el lastre que llenaba la bodega hasta la altura de las varengas de babor y de estribor. Por otra parte, no se verían obligados a desembarcarlo, lo cual les ahorraría tiempo y cansancio —tiempo sobre todo, con el que era importante mostrarse avaros en la situación poco segura en la que estaba el *Maule*.

Toda esa chatarra vieja que constituía el lastre fue llevada en principio de la parte de adelante de la bodega a la de atrás, para poder examinar esa parte del interior. Trabajo que hicieron Kongre y Carcante, ayudados por un chileno llamado Vargas que había trabajado como carpintero en los astilleros de Valparaíso y conocía bien ese oficio.

En toda la parte comprendida entre el estrave y la carlinga del trinquete no se detectó ninguna avería. Varengas, miembros y borda estaban en buen estado; enclavijadas con cobre, no habían sufrido el choque de la encalladura en el banco de arena.

Llevado el lastre hacia adelante, la parte comprendida entre el trinquete y el

palo mayor apareció igual de intacta. Los puntales que sostenían el puente no estaban doblados ni falseados, y la escalera que daba acceso al tablero central no se había desplazado.

Entonces se ocuparon del último tercio de la bodega, que comprendía desde el fondo de la bovedilla hasta el codaste.

Ahí había una avería de cierta importancia. Si bien no existía una entrada de agua, la cuaderna de babor acusaba un hundimiento de un metro y medio de largo. Ese hundimiento debía ser consecuencia de un choque contra una punta de roca, antes de que la goleta se hubiera desviado hacia el banco de arena. Si bien la tablazón no había cedido del todo y la estopa seguía en su lugar, lo que había impedido que el agua se introdujera en la bodega, esa avería presentaba la gravedad necesaria para que un marino se inquietara con razón. Así que se imponía una reparación antes de volver al mar, a menos que se hubiera tratado de una travesía muy corta, y aún así, a condición de que la goleta no se fatigase demasiado, y con buen tiempo. Por otra parte, era probable que esa reparación tomase una semana entera, admitiendo que Vargas tuviera los materiales y las herramientas necesarias para su trabajo.

Kongre y sus compañeros supieron a qué atenerse, y a las hurras que habían festejado el reflotamiento del *Maule* les siguieron maldiciones justificadas por las circunstancias en las que se encontraban. ¿Acaso la goleta iba a estar fuera de uso?... ¿Acaso no podrían abandonar finalmente la isla?...

Kongre intervino diciendo:

—La avería es grave, en efecto... No podríamos usar el *Maule*, que con mal tiempo correría el riesgo de entreabrirse... Hay cientos de millas a recorrer antes de llegar a las islas del Pacífico. ¡Correríamos el riesgo de zozobrar en el camino! Pero esa avería es reparable, y la repararemos...

—¿Dónde? —preguntó uno de los chilenos, que no ocultaba su preocupación.

—No aquí, seguro —declaró uno de sus compañeros.

—No —respondió Kongre con tono resuelto—, en la bahía de El Gor.

A fin de cuenta, era posible. En cuarenta y ocho horas la goleta podía franquear la distancia que la separaba de la bahía. Sólo tenía que bordear el litoral de la isla por el norte o por el sur. En la caverna donde habían dejado todo lo que provenía del saqueo de los restos el carpintero tendría a su disposición las maderas y herramientas que esa reparación necesitaba. Así tuviera que quedarse dos o tres semanas en la escala, el *Maule* se quedaría. El buen tiempo todavía debía durar dos meses más, y por lo menos, cuando Kongre y sus compañeros abandonaran la isla, sería a bordo de un barco que, reparadas a fondo las averías, ofreciera seguridad total.

Además, Kongre siempre había tenido la intención de pasar algún tiempo en la bahía de El Gor cuando dejaran el cabo Gómez. A ningún precio habría querido perder los objetos de toda clase dejados en la caverna cuando los trabajos del faro obligaron a la banda a refugiarse en el otro extremo de la isla. Así que sus proyectos no se modificarían sino en cuanto a la duración de la escala, que se prolongaría. Pero las circunstancias lo obligaban a eso.

Entonces la confianza volvió, y se hicieron los preparativos para poder partir con la marea llena del día siguiente.

En cuanto a la presencia de los fareros, no era algo que preocupara a Kongre y a sus compañeros. ¿Qué podrían hacer contra aquellos malhechores?

Y en cuanto a unas palabras que Carcante le había dicho a Kongre, ésta fue la respuesta que obtuvo en cuanto estuvieron solos:

—Antes de la llegada de esta goleta, yo ya estaba decidido a tomar posesión de la bahía de El Gor nuevamente, y después de haber llegado allí no nos resultará difícil desembarazarnos de esos fareros... Solamente que, en lugar de llegar por el interior de la isla, evitando ser vistos, llegaremos por el mar, abiertamente. La goleta irá a fondearse en la cala... Nos recibirán sin sospechar nada... y...

Un gesto acerca del cual Carcante no se podía equivocar terminó la respuesta. Y, en verdad, todas las posibilidades de éxito favorecerían los proyectos de ese miserable. A menos que ocurriera un milagro, ¿cómo escaparían Vásquez, Felipe y Moriz a la suerte que los amenazaba?...

La tarde estuvo consagrada a los preparativos de la partida. Kongre hizo que volvieran a poner el lastre en su sitio y se ocupó del embarque de las provisiones, las armas y otros objetos llevados al cabo Gómez.

La carga se efectuó con rapidez. Después de la partida de la bahía de El Gor —y eso databa desde hacía más de un año—, Kongre y sus compañeros se habían alimentado principalmente con sus reservas, y ya sólo les quedaba una pequeña parte de ellas, que fue depositada en la despensa. En cuanto a las camas, la ropa, los utensilios y los objetos de plata y de oro, la cocina, el puesto de la tripulación, la carroza de atrás y la bodega del *Maule* los recibieron, a la espera del material que todavía estaba almacenado en la caverna a la entrada de la bahía.

Resumiendo, se trabajó con tanta diligencia que, hacia las cuatro y media de la tarde, la carga estaba a bordo. La goleta habría podido zarpar de inmediato, pero Kongre se cuidaba de remontar durante la noche un litoral erizado de arrecifes que se extendían varias millas a lo ancho. Ni siquiera sabía si tomaría o no el estrecho de Lemaire para subir hasta la altura del cabo San Juan. Eso dependería de la dirección del viento, y no lo haría si se mantenía en el norte y

tendía a levantarse. En ese caso le parecía preferible pasar por el sur de la isla, lo que le aseguraría al *Maule* la protección de la tierra. Por lo demás, cualquiera fuera la ruta elegida, en su opinión esa travesía no debía durar más de una treintena de horas, incluida la escala nocturna.

Al atardecer no se había producido ninguna modificación del estado atmosférico. Ninguna bruma durante la puesta de sol, y era tal la pureza de la línea del cielo y del agua que en el instante en que el disco solar desaparecía detrás del horizonte un rayo verde atravesó el espacio.

Daba toda la apariencia de que la noche sería tranquila, y en efecto lo fue. La mayor parte de los hombres la habían pasado a bordo, unos en el puesto y otros en la bodega. Kongre ocupaba la cabina del capitán Pailha, a la derecha, y Carcante la del segundo, a la izquierda del comedor de oficiales.

Varias veces fueron al puente a observar el estado del cielo y del mar, y a asegurarse de que, incluso en lo más alto de la marea, el *Maule* no corría ningún riesgo, y de que nada retrasaría la partida del día siguiente.

En efecto, el amanecer fue excelente, y en esa latitud es raro ver salir el sol sobre un horizonte tan limpio.

A primera hora Kongre desembarcó con el bote y, a través de un barranco angosto, casi en la entrada del cabo Gómez, ganó la cima del acantilado.

Desde esa altura su mirada pudo recorrer un vasto espacio de mar en los tres cuartos del círculo. Solamente al este encontraba las masas montañosas lejanas, entre la punta Parry y la punta Vancouver.

El mar aparecía calmo al oeste y al sur, y un poco picado en la abertura del estrecho, porque el viento adquiriría fuerza y tendía a levantarse.

Además de eso, ni una sola vela, ni una humareda mar adentro, y sin duda el *Maule* no se cruzaría con ningún barco durante su corta travesía hasta el cabo San Juan.

Enseguida Kongre tomó su resolución. Temiendo con razón que soplara un viento fuerte, y deseoso antes que nada de no fatigar a la goleta exponiéndola al oleaje del estrecho, siempre fuerte después del cambio de la marea, se decidió a bordear la costa meridional de la isla y a ganar la bahía de El Gor doblando las puntas Several y Diegos. Igual, por el sur o por el norte, la distancia era más o menos la misma.

Kongre volvió a bajar, ganó otra vez el arenal, se dirigió hacia la caverna y constató que ningún objeto hubiera quedado olvidado. Así, nada revelaría la presencia de un grupo de hombres en ese extremo oeste de la isla.

Era un poco más de las siete. El reflujo ya empezaba, y favorecería el descenso de ese canal angosto que terminaba afuera de los arrecifes.

El ancla fue subida de inmediato al pescante, después izaron el trinquete y

el foque, que con esa brisa del nordeste debían alcanzar para empujar al *Maule* fuera de los bancos, y entonces el barco se puso en marcha de inmediato.

Kongre llevaba el timón, mientras que Carcante vigilaba al frente. Diez minutos, no hizo falta más para desprenderse del semillero de arrecifes, y la goleta no tardó en sentir cierto balanceo y algunos cabeceos.

Por orden de Kongre, Carcante mandó a izar el trinquete y el bergantín, que es la vela mayor del aparejo de una goleta, y después mandó a izar la gavia a tope. Amuradas y costeadas esas velas, el *Maule* puso proa al sudoeste mar adentro, a fin de doblar la punta más extrema de la isla.

En media hora, el *Maule* rodeó las rocas del cabo Gómez. Entonces puso dirección al este, a media milla de tierra, después de haber orzado un cuarto para ceñir el viento más de cerca. Pero éste favorecía su marcha al abrigo de la costa meridional de la isla.

Entretanto, Kongre y Carcante pudieron reconocer que ese barco liviano se portaba bien en todos los aspectos, y seguramente durante la buena estación no correrían ningún peligro al aventurarse por los mares del Pacífico después de haber dejado atrás las últimas islas del archipiélago magallánico.

Quizás Kongre habría podido llegar a la entrada de la bahía de El Gor al atardecer. Pero la goleta habría pasado tarde de través por la punta Several, y él prefería remontar la bahía antes de que el sol hubiera desaparecido atrás del horizonte. Así que no forzó las velas, no usó el pequeño juanete de mesana ni la guaira del palo mayor, y se limitó a una media de cinco a seis millas por hora.

Durante esa primera jornada, el *Maule* no encontró ningún barco, y ya se estaba por hacer de noche cuando paró al otro lado de la punta Vancouver, habiendo recorrido casi la mitad de su travesía.

Allí se amontonaban grandes rocas y se levantaban los acantilados más altos de la isla. La goleta fondeó a un cable de la orilla en una ensenada cubierta por la punta. Un barco no hubiera estado más tranquilo al fondo de un puerto e incluso en una dársena. Seguramente, si el viento soplaba del sur, el *Maule* habría estado muy expuesto en ese sitio, y en ese litoral de la isla, que recibe directamente el asalto de las tempestades polares, el mar es tan violento como en los alrededores del cabo de Hornos.

¡Pero el tiempo parecía mantenerse con brisa del nordeste, y decididamente la suerte favorecía los proyectos de Kongre y los suyos!

La noche del 2 al 3 de enero fue muy tranquila. El viento, que había parado hacia las diez, volvió a levantarse al acercarse el día, a eso de las cuatro de la mañana.

Con las primeras luces del alba, Kongre tomó sus disposiciones para la partida. Se restablecieron las velas, que habían quedado en sus briosos. El

cabrestante llevó el ancla de nuevo a su puesto y el *Maule* se puso en marcha.

La punta Vancouver se alarga entre cinco y seis millas en el mar, casi de sur a norte. Así que fue necesario que la goleta remontara para volver a encontrar la costa, que corre hacia el este hasta la punta Several, durante una longitud evaluada en una veintena de millas.

El *Maule* retomó su marcha en las mismas condiciones que el día anterior apenas se acercó al litoral, donde encontró aguas apacibles al abrigo de los altos acantilados.

¡Qué costa horrible y seguramente más espantosa que la del estrecho! Era un amontonamiento de bloques enormes en equilibrio inestable, ya que muchas de esas masas obstruían los arenales hasta las últimas tandas de la marea, una prodigiosa extensión de arrecifes negruzcos que no dejaban un lugar libre donde, ya no un barco de poco tonelaje, sino una simple embarcación pudiera atracar. ¡Ni una sola cala abordable, ni un solo banco de arena sobre el cual fuera posible hacer pie! ¡Y acaso no era esa la monstruosa muralla que la Isla de los Estados le oponía al oleaje terrible proveniente de los parajes antárticos!

La goleta corría a medio velamen, a menos de dos millas de la costa. Como Kongre no la conocía temía, y con razón, acercarse demasiado. Por otra parte, como no quería exigir al *Maule*, se mantenía en medio de las aguas tranquilas que ya no hubiera vuelto a encontrar cerca de la tierra.

Sin embargo, esa segunda jornada la navegación había sido lo suficientemente rápida como para que el *Maule*, hacia las tres de la tarde, se encontrara en la latitud de la punta Several. Después de haber rodeado esa punta sólo tendría que avanzar seis o siete millas al norte para estar en lo abierto de la bahía de El Gor.

No parecía nada dudoso que antes de la puesta de sol llegara a su fondeadero, al pie del faro, en la pequeña cala que el *Santa Fe* había abandonado veinticuatro días antes.

Solamente, y Kongre no lo ignoraba, más allá de la punta la marcha del *Maule* podía ser retrasada por los vientos del nordeste que le darían en contra. Incluso, si llegaba a levantarse mucho viento en el momento de la marea, le costaría mantenerse en tanto la corriente lo tomara por debajo. Quizás Kongre hasta se viera en la necesidad de protegerse atrás de la punta Several y de esperar al día siguiente para llegar a la bahía.

Sin embargo, como estaba muy apurado por llegar al atardecer al final de ese viaje, tomó sus disposiciones antes de doblar la punta Several.

Y, al principio, tuvo que avanzar mar adentro, ya que esa punta se prolongaba unas buenas dos millas hacia el este. Ya se veía cómo el mar rompía en ella con violencia, y también el oleaje furioso, aunque la brisa no fuera muy

fuerte. Eso se debía a la situación de ese extremo de la isla, al encuentro de las corrientes que, al propagarse del Atlántico y del Pacífico, perturbaban profundamente esos parajes. Allí también el mar es siempre tumultuoso, y las olas se chocan con gran estrépito, incluso cuando reina la calma en las otras riberas de la isla.

Como el viento soplaba del nordeste, estaría en contra hasta la entrada de la bahía. Así que podían bordear la orilla mientras la goleta no sobrepasara los cinco metros, más o menos. Había que contar con algunas horas de navegación muy ardua y, en consecuencia, muy fatigosa.

Además, esa costa oriental era muy mala en toda su extensión. Una formidable barrera de arrecifes la protegía. Kongre también debía mantenerse prudentemente a cierta distancia de ellos.

Así que fue al timón y, por orden suya, Carcante mandó a tensar las escotas para ceñir el viento de tan cerca como fuera posible. Quizás, por otra parte — como pasaba con mucha frecuencia—, si la orientación de la costa modificaba la dirección de la brisa, si ésta soplaba un poco más hacia el norte el *Maule* podría llegar sin tener que costear, y alcanzar la punta Diegos en lo abierto de la bahía sin esforzarse demasiado, que era lo que había que tratar de evitar.

Por fin la goleta, con sus amuras a babor, puso proa al norte después de haber avanzado tres buenas millas mar adentro. Desde esa distancia, la costa mostraba todo su desarrollo desde el cabo San Juan hasta la punta Several.

Al mismo tiempo aparecía la torre del faro del fin del mundo, que Kongre veía por primera vez. Y tomando los largavistas de la cabina del capitán Pailha pudo distinguir a uno de los fareros apostado en la galería, que observaba el mar. El sol aún debía permanecer tres horas encima del horizonte.

Era seguro que la goleta no había podido escapar a la vista de los fareros, y que su llegada a las aguas de la isla estaba siendo señalada. En cuanto Vásquez y sus camaradas la habían visto orientarse hacia el sur, debieron pensar que se dirigía a las Malvinas. Pero desde que iba contra el viento, ¿no se preguntarían si no trataba de dar en la bahía?

A Kongre le importaba poco, por otra parte, que el *Maule* hubiera sido visto y que le supusieran intenciones de hacer escala. Eso no modificaría sus proyectos en nada.

Para su total satisfacción, esa segunda mitad de la travesía se iba a efectuar en condiciones bastante favorables. El viento venía un poco más del norte. Manteniendo sus velas cazadas de plano y listas para relingar, la goleta remontaba sin tener que acercarse a la costa para alcanzar la punta Diegos.

Y ésa sería una circunstancia muy afortunada. Quizás, en el estado de su casco, no habría podido soportar una serie de virajes que la hubieran forzado, y

quién sabe si no se hubiera declarado una vía de agua antes de que llegara a la cala.

Y eso mismo fue lo que ocurrió. Cuando el *Maule* estaba a sólo dos millas de la bahía, uno de los hombres que acababa de bajar a la bodega volvió a subir gritando que entraba agua por una fisura de la tablazón. Era precisamente en aquel lugar del casco donde los miembros del barco habían cedido al golpe de una roca. Si bien la tablazón había resistido hasta ese momento, acababa de entreabrirse, pero solamente algunas pulgadas de largo.

En suma, esa avería no presentaba gran importancia. Desplazando el lastre, Vargas consiguió sin demasiado esfuerzo obturarla por medio de un tapón de estopa, y la invasión del agua casi se detuvo.

Pero, como se comprende, era indispensable repararla cuidadosamente. En el estado en que la había dejado su encallamiento en el cabo Gómez, la goleta no habría podido, sin dirigirse hacia una pérdida segura, afrontar los mares del Pacífico.

Eran las seis cuando el *Maule* se encontró en la entrada de la bahía de El Gor, a una milla y media de distancia. Kongre mandó ceñir las velas altas, de las que ya podía prescindir. Sólo conservaron la gavia, el gran foque y el bergantín. Con el viento de través y bajo ese velamen, el *Maule*, en esas condiciones, alcanzaría sin dificultades el fondeadero de la cala al final de la bahía de El Gor.

Por lo demás, no olviden que Kongre conocía perfectamente la ruta a seguir y hubiera podido hacer de piloto.

Hacia las seis y media de la tarde, un haz de rayos luminosos se proyectó sobre el mar. El faro acababa de ser encendido, y el primer barco cuya marcha iba a iluminar era una goleta chilena caída entre las manos de una banda de piratas a quienes llevaba al escenario de sus crímenes, donde se preparaban para cometer otros.

Era más o menos las siete, y el sol declinaba por detrás de los altos picos de la isla, cuando el *Maule* dejó el cabo San Juan a estribor. La bahía se abrió adelante de él hasta la punta Diegos, y dio en ella a poca velocidad. Una hora le alcanzaría para llegar al pie del faro.

El crepúsculo aún dejaba suficiente claridad para que Kongre y Carcante, al pasar ante la caverna, pudieran asegurarse de que su orificio no parecía haber sido descubierto bajo el amontonamiento de piedras y la cortina de maleza que lo obstruía. Si era así, nada había indicado su presencia en esa parte de la isla, y encontrarían el producto de su rapiña en el mismo estado en que lo habían dejado.

—Esto marcha bien —le dijo Carcante a Kongre. Estaba a espaldas de él, muy cerca.

—Y va a marchar mejor dentro de un rato —respondió Kongre.

Dentro de cuarenta y cinco minutos como máximo, el *Maule* habría llegado a la cala, donde debía soltar el ancla.

Felipe y Moriz estaban allí. Preparaban su chalupa para abordar la goleta. En cuanto a Vásquez, estaba de servicio en el cuarto de guardia. De allí fue que Kongre y sus compañeros sacaron la idea de que la guardia del faro sólo estaba a cargo de esos dos hombres.

Cuando la goleta llegó al medio de la cala, su bergantín y su gavia ya estaban recogidos, y solamente llevaba el gran foque, del cual Carcante hizo soltar la escota.

La oscuridad empezaba a envolver el final de la bahía de El Gor cuando el ancla fue enviada al fondo.

Entonces Moriz y Felipe saltaron a la cubierta del *Maule*.

De inmediato, ante una señal de Kongre, el primero era alcanzado por un hachazo en la cabeza y caía mortalmente herido. Al mismo tiempo, dos disparos abatían a Felipe cerca de su camarada. Un último grito y ya ninguno de los dos respiraba.

A través de una de las ventanas del cuarto de guardia, Vásquez había oído los disparos y visto a sus camaradas asesinados por la tripulación de la goleta.

La misma suerte le estaba reservada si se apoderaban de su persona, y no tenía que esperar ninguna piedad de esos asesinos. ¡Pobre Felipe, pobre Moriz, él no hubiera podido hacer nada para salvarlos, y se quedaba ahí arriba espantado de ese crimen horrible que acababa de ocurrir en pocos segundos!

Después de un primer momento de estupor pudo reflexionar, recuperó su sangre fría y analizó la situación tal como estaba. Tenía que escapar de esos miserables a toda costa. Terminadas las maniobras de fondeo, quizás varios de ellos tendrían la idea de subir al faro y, quién sabe, quizás con la intención de apagarlo y de volver impracticable la bahía, por lo menos hasta que amaneciera.

Vásquez no dudó. Dejó el cuarto de guardia y se precipitó por la escalera. Al llegar a la vivienda no encontró a nadie y, en efecto, nadie había desembarcado aún.

No tenía un instante que perder, incluso ya escuchaba el ruido de la chalupa que bajaba la goleta y que iba a llevar a tierra a algunos hombres de la tripulación.

Agarró dos revólveres y se los puso en la cintura, metió algunas provisiones en una bolsa que se echó al hombro y salió de la vivienda, bajó rápidamente la muralla sin ser visto y desapareció en medio de la oscuridad.

VII

La caverna

¡Qué noche horrible iba a pasar el desgraciado Vásquez! ¡Qué situación la suya! ¡Sus desafortunados camaradas habían sido masacrados y arrojados por la borda, y ahora el reflujo se llevaba sus cadáveres hacia el mar!... Y si no hubiera estado de guardia en el faro, su suerte habría sido la misma. Pero entonces no pensaba en él, ¡sólo podía pensar en ellos!

—Pobre Moriz, pobre Felipe —se decía, y grandes lágrimas caían de sus ojos—, ¡fueron a ofrecerles sus servicios a esos miserables con total confianza y les respondieron a los tiros!... Nunca los volveré a ver... ¡y ellos nunca volverán a ver a su país y a sus familias!... Y la mujer de Moriz... que lo esperaba dentro de dos meses... ¡cuando se entere de su muerte!

Vásquez sollozaba. Era un cariño sincero el que sentía por los dos fareros, él, su jefe... ¡Los conocía desde hacía tantos años!... Por sus consejos, ellos habían pedido ser empleados en el faro... y ahora estaba solo... ¡solo!...

Pero, ¿de dónde venía esa goleta, y qué tripulación de bandidos llevaba a bordo?... ¿Se habrían apoderado de ella después de asesinar a su capitán y a sus hombres?... ¿Bajo qué bandera navegaba, y por qué hacía esa escala en la bahía de El Gor? ¿La conocían?... No había ninguna duda al respecto, ya que ningún capitán se hubiera atrevido a poner en riesgo su barco. ¿Qué venían a hacer, entonces? Además, apenas desembarcados, habían apagado el faro... ¿Por qué?... ¿Querían impedir que cualquier otro barco se refugiara en la bahía?...

Esas preguntas se agolpaban en la mente de Vásquez sin que él pudiera resolverlas. Y ni siquiera pensaba en el peligro que corría personalmente. Y, sin embargo, los malhechores no tardarían en constatar que la vivienda debía estar ocupada por tres hombres... ¿Dónde estaba el tercero?... ¿No se pondrían en su búsqueda, y no terminarían por descubrirlo?...

Lo repetimos, Vásquez no pensaba en sí mismo. Desde el lugar donde se había refugiado, en la orilla de la bahía, a menos de doscientos pasos de la cala, veía moverse las luces de los faroles, ya a bordo de la goleta, ya sobre la muralla del faro o a través de las ventanas del alojamiento. Incluso los escuchaba hablarse en voz alta, y en su misma lengua... ¿Entonces eran compatriotas, o chilenos, peruanos, bolivianos, mexicanos, brasileros⁹, que hablan todos

español?...

Al final, a eso de las diez, las luces se apagaron y ningún otro ruido alteró esa profunda oscuridad.

Sin embargo, Vásquez no podía quedarse en ese lugar. Al llegar el día sería descubierto. No podía esperar ninguna compasión de esos bandidos. Tenía que ponerse fuera de su alcance.

¿Hacia dónde dirigiría sus pasos?... ¿Hacia el interior de la isla, donde estaría relativamente más seguro? ¿O, al contrario, iría hasta la entrada de la bahía con la esperanza de que si pasaba algún barco a la vista pudiera hacerle señas y tendría la posibilidad de ser recogido? Pero, ya en el interior, ya en la costa, ¿cómo aseguraría su existencia hasta el día que llegara el relevo?... Sus provisiones se agotarían pronto... Antes de cuarenta y ocho horas no le quedaría nada, ¿cómo las renovarías?... ¡No tenía ni siquiera una caña de pescar! ¿Y por qué medios se procuraría fuego?... ¿Se vería obligado a vivir de moluscos o caracoles?...

Pero en ese momento casi no pensaba en el porvenir. Sus pobres camaradas, sólo pensaba en ellos y lloraba.

Sin embargo, su energía se terminó imponiendo. Había que tomar una decisión y la tomó. Decidió ganar el litoral del cabo San Juan para pasar la noche ahí. Cuando se hiciera de mañana, ya vería.

Así que Vásquez dejó el lugar desde el cual observaba a la goleta. No había un solo ruido, una sola luz. Los malhechores se sabían seguros en esa cala y no debía haber nadie de guardia a bordo.

Bajó a la orilla izquierda bordeando el pie de los acantilados. Sólo escuchaba el chapoteo de la marea que bajaba y, a veces, el grito de un pájaro demorado que volvía a su nido.

Eran las once cuando Vásquez se detuvo en el extremo de la bahía. Ahí, en el arenal que bordeaba el acantilado, el único abrigo que encontró fue una concavidad angosta donde permaneció hasta el amanecer.

Antes de que el sol iluminara el horizonte, bajó al arenal y miró si no se acercaba nadie del lado del faro o de la curva del acantilado, al comienzo del cabo San Juan.

Todo ese lado del litoral estaba desierto, tanto la orilla derecha como la orilla izquierda de la bahía. No se veía una sola embarcación, y ahora la tripulación de la goleta tenía dos a su disposición, el bote del *Maule* y el bote afectado al servicio de los fareros.

No aparecía ningún barco a la altura de la isla.

Y a Vásquez le vino a la mente lo peligroso que sería la navegación en esos parajes del estrecho de Lemaire ahora que el faro ya no funcionaba. En efecto,

los barcos que llegaban de alta mar ya no tendrían datos de su posición. Con la esperanza de conocer el faro instalado al final de la bahía de El Gor pondrían proa al oeste y se arriesgarían a caer en esa costa temible comprendida entre el cabo San Juan y la punta Several.

—Lo apagaron, esos miserables —exclamó Vásquez—, ¡y como no les conviene, no lo van a encender!

Era, en efecto, una circunstancia muy grave esa extinción del faro, capaz de provocar siniestros de los que esos malhechores aún podrían sacar provecho mientras estuvieran en la escala. No necesitarían, como en otro momento, atraer a los barcos mediante señales luminosas, ya que éstos acudirían sin desconfianza para conocer el faro.

Vásquez se había sentado sobre un pedazo de roca. Reflexionaba acerca de todo lo que había pasado el día anterior. Miraba si la corriente de la bahía no traía los cuerpos de sus infortunados camaradas... ¡No, el reflujo ya había hecho su trabajo, y habían sido tragados por las profundidades submarinas!

Entonces la situación se le apareció en toda su horrible realidad. ¿Qué podía hacer él?... Nada... nada sino esperar el regreso del *Santa Fe*. Pero aún faltaban dos meses largos para que el aviso se dejara ver en la entrada de la bahía de El Gor. Admitiendo que Vásquez no hubiera sido descubierto por la tripulación de esa goleta, ¿cómo podría proveerse de alimentos?... Un refugio, lo encontraría siempre en el interior de alguna gruta del acantilado, y por otra parte la buena estación debía prolongarse por lo menos hasta la época del relevo. ¡Pero si hubiera sido pleno invierno Vásquez no habría podido resistir ese descenso de la temperatura que hace caer el termómetro a treinta y a cuarenta grados bajo cero, y habría muerto de frío si antes no hubiera muerto de hambre!

Antes que nada, se puso a buscar un refugio. No tenía dudas de que los malhechores hubieran constatado, después de visitar la vivienda, que el trabajo del faro era confiado a tres fareros, ni de que quisieran deshacerse del tercero. Así que no tardarían en visitar los alrededores del cabo San Juan.

Hay que repetirlo, Vásquez había recobrado toda su energía. La desesperación no encajaba en ese carácter fuertemente forjado. Con los sentimientos de piedad propios de un viejo marino, ponía toda su confianza en Dios, que no lo abandonaría ni permitiría jamás que esos bandidos pudieran escapar al castigo de sus crímenes.

Después de algunas investigaciones terminó descubriendo un hueco, un orificio estrecho de diez pies de profundidad y cinco o seis de ancho, cerca del ángulo que el acantilado formaba con el arenal del cabo San Juan. Una arena fina recubría el suelo, y estaba fuera del alcance de las mareas más altas, al mismo tiempo que no recibía de frente los vientos del mar. Vásquez entró en esa

cavidad y depositó en ella los pocos objetos llevados de la vivienda, así como las pocas provisiones contenidas en la bolsa. En cuanto al agua dulce, un arroyo, alimentado por la nieve derretida, y que corría al pie del acantilado hacia la bahía, lo aseguraba contra las urgencias de la sed.

Como el hambre se hacía sentir, Vásquez lo calmó con galleta y un pedazo de corned-beef. Pero cuando iba a salir para saciar su sed, oyó un ruido a poca distancia y se detuvo.

“Son ellos”, se dijo.

Y acostándose pegado a la pared, como para ver sin que lo vieran, miró en dirección a la bahía.

Una canoa bajaba la corriente con cuatro hombres encima. Dos adelante y los otros dos atrás, uno de los cuales manejaba el timón.

Era el bote de la goleta, no la chalupa del faro.

“¿Qué vienen a hacer?”, se preguntó Vásquez. “¿Me están buscando?... Por la manera en que la goleta navegó por la bahía, no hay dudas de que estos miserables ya la conocían y que no es la primera vez que ponen el pie en la isla. No fue para visitar la costa que bajaron hasta aquí... Si no es de mí de lo que quieren apoderarse, ¿cuál es su objetivo?...”.

Vásquez observaba a los hombres. En su opinión, el que timoneaba el bote, el mayor de los cuatro, debía ser el jefe, el capitán de la goleta. No habría podido decir cuál era su nacionalidad, pero le pareció que sus compañeros, por su tipo, pertenecían a la raza española de Sudamérica.

En ese momento la embarcación se encontraba casi a la entrada de la bahía, cuya orilla izquierda acababa de bordear, cien pasos más allá de la concavidad donde se escondía Vásquez, quien, desde ahí, no los perdía de vista.

El jefe hizo una señal y los remos se detuvieron. Un golpe de timón, aprovechando la inercia del bote, la hizo atracar suavemente sobre el arenal.

De inmediato los cuatro hombres desembarcaron y uno de ellos, después de haber arrojado el ancla, la hundió en la arena.

Y éstas fueron las palabras que llegaron entonces a los oídos de Vásquez:

—¿Es aquí?...

—Sí... la caverna está ahí, veinte pasos antes de la curva del acantilado...

—¿Qué suerte que la gente del faro no la haya descubierto!

—¿Ni ninguno de todos los que trabajaron quince meses en su construcción!...

—¡Bien! ¡Estaban demasiado ocupados al final de la bahía!

—Y además la abertura estaba tan bien obstruida que hubiera sido difícil verla...

—Vamos —dijo el jefe.

Él y dos de sus compañeros subieron en diagonal a través del arenal, que en ese punto tenía unos cien pasos de ancho hasta el pie del acantilado.

Desde su rincón, Vásquez seguía todos sus movimientos parando la oreja para no perderse una sola palabra. Bajo los pies de ellos crujía la arena sembrada de caracoles. Pero ese ruido no tardó en desaparecer, y Vásquez no vio otra cosa que al hombre yendo y viniendo cerca de la embarcación.

“Tienen una caverna por ahí”, se dijo, “¿qué encierra?”.

Ya no dudaba de que la goleta traía una banda de corsarios, saqueadores establecidos en la isla desde antes de los trabajos. ¿Entonces era en esa caverna donde habían escondido su botín?... ¿Y no estaban por llevarlo a bordo de la goleta?...

De pronto tuvo la idea de que ahí había, sin duda, una reserva de provisiones que podría aprovechar...

Fue como un rayo de esperanza que se deslizó en su alma. ¡En cuanto el bote se fuera para volver al fondeadero, él saldría de la cavidad, buscaría la entrada a la caverna, entraría en ella y encontraría de qué vivir hasta la llegada del aviso!...

Y ese hombre resuelto, con su existencia asegurada por algunas semanas, lo único que pedía era que esos miserables no pudieran dejar la isla.

“¡Sí, que todavía estén aquí cuando vuelva el *Santa Fe*, y el comandante Lafayette hará justicia!”.

Pero, ¿se cumpliría ese deseo? Al reflexionar, Vásquez se decía que la goleta no debía haber ido a hacer escala en la bahía de El Gor más que por dos o tres días, el tiempo necesario para embarcar ese cargamento encerrado en la caverna; después abandonaría la isla para nunca más volver.

Por lo demás, Vásquez pronto iba a convencerse al respecto.

Después de pasar una hora en el interior de la caverna, los tres hombres reaparecieron y caminaron por el arenal. Desde la cavidad en la que se acurrucaba, Vásquez pudo oír las palabras que intercambiaron en voz alta, y que él debía aprovechar casi de inmediato.

—¡Eh, no nos desvalijaron durante su estadía, esos buenos hombres!...

—Y cuando el *Maule* ize las velas, tendrá la bodega llena...

—¡Y suficientes provisiones para su travesía, lo cual nos saca de un apuro!

—Es cierto, con las de la goleta no habríamos podido asegurarnos comida y bebida hasta las islas del Pacífico...

—¡Y durante un año no fueron capaces de descubrir nuestro secreto, ni de encontrarnos en el cabo Gómez!...

—¡La verdad es que no hubiera valido la pena atraer a los barcos a los arrecifes de la isla para terminar perdiendo todas las ganancias!...

Mientras escuchaba esas palabras, de las que esos miserables se reían, Vásquez, con el corazón lleno de odio, estaba tentado de arrojarle a su paso, revólver en mano, y de partirles la cabeza a los tres.

Pero se contuvo. Más le valía no perderse nada de la conversación. Así se enteró del trabajo abominable que esos malhechores habían hecho en esa parte de la isla, y no lo sorprendió escuchar:

—En cuanto a ese bendito faro del fin del mundo, ¡que los capitanes vengan a buscarlo ahora!... Va a ser como si fueran ciegos...

—Y como ciegos seguirán dirigiéndose hacia la isla, donde sus barcos no tardarán en romperse en pedazos...

—¡Todavía espero que antes de la partida del *Maule* uno o dos barcos más vengan a naufragar en las rocas del cabo San Juan!... Tenemos que cargar esa goleta hasta la regala, ya que el diablo nos la envió...

—¡Y el diablo hace muy bien las cosas! Un buen barco que nos llega al cabo Gómez, sin tripulación, ni capitán, ni marineros, de los cuales por otra parte nos habríamos librado...

Eso explicaba de qué forma la goleta había caído entre las manos de esa banda en la punta oeste de la isla, donde los piratas habían tenido que refugiarse al comienzo de los trabajos después de haber ocupado durante años la orilla izquierda de la bahía de El Gor, y de qué forma varios barcos habían perdido en ella todo su cargamento, atraídos por las maniobras de esos saqueadores de restos.

—Y ahora, Kongre —preguntó uno de ellos—, ¿qué vamos a hacer?...

—Volver al *Maule*, Carcante —respondió el tal Kongre, en quien Vásquez había reconocido precisamente al jefe de la banda.

—¿No vamos a empezar a trasladar las cosas de la caverna?

—No hasta que las averías no sean reparadas, y seguro que esas reparaciones van a durar una buena semana, por lo menos...

—Entonces —dijo Carcante—, llevemos algunas herramientas en el bote.

—Sí... podemos volver cuando sea necesario, y Vargas debe encontrar aquí todo lo que necesite para trabajar.

—No perdamos tiempo, Kongre —siguió Carcante—, la marea no tardará en subir, y la aprovecharemos...

—Entendido —respondió Kongre—. Cuando la goleta esté en condiciones subiremos nuestra carga a bordo... No tenemos que temer que nos la roben de esta caverna...

—¡Eh!, Kongre, no olvide que eran tres fareros, y que uno de ellos pudo escapar de nosotros.

—Mucho no me preocupa, Carcante. De aquí a dos días se habrá muerto de

hambre, a menos que viva de musgos y caracoles... Además, volveremos a cerrar la entrada a la caverna.

—De cualquier forma —dijo Carcante— no me gusta que tengamos averías que reparar. El *Maule* habría podido volver al mar mañana mismo. Es cierto, durante la escala, quizás algún barco venga a caer en la costa, incluso sin que nos tomemos la molestia de atraerlo... ¡Y lo que esté perdido para ellos no estará perdido para nosotros!

Kongre y sus compañeros volvieron a salir de la caverna llevándose herramientas y tablas. Después, no sin tener la precaución de tapar la entrada, bajaron hasta el bote y se embarcaron en el momento en que el oleaje llegaba a la bahía.

La embarcación zarpó de inmediato y, llevada por sus remos, no tardó en desaparecer atrás de una punta de la ribera.

Una vez que ya no tuvo miedo de que lo vieran, Vásquez volvió al arenal. Ahora sabía todo lo que necesitaba saber, entre otras cosas, dos muy importantes: la primera era que podría procurarse provisiones que le alcanzarían para varias semanas; la segunda, que esa goleta había sufrido averías cuya reparación exigiría por lo menos unos quince días, quizás más, pero nunca lo necesario para seguir todavía allí cuando llegara el aviso.

En cuanto a retrasar su partida cuando estuviera lista para volver al mar, ¿cómo podía hacerlo?... Sí, si algún barco llegaba a pasar a poca distancia del cabo San Juan él le haría señales... si hacía falta se arrojaría al mar para alcanzarlo a nado... Una vez a bordo, pondría al capitán al tanto de la situación... y si el capitán disponía de una tripulación bastante numerosa no dudaría en ir a la bahía de El Gor para apoderarse de la goleta... Y si los malhechores huían al interior de la isla, abandonarla se les volvería imposible... y, al regreso del *Santa Fe*, el comandante Lafayate podría apoderarse de esa banda o destruirla hasta el último hombre... Pero, ¿llegaría ese barco a acercarse al cabo San Juan? Y a menos que pasara a unos pocos cables, ¿serían vistas las señales de Vásquez?...

Por otra parte, en lo que le concernía personalmente, aunque Kongre no tuviera ninguna duda sobre la existencia de un tercer farero, él no se preocupaba... sabría escapar a las búsquedas... Pero lo primordial era saber si podría asegurarse el alimento hasta que llegara el aviso, así que se dirigió a la caverna.

VIII

El *Maule* en reparación

Reparar las averías de la goleta, volver a ponerla en estado para una larga travesía por el Pacífico, embarcar en ella toda la carga almacenada en la caverna y zarpar lo antes posible era a lo que Kongre y sus compañeros se iban a abocar sin perder tiempo.

En total, las reparaciones al casco del *Maule* no constituían un trabajo demasiado grande. El carpintero Vargas conocía su oficio. No le faltarían herramientas ni materiales, y el trabajo se llevaría a cabo en buenas condiciones.

Pero, en primer lugar, había que deslastrar la goleta, y después sacarla al arenal de la cala. Había que remolcarla para que las reparaciones pudieran hacerse afuera del agua, reemplazando la tablazón del casco.

Era posible, entonces, que eso llevase cierto tiempo; pero el tiempo a Kongre le sobraba, ya que la buena estación todavía debía durar dos largos meses.

En cuanto a la llegada del relevo, sabía a qué atenerse.

En efecto, el libro del faro encontrado en la vivienda le había dicho todo lo que necesitaba saber; el relevo debía hacerse cada trimestre; el aviso *Santa Fe* recién volvería a la bahía de El Gor en los primeros días de marzo, y aún estaban a principios de enero.

A la vez, ese libro tenía los nombres de los tres fareros, Moriz, Felipe y Vásquez. También la disposición del dormitorio indicaba que estaba ocupado por tres personas. Entonces, uno de los fareros había podido evitar la suerte de sus pobres camaradas. ¿Dónde se había refugiado? Poco importaba, en definitiva, y a Kongre le preocupaba muy poco su presencia en la isla, lo sabemos. Solo, sin recursos, pronto sucumbiría a la miseria y al hambre.

Sin embargo, si bien no les faltaba tiempo para las reparaciones de la goleta, siempre había que contar con los posibles retrasos, y precisamente ocurrió que al principio no pudieron ponerse a trabajar.

En efecto, en la noche del 3 al 4 se produjo un brusco cambio atmosférico. En verdad, si el *Maule* hubiera tardado veinticuatro horas más en hacer escala en la bahía de El Gor habría naufragado en las rocas de la punta Several.

Durante esa noche, grandes masas de nubes se acumularon en el horizonte

al sur. La temperatura había subido a dieciséis grados y el barómetro acababa de caer de repente a tempestad. Muchos relámpagos iluminaron el cielo. Los rayos estallaban en todas partes. El viento se desencadenaba con una violencia extraordinaria; el mar, embravecido, pasaba muy por encima de los arrecifes, y la espuma blanqueaba la cima de los acantilados. Un barco de mucho peso, velero o *steamer*, habría corrido el grave riesgo de ser empujado a las costas de la isla, con mucha más razón un barco de tan poca envergadura como el *Maule*.

Era tal el ímpetu de esa borrasca y la turbación del océano mar adentro que un verdadero oleaje se propagaba a través de la bahía. En pleno reflujo el agua llegaba al pie de los acantilados, y el arenal, bajo la muralla, estaba completamente inundado. Las olas rompían hasta la vivienda de los fareros y sus salpicaduras volaban a media milla de allí, hasta el bosquecito de hayas.

Todos los esfuerzos de Kongre y sus compañeros debieron orientarse a mantener al *Maule* en su fondeadero. Varias veces garreó sobre su ancla, amenazando con encallar en la arena. Hizo falta amarrar con otra ancla para ayudar a la primera. En dos oportunidades se temió un desastre completo.

Sin embargo, mientras vigilaban el *Maule* día y noche, se habían instalado en los anexos, donde no tenían nada que temer. Las camas de las cabinas y del puesto de la tripulación fueron llevadas hasta allí, y hubo suficiente lugar para alojar a los quince hombres. Nunca habían estado tan bien instalados durante toda su estadía en la isla.

En cuanto a las provisiones, no había de qué preocuparse. Las que contenían los almacenes del faro habrían sido suficientes y sobrado, incluso si hubiera habido el doble de bocas que alimentar durante tres meses. Y además, en caso de necesidad habrían podido recurrir a las reservas de la caverna. En suma, el aprovisionamiento de la goleta estaba asegurado para una larga travesía por los mares del Pacífico.

El mal tiempo duró hasta el 12 de enero, y recién terminó la noche del 12 al 13. Toda una semana perdida, ya que había sido imposible trabajar. Kongre hasta había juzgado prudente no deslastrar la goleta, que se balanceaba como una canoa. Ya tenían mucho que hacer para alejarla de las rocas del fondo, contra las cuales se habría roto, así como en la entrada de la bahía de El Gor.

Durante esa noche el viento cambió y saltó bruscamente al sur-suroeste. Del lado del cabo Gómez el mar se volvió muy fuerte, ya que soplaba una brisa de dos rizos. Si el *Maule* aún hubiera estado en la ensenada del cabo, seguramente habría quedado arruinado.

Esa semana, un barco había llegado a la vista de la isla. Era de día, así que no había tenido que guiarse por el faro, y no pudo constatar que ya no estaba encendido entre el atardecer y el amanecer. Venía del noroeste y dio en el

estrecho de Lemaire con velamen reducido, el pabellón francés ondeando en lo más alto. Por lo demás, pasó a tres millas de tierra, e hizo falta usar el largavista para reconocer su nacionalidad. Si Vásquez le hizo señales desde el cabo Tucumán no podían ser vistas, y no lo fueron, ya que un capitán francés no habría dudado en echar su bote al agua para subirlo a bordo.

La mañana del 13, desembarcaron el lastre de chatarra y lo dejaron en desorden sobre la arena, protegido de la marea. La visita al interior de la bodega pudo hacerse de una forma más completa que en el cabo Gómez. El carpintero declaró que las averías eran más graves de lo que habían supuesto. El *Maule* había sufrido mucho durante su travesía, mientras doblaba la punta Several para ir contra el viento del nordeste y luchar contra un mar bastante fuerte. Entonces se había abierto esa vía de agua en su parte trasera. No habría podido prolongar su navegación más allá de la bahía. Así que había que ponerlo en seco para proceder al reemplazo de las dos varengas, de dos cuadernas y del revestimiento exterior en unos cuatro pies de largo.

Sabemos que gracias a los objetos de toda clase y de todo uso recogidos en la caverna no les faltarían materiales. El carpintero Vargas, ayudado por sus compañeros, no tenía dudas de que haría su trabajo a término. Si no lo conseguía, hubiera sido imposible que el *Maule*, incompletamente reparado, se aventurara por los parajes del Pacífico. Lo que debía considerarse muy afortunado, por otra parte, era que los mástiles, el velamen y los aparejos no hubieran sufrido ningún daño. Por supuesto que los nombres del *Maule* y de su puerto de partida serían cambiados antes de zarpar.

La primera operación consistía en arrastrar la goleta a la arena para hacerla descansar sobre su flanco de estribor. Eso sólo podía hacerse con la marea, a falta de aparatos lo suficientemente fuertes. Ahora bien, hubo un nuevo retraso de dos días a la espera de que la corriente fuera bastante fuerte para permitirles llevar la goleta al arenal, donde quedaría en seco después del retiro del mar. Esa marea de luna nueva recién debía producirse cuatro días más tarde.

Kongre y Carcante aprovecharon esa demora para volver a la caverna, y esta vez lo hicieron con la chalupa del faro, más grande que el bote del *Maule*. Llevarían una parte de los objetos de valor, el oro y la plata de los saqueos, las joyas y otros materiales preciosos, que serían depositados en los almacenes del anexo.

La chalupa partió la mañana del 14 de enero. El reflujo bajaba desde hacía dos horas y volvería con el oleaje de la tarde.

El tiempo era bastante bueno. Rayos de sol pasaban entre las nubes, a las que una brisa leve empujaba desde el sur.

Antes de partir, como lo hacía cada día, Carcante había subido a la galería

del faro para observar el horizonte. Desierto el mar, no se veía ningún barco en el estrecho, ni siquiera una de esas barcas de fueguinos que a veces venían del lado de la punta Parry.

Desierta también la isla, a todo lo lejos que podía extenderse la vista.

Mientras la chalupa bajaba con la corriente, Kongre examinaba atentamente la orilla izquierda, separada por quinientas o seiscientas toesas de la ribera opuesta a media milla encima del faro. ¿Dónde estaba ese tercer farero que había escapado a la masacre?... Aunque no representara un motivo de preocupación para él, habría preferido sacárselo de encima, y era lo que haría cuando tuviera la ocasión.

La ribera estaba tan desierta como la bahía. Sólo se animaba con el vuelo y el grito de miríadas de pájaros que anidaban en el acantilado.

Hacia las once, la chalupa atracó delante de la caverna, después de haber sido empujada no sólo por el reflujo, sino también por la brisa, ya que había aparejado su vela y su foque.

Kongre y Carcante desembarcaron, dejando de guardia a dos de sus hombres, y entraron en la caverna, de donde volvieron a salir media hora después.

Lo que pudieron observar fue que las cosas estaban en el mismo estado en que las habían dejado. Por otra parte, había tal amontonamiento de objetos de toda clase que hubiera sido difícil, incluso a la luz de un farol, constatar si no faltaba nada.

Kongre y su compañero se llevaron dos cajas cuidadosamente cerradas provenientes del naufragio de un velero inglés de tres mástiles, que encerraban una suma importante en monedas de oro y piedras preciosas. Las depositaron en la chalupa y se preparaban para partir cuando Kongre manifestó su intención de ir hasta el cabo San Juan. Desde ahí podría observar el litoral en dirección al sur y al norte.

Carcante y él llegaron al extremo de la ribera derecha, y descendieron por el cabo hasta su punta.

Desde esa punta, la mirada se posaba de un lado en la ribera que bordeaba el estrecho de Lemaire en una extensión de unas dos millas, y del otro llegaba hasta la punta Several.

—Nadie —dijo Carcante.

—No... nadie —respondió Kongre.

Volvieron a la chalupa y, como empezaba el oleaje, ésta se dejó arrastrar por la corriente y antes de las tres alcanzó la bahía de El Gor.

Dos días después, el 16 de enero, Kongre y sus compañeros procedieron desde la mañana a la encalladura del *Maule*. A eso de las once debía tener lugar

la pleamar. Todas las disposiciones fueron tomadas en consecuencia. Una amarra llevada a tierra permitiría arrastrar la goleta hasta el arenal cuando la altura del agua fuera suficiente.

En sí misma, la operación no presentaba dificultades ni riesgos, y era la marea la que se encargaba de todo el trabajo.

En cuanto el mar estuvo lo suficientemente alto para que la goleta pudiera avanzar sobre el arenal, tiraron de la borda sobre la guindaleza, y sólo hubo unos veinte metros a franquear.

Sólo había que esperar el reflujo. Hacia la una, el agua empezó a descubrir las rocas más cercanas al acantilado. A las dos, la quilla del *Maule* encontraba la arena, y a las tres, completamente en seco, se recostaba sobre su flanco de estribor.

Por fin podrían ponerse a trabajar. Sólo que, como no había sido posible conducir la goleta a la parte del arenal vecina a la base del acantilado, el trabajo forzosamente se vería interrumpido durante unas horas cada día, ya que flotaría durante el retorno de la marea. Pero por otra parte, como a partir del 16 de enero el mar perdería cada vez más altura, el tiempo sin trabajar disminuiría gradualmente, y durante una quincena el trabajo sería continuado sin interrupción.

El carpintero empezó a trabajar. Si bien no podía contar con los fueguinos de la banda, por lo menos los otros, incluidos Kongre y Carcante, lo ayudarían.

La consecuencia fue que se pudo trabajar en el interior y en el exterior de la goleta. La parte de la tablazón dañada fue retirada fácilmente después de haber sacado las hojas de cobre del revestimiento. Eso dejó al desnudo las cuadernas y las varengas que había que cambiar. La madera traída de la caverna, tablas y curvas, alcanzaría, y no haría falta abatir un árbol del bosque de hayas, cortarlo y aserrarlo, lo que habría significado mucho trabajo.

Durante los quince días siguientes Vargas y los otros, ayudados por el tiempo, que permaneció bueno, hicieron un buen trabajo. Lo que más dificultades les dio fue sacar las varengas y los miembros que debían ser reemplazados. Esas piezas estaban enclavijadas con cobre y unidas por cabillas. El conjunto se mantenía bien y, decididamente, esa goleta salía de uno de los mejores astilleros de Valparaíso.

Vargas llegó, no sin esfuerzo, a terminar esa primera parte de su trabajo; y seguramente sin las herramientas recogidas en la caverna no habría podido hacerlo.

Claro que los primeros días hizo falta interrumpir el trabajo durante el oleaje. Pero enseguida la marea se volvió tan débil que apenas alcanzaba los primeros declives del arenal. La quilla no tomaba más contacto con el agua, y se

podía trabajar tanto en el interior como en el exterior del casco. Aunque lo importante era volver a colocar la tablazón en su lugar antes de que el mar volviera a crecer.

Por lo demás, no habría que recostar a la goleta sobre su flanco de babor cuando la reparación estuviera hecha de ese lado. El casco a estribor estaba intacto, y después de un examen muy minucioso Vargas había constatado que a estribor no había sufrido para nada el encallamiento en el cabo Gómez. Sería tiempo ganado.

Solamente, por prudencia, y sin llegar a sacar todo el revestimiento de cobre, Kongre haría arreglar todas las costuras por encima de la línea de flotación, de las que se renovarían el calafateo con alquitrán y estopa recogidos entre los restos.

Fue en esas condiciones que la operación siguió hasta el fin de enero, y casi sin interrupción. El tiempo no dejaba de ser favorable. Claro que hubo, si no algunos días, por lo menos algunas horas de lluvia, a veces violenta; pero, en suma, nunca se prolongaron. Es verdad que en ese clima tan variable siempre había que temer trastornos atmosféricos.

Durante ese período, hay que señalar la presencia de dos barcos en los parajes de la isla.

El primero era un *steamer* inglés proveniente del Pacífico que subió el estrecho de Lemaire para tomar rumbo hacia el nordeste, probablemente con destino a un puerto de Europa. Salió del estrecho en pleno día, a por lo menos dos millas del cabo San Juan. Había aparecido después de la salida del sol y desapareció antes de que éste se pusiera. Así que su capitán no pudo constatar la extinción del faro.

El segundo barco era un velero de tres mástiles cuya nacionalidad no se pudo conocer. Empezaba a hacerse de noche cuando se dejó ver a la altura del cabo Gómez para bordear la costa meridional de la isla hasta la punta Several. Carcante, apostado en el cuarto de guardia, sólo vio su luz roja de babor. Pero el capitán y la tripulación de ese velero, si estaban desde hacía varios meses en navegación, podían ignorar que la construcción del faro estuviera terminada en esa época.

Este último barco siguió la costa lo bastante cerca para que sus hombres pudieran ver señales, una luz, por ejemplo, encendida en la punta Vancouver o en la punta Several. ¿Intentó Vásquez atraer su atención?... Como fuera, al amanecer había desaparecido en el este.

Otros veleros y *steamers* fueron divisados en el horizonte, probablemente en ruta hacia las Malvinas, y ni siquiera debieron tomar conocimiento de la Isla de los Estados. En los primeros días de febrero, con mareas muy fuertes, el

tiempo sufrió modificaciones profundas. El viento había cambiado al suroeste y golpeaba directamente la entrada a la bahía de El Gor.

Por suerte, si bien las reparaciones no estaban terminadas, por lo menos las cuadernas, las varengas y la tablazón reemplazadas volvían hermético el casco del *Maule*. Ya no había que temer que el agua se introdujera en el interior de la bodega.

Tuvieron motivos para alegrarse, ya que durante cuarenta y ocho horas, en lo más fuerte del oleaje, el mar subió a lo largo del casco, casi hasta la línea de flotación, y la goleta se llegó a enderezar, aunque sin que su quilla abandonara el fondo de arena.

Kongre y sus compañeros debieron tomar muchas precauciones para evitar nuevas averías que habrían podido retrasar mucho su partida.

Hubo, por otra parte, una circunstancia muy afortunada, y fue que la goleta siguió apoyada sobre su fondo. Rodó de un costado al otro con cierta violencia pero no corrió riesgos de ser arrojada contra las rocas de la cala.

A partir del 4 de febrero la marea empezó a disminuir, y el *Maule* se inmovilizó de nuevo sobre el arenal. Entonces fue posible calafatear el casco en sus partes altas, y la maza no dejó de hacerse oír desde el amanecer hasta la puesta del sol.

Por otra parte, no sería el embarque de su cargamento lo que retrasaría la partida del *Maule*. Por orden de Kongre, la chalupa iba con frecuencia hasta la caverna con los hombres que no estaban siendo empleados por Vargas. A veces Kongre y otras veces Carcante los acompañaban.

En cada viaje, la embarcación iba llevando una parte de los objetos que debían encontrar lugar en la bodega de la goleta, la cual sólo tendría que mantener un tercio de su lastre. Esos objetos los depositaban provisoriamente en el almacén del faro. En esas condiciones, el cargamento se haría con más facilidad y más regularidad que ante la misma caverna, en la entrada de la bahía, donde la operación habría podido ser contrariada por el tiempo. En esa costa que prolongaba el cabo San Juan no habría encontrado ningún reparo.

Algunos días más y las reparaciones estarían definitivamente terminadas, el *Maule* estaría en condiciones de volver al mar y el cargamento podría ser llevado a bordo.

En efecto, el día 13 las últimas costuras del puente y del casco habían recibido un calafateado completo. Se pudo incluso, con algunas latas de colores encontrados en las carcasas de los barcos naufragados, repintar el *Maule* de una punta a la otra. Kongre tampoco había descuidado revisar los aparejos y hacerle algunas reparaciones indispensables al velamen. Por lo demás, esos aparejos debían ser nuevos cuando la goleta dejó el puerto de Valparaíso.

Para concluir, el *Maule* habría podido volver al medio de la cala el 13 de febrero, y habrían podido proceder a su carga. Pero hubo cuarenta y ocho horas de retraso, para gran fastidio de Kongre y sus compañeros, muy impacientes por abandonar la isla. Se vieron en la necesidad de esperar una marea cuya altura alcanzara para volver a poner la goleta a flote, lo que le permitiría recuperar su fondeadero en el medio de la cala.

Esa marea tuvo lugar la mañana del 15 de febrero. La quilla se levantó del hoyo ahuecado en el arenal y sólo hubo que ocuparse del cargamento.

Por fin, salvo circunstancias imprevistas, el *Maule* podría zarpar en unos días, salir de la bahía de El Gor, bajar el estrecho de Lemaire, y, proa al sudoeste, singlar a toda vela hacia los mares del Pacífico.

IX

Vásquez

Quince días habían transcurrido desde la llegada de la goleta al fondeadero de la bahía de El Gor, y esos quince días Vásquez los había pasado en ese litoral del cabo San Juan del que no quería alejarse. Si algún barco llegaba en escala a la bahía, por lo menos él estaría ahí para llamarlo a su paso. Lo recogerían, le avisaría al capitán el peligro que corría yendo en dirección al faro, le diría que una banda de malhechores se habían apoderado de él, y en caso de que ese capitán no tuviera una tripulación suficiente no sólo para resistir a ellos, sino para apresarlos o para hacerlos huir al interior de la isla, tendría tiempo para volver mar adentro.

¿Pero en qué condiciones podía producirse esa eventualidad, y por qué un barco, a menos de verse obligado a ello, haría escala al final de esa bahía apenas conocida por los navegantes?...

Habría sido, no obstante, la circunstancia más favorable. Ese barco habría podido dirigirse a las Malvinas, una travesía de unos pocos días solamente. Las autoridades inglesas habrían sido avisadas de los hechos de los cuales acababa de ser escenario la Isla de los Estados. Un barco de guerra habría podido ir de inmediato a la bahía de El Gor, llegar ahí antes de que el *Maule* hubiera vuelto a zarpar, y destruir a Kongre y hasta al último de los suyos. Entonces el gobierno argentino habría tomado las medidas para volver a asegurar el servicio del faro, tan rápido como fuera posible.

“Entonces”, se repetía Vásquez, “¿habrá que esperar el regreso del *Santa Fe*?... Pero no va a volver antes de dos meses... y hasta entonces la goleta estará lejos... ¿y cómo encontrarla en medio de las islas del Pacífico?...”.

Como se ve, el valiente Vásquez seguía pensando en sus camaradas masacrados sin compasión, en la impunidad de la que gozarían esos malhechores después de abandonar la isla y, además, en los gravísimos peligros que amenazaban la navegación en esos parajes desde la extinción del faro del fin del mundo...

Por otra parte, desde el punto de vista material y a condición de que no descubrieran su refugio podía quedarse tranquilo.

En efecto, ya no tuvo nada que temer respecto a la comida cuando visitó la

caverna, después de que Kongre la dejara.

Esa vasta caverna se hundía profundamente en el interior del acantilado. Ahí se había refugiado varios años la banda. Había lugar para Kongre y todos sus compañeros. Ahí acumularon toda clase de restos de los naufragios que frecuentemente tenían como escenario a la Isla de los Estados: el oro, la plata y los preciados materiales recogidos en el litoral cuando el mar estaba bajo. Fue ahí, en fin, donde pasaron su existencia. Las provisiones que tenían cuando desembarcaron en la punta Parry se habrían consumido enseguida; pero para asegurar su existencia, lo sabemos, les había alcanzado con un primer naufragio. Después pudieron provocar otros y sacarles provecho.

En el momento en que los trabajos de construcción del faro empezaron, Kongre debió abandonar la bahía llevándose lo necesario para vivir en el cabo Gómez. Así que habían dejado en gran parte el producto de sus saqueos en esa caverna que, por desgracia, no fue descubierta mientras duraron los trabajos.

Además Vásquez sólo pensaba tomar lo indispensable, de manera que Kongre y los otros no se dieran cuenta. En medio de tantos objetos de diferente naturaleza, ¿quién notaría la desaparición de algunas herramientas, de algunas provisiones, de algunas municiones?...

Eso fue con lo que se conformó en aquella primera visita: una caja chica de galletas marineras, un barril de corned-beef, un hornito que le permitiera hacer fuego, una pava, una taza, una manta de lana, una camisa y un pantalón de recambio, un abrigo impermeable, dos revólveres con una veintena de cartuchos, un encendedor, un farol y yesca, y quedaban desechos suficientes en la costa para que no le faltara madera. Tomó también dos libras de tabaco para su pipa. Por otra parte, según lo que había oído decir, las reparaciones de la goleta debían durar dos o tres semanas, y siempre podría volver a renovar sus provisiones.

Hay que decir que, por precaución, como la gruta angosta que ocupaba le parecía demasiado cercana a la caverna y temía ser descubierto, había encontrado otro refugio un poco más alejado y más al sur.

Quedaba a quinientos pasos de ahí, del otro lado del litoral, más allá del cabo San Juan, en la parte de la costa que bordeaba el estrecho. Entre dos rocas altas que apuntalaban el acantilado se abría una gruta cuyo orificio no podía verse. Para llegar a ella había que deslizarse a través de ese hueco que apenas se veía en medio del amontonamiento de rocas. Cuando subía la marea, incluso, el mar llegaba casi hasta su base, pero no subía nunca lo suficiente para inundar esa cavidad cuya arena fina no tenía ningún rastro de caracoles ni trazas de humedad. Podrían haber pasado cien veces por delante de esa gruta sin sospechar su existencia, y Vásquez la había descubierto por azar algunos días antes.

Fue allí donde transportó los objetos de la caverna, y donde iba a usarlos.

Era muy raro, por otra parte, que Kongre, Carcante y los demás anduvieran por ese lado de la isla. La única vez que lo habían hecho, después de una segunda visita a la caverna, Vásquez los había visto cuando se detuvieron en la punta del cabo San Juan. Acurrucado en el fondo del hueco no podía ser visto, y no lo vieron.

Es inútil agregar que nunca se aventuraba al exterior sin tomar las precauciones más minuciosas, preferentemente al atardecer, sobre todo para ir a la caverna. Antes de doblar la esquina del acantilado a la entrada de la bahía se aseguraba de que ni el bote ni la chalupa estuvieran amarrados a lo largo de la ribera.

¡Pero cuántas veces el tiempo le parecía interminable en su soledad, y qué dolorosos recuerdos volvían sin cesar a su memoria! Esa escena de matanza a la que había escapado, y Felipe y Moriz caídos bajo los golpes de los asesinos. Un deseo irresistible se apropiaba de su corazón. ¡Habría querido encontrar al jefe de esa banda y vengar con sus propias manos la muerte de sus desafortunados camaradas!...

“¡No!... ¡No!...”, se repetía, “¡tarde o temprano serán castigados!... Dios no va a permitir que escapen al castigo... ¡Pagarán esos crímenes con sus vidas!...”.

Y se olvidaba de qué poco dependía la suya, mientras la goleta estuviera en la bahía de El Gor.

“¡Y sin embargo”, exclamaba, “que esos miserables no se vayan! ¡Que sigan aquí cuando vuelva el *Santa Fe!*... ¡Que el Cielo les impida zarpar!...”.

¿Se produciría esa eventualidad?... El mes de enero apenas terminaba... ¡Y faltaban más de tres semanas antes de que el aviso pudiera ser visto a la altura de la isla!...

Por otra parte, en lo concerniente a la goleta, la duración de esa escala no dejaba de sorprenderlo... ¿Qué explicación darle?... ¿Las averías eran tan importantes que un mes no había sido suficiente para su reparación?... ¡Según el libro del faro, Kongre no podía ignorar la fecha en la que debía efectuarse el relevo!... Sería en los primeros días de marzo, y si no había zarpado para esa época...

Era el 16 de febrero. Devorado por la impaciencia y la inquietud, Vásquez quiso saber a qué atenerse. Cuando se puso el sol, ganó la entrada de la bahía y subió por la ribera izquierda en dirección al faro.

La oscuridad ya era profunda, pero no por eso corría menos riesgos de que lo encontraran si alguno de los de la banda había ido hacia ese lado. Se deslizaba a lo largo del acantilado mirando entre las sombras, deteniéndose, escuchando si se producía algún ruido sospechoso. El ambiente estaba tranquilo, y debía cuidar

que no se oyeran sus pasos.

Tenía que hacer unas tres millas para llegar al final de la bahía. Era la dirección contraria a la que había seguido al huir después de la muerte de sus camaradas, y no lo vieron más de lo que lo habían visto aquella noche.

Hacia las nueve, se detuvo a doscientos pasos de la muralla del faro, y desde ahí vio brillar algunas luces a través de las ventanas del anexo. Un movimiento de ira y un gesto de amenaza se le escaparon al pensar que los bandidos estaban en esa vivienda, en lugar de quienes habían asesinado y de quien asesinarían si llegaba a caer en sus manos...

Desde donde se encontraba no podía ver la goleta envuelta en sombras. Tuvo que acercarse una centena de pasos sin pensar que era peligroso. Toda la banda estaba encerrada en el alojamiento, y sin duda nadie saldría.

Se acercó un poco más. Se deslizó hasta el arenal de la pequeña cala. ¡Durante la marea del día anterior la goleta había sido retirada del banco de arena y ahora flotaba, fondeada con su ancla!

¡Ah!, si hubiera podido, si sólo hubiera dependido de él desfondar su casco, hundiéndola en esa cala... pero era imposible.

Entonces, las averías estaban reparadas. Sólo le quedaba embarcar su cargamento... Sería cosa de dos o tres días, ¡y dejaría atrás la bahía para internarse en el mar!

¡Vásquez sólo tuvo que retomar el camino del cabo San Juan y volver a la gruta, donde ya había pasado tantas noches sin dormir!

Sin embargo, podría haber observado que si bien la goleta flotaba, todavía no llegaba a sus líneas de agua, y que aún le faltaban por lo menos dos pies. Eso indicaba que no había embarcado su lastre ni su carga. Así que podía ser que la partida se retrasara algunos días. Pero seguramente sería el plazo final, y, en cuarenta y ocho horas quizás, el *Maule* zarparía, doblaría el cabo San Juan, seguiría el estrecho de Lemaire y desaparecería al oeste, en ruta hacia los parajes lejanos del Pacífico.

Vásquez tenía entonces solamente una pequeña cantidad de víveres. Por eso, al día siguiente, fue a la caverna a renovar sus provisiones.

Apenas había luz, pero como pensaba que la chalupa volvería esa mañana a llevarse todo lo que debía ser embarcado en la goleta, se apuró, no sin tomar las mayores precauciones.

Al dar la vuelta al acantilado no vio la chalupa. La orilla estaba desierta. Entonces entró en la caverna.

Todavía había muchas cosas, las que no tenían ningún valor y con las cuales Kongre sin duda no quería llenar la bodega del *Maule*. ¡Pero qué grande fue su decepción cuando buscó la carne y las galletas!

¡Se habían llevado todos los comestibles!... ¡y dentro de cuarenta y ocho horas se quedaría sin víveres!...

No tuvo tiempo para abandonarse a sus reflexiones. En ese momento se oyó un ruido de remos. Era la chalupa que llegaba trayendo a bordo a Carcante con dos de sus secuaces.

Vásquez se adelantó enérgicamente hasta la entrada de la caverna, sacó la cabeza al exterior y miró. La chalupa atracaba. Sólo tuvo tiempo para volver a entrar y esconderse en el rincón más oscuro, atrás de un montón de velas y de aparejos que la goleta no hubiera podido cargar y quedarían en la caverna.

Estaba muy decidido a vender cara su vida en caso de que lo descubrieran. El revólver que siempre llevaba en la cintura, lo usaría. Pero ¡él solo contra tres!...

Solamente dos franquearon la entrada, Carcante y el carpintero Vargas. Kongre no los había acompañado, y era a él a quien Vásquez habría querido romperle la cabeza.

Carcante sostenía un farol encendido y, seguido por Vargas, eligió diferentes objetos que completarían el cargamento del *Maule*. Mientras buscaban, conversaban, y el carpintero dijo:

—Ya estamos a 17 de febrero, y es tiempo de zarpar...

—Y bien, zarparemos —respondió Carcante.

—¿Mañana?...

—Mañana, supongo, ya que estamos listos...

—Todavía hará falta que el tiempo acompañe —observó Vargas.

—Sin duda, y parece un poco amenazador esta mañana... pero ya se despejará...

—Si nos quedamos ocho o diez días más aquí...

—Sí —dijo Carcante—, correríamos el riesgo de encontrarnos con el relevo...

—¡Y eso sí que no!... —exclamó Vargas—. No tenemos fuerzas como para enfrentar a un barco de guerra.

—No... ¡terminaríamos colgados en las dos puntas de su verga de mesana! —replicó Carcante, condimentando su respuesta con un insulto formidable.

—En fin... —prosiguió el otro—, ¡no veo la hora de estar a una centena de millas!

—Mañana... te lo repito, ¡mañana! —afirmó Carcante—, ¡a menos que sople un viento como para descornar los guanacos!

Vásquez apenas oía sus palabras, inmóvil, conteniendo la respiración. Carcante y Vargas iban y venían con el farol en la mano. Desplazaban algunos objetos, los seleccionaban y los dejaban apartados. Y, algunas veces, se

acercaban tanto al rincón donde se acurrucaba Vásquez que éste sólo habría tenido que estirar un brazo para apoyarles su revólver en el pecho.

Esa visita les llevó media hora, y Carcante llamó al hombre que se había quedado en la chalupa. Éste se presentó enseguida y cargó diversos objetos.

Carcante dio una última mirada al interior de la caverna.

—¡Lástima dejar tantas cosas! —dijo Vargas.

—Es necesario —respondió Carcante—. ¡Ah!, si la goleta midiera trescientas toneladas... Pero nos llevamos lo máspreciado... ¡y tengo la impresión de que allí donde vamos seguiremos haciendo buenos negocios!

Salieron, y pronto la embarcación, después de izar su vela y con viento de popa, desapareció más allá de una punta de la bahía.

Vásquez salió y volvió a su gruta.

Dentro de cuarenta y ocho horas ya no tendría más nada para comer. Suponiendo que no se demorara, el aviso no debía llegar antes de una quincena. Y al partir Kongre y sus compañeros se llevarían todas las reservas del faro, no había ninguna duda, y Vásquez no encontraría nada.

La situación, como vemos, era muy grave. Ni el coraje ni la energía de Vásquez conseguirían modificarla. A menos que pudiera alimentarse de raíces desterradas en el bosque de hayas o de peces pescados en la bahía... Y eso a condición de que el *Maule* hubiera abandonado definitivamente la isla. Pero si alguna circunstancia lo obligaba a permanecer algunos días más fondeado, Vásquez moriría de hambre en su gruta del cabo San Juan.

La jornada avanzaba y el cielo se volvía más amenazador. La fuerza del viento que venía del mar aumentaba. Las ráfagas rápidas que corrían por la superficie del mar pronto se transformarían en oleaje violento, y la cresta de las largas olas se coronaba de espuma. No tardarían en romper con estrépito contra las rocas del cabo.

Si ese tiempo seguía, seguramente la goleta no podría partir con la marea del día siguiente.

Con la noche que se acercaba no se produjo ningún cambio de estado atmosférico. Al contrario, la situación empeoró. No era una tormenta que se levantaba y cuya duración hubiera podido limitarse a algunas horas. Se preparaba una gran tempestad. Se veía en el color del cielo y del mar, en las nubes desenfrenadas que corrían más y más rápido, en el tumulto de las olas contrariadas por la corriente y en sus mugidos al romper contra los arrecifes. Un marino como Vásquez no podía equivocarse al respecto y, de estar en la vivienda del faro, habría visto cómo la columna barométrica caía por debajo del grado de tempestad.

Sin embargo, a pesar del viento que soplaba con furia, Vásquez no se había

quedado en la gruta. Iba y venía por el arenal. Sus miradas recorrían el horizonte, que se oscurecía gradualmente. Los últimos rayos del sol se apagaban del lado opuesto; no desaparecieron antes de que Vásquez hubiera visto una masa negra que se movía en el mar.

—¡Un barco! —exclamó—, ¡un barco que parece venir hacia la isla!

Era un barco, en efecto, y llegaba del este, ya fuera para embicar el estrecho, ya para pasar por el sur.

La tormenta se desencadenaba con una violencia extraordinaria. Era más que una tempestad, era uno de esos huracanes a los que no se les resiste nada y que hacen que se pierdan hasta los barcos más poderosos. Y cuando no tienen “una fuga”, para usar una locución marítima, es decir, cuando tienen tierra en la dirección del viento, es muy raro que escapen al naufragio.

—¡Y el faro que esos miserables no encienden!... —exclamó Vásquez—. ¡Por más que el barco lo busque, no lo verá!... No sabrá que tiene una costa adelante, a pocas millas solamente... ¡Las ráfagas lo empujarán y vendrá a partirse contra los escollos!

¡Sí!, había que temer un accidente, y se debería a los proyectos criminales de Kongre y los suyos. Sin duda, desde lo alto del faro habían visto a ese barco desviado por el huracán que no había podido sostener las velas para volver mar adentro y estaba limitado a correr llevado por el viento sobre un mar embravecido. ¡Y entonces, sin poder guiarse por la luz de ese faro que el capitán buscaría vanamente en dirección al oeste, no llegaría a doblar el cabo San Juan para dar en el estrecho, ni la punta Several para pasar por el sur de la isla! ¡Antes de media hora sería arrojado contra los arrecifes de la entrada de la bahía de El Gor!

En efecto, en esas condiciones ocurriría un naufragio, ya que nada les indicaba a los vigías de ese barco la proximidad de la tierra, que no habían podido ver durante las últimas horas del día.

La tempestad estaba entonces en toda su violencia. La noche amenazaba con ser terrible, y después de la noche el día siguiente, porque no parecía posible que el huracán se calmara antes de las veinticuatro horas.

Vásquez no pensaba en volver a su refugio, y su mirada no se despegaba del horizonte. Aunque ya no distinguía el barco en medio de esa oscuridad profunda, sus luces a veces aparecían, cuando, bajo el golpe de unas olas monstruosas, guiñaba ya sobre una borda, ya sobre la otra. A esa velocidad era imposible que respondiera a su timón. Ya no lo dirigía más, y quizás hasta estuviera desamparado, privado de una parte de su arboladura. En cualquier caso, debía haber bajado todas las velas, ya que en esa lucha con los elementos desencadenados un barco apenas puede conservar un tormentín adelante o atrás.

Vásquez sólo veía dos luces verdes o rojas, ese barco era un velero. Un *steamer* habría mostrado la luz blanca suspendida del estay de mesana, y éste no tenía un motor que le permitiera mantener la dirección correcta. Vásquez iba y venía por el arenal, desesperado de su propia impotencia para impedir el naufragio. Lo que habría hecho falta era que la luz del faro se proyectara a través de esas tinieblas... Y entonces Vásquez se daba vuelta hacia la bahía de El Gor. Sus brazos se estiraban inútilmente. El faro no se encendería esa noche, no más que las noches anteriores desde hacía ya dos meses, y el barco estaba destinado a perderse, con toda su carga, en la punta del cabo San Juan.

Entonces tuvo una idea. Quizás el velero todavía pudiera alejarse, o por lo menos pasar apartado de la isla, si tomaba conocimiento de la tierra. Incluso admitiendo que le resultara imposible virar, quizás, modificando un poco su marcha, evitaría abordar ese litoral que, en suma, no medía más de unas ocho millas desde el cabo San Juan hasta la punta Several, y tendría el mar enormemente abierto ante su estrave.

Había madera, restos y pedazos de carcasas sobre el arenal. Transportar algunos de esos pedazos a la punta, hacer una hoguera, ponerle unos puñados de fucos secos y prenderle fuego dejando que el viento se ocupara de avivar la llama, ¿no era posible? ¿No sería vista esa llama desde el barco, y así estuviera a una milla de la costa, quién sabe si aún no tendría tiempo para evitarla?...

Enseguida se puso a trabajar. Juntó algunos pedazos de madera y los llevó al extremo del cabo. Había muchas varas secas, ya que si bien soplaba el viento, la lluvia no había empezado a caer. Después, cuando la hoguera estuvo lista, trató de encenderla.

Demasiado tarde... Una enorme masa apareció en ese momento en medio de la oscuridad. Se precipitaba con un ímpetu espantoso, y las olas la levantaban de tal forma que cayó como una avalancha sobre el lecho de arrecifes.

Un estrépito horrible resonó un poco a la izquierda de la punta, lo que le impidió a Vásquez ser aplastado por los restos del barco. Algunos gritos de sufrimiento llegaron hasta él y se apagaron bajo los silbidos de las ráfagas y el rebote del oleaje sobre las rocas del litoral.

X

Después del naufragio

Al día siguiente, al salir el sol, la tempestad aún se desencadenaba con el mismo furor. El mar se veía todo blanco hasta el horizonte. En el extremo del cabo las olas levantaban espuma hasta quince y veinte pies de altura, y sus salpicaduras esparcidas por el viento volaban por encima del acantilado. La marea descendente y las ráfagas se encontraban en lo abierto de la bahía y se chocaban con una violencia extraordinaria. Ningún barco habría podido entrar ni salir. Por el aspecto del cielo, siempre igual de amenazador, se podía deducir que la tormenta duraría algunos días, cosa poco sorprendente en esos parajes magallánicos.

Era muy evidente que la goleta no dejaría su fondeadero esa mañana. Si ese contratiempo debía provocar la ira de Kongre y su banda, es fácil imaginarlo.

Ésa era la situación que observó Vásquez cuando se levantó con las primeras luces del alba, en medio de los torbellinos de arena.

Y éste fue el espectáculo que tuvo ante sus ojos: a doscientos pasos, más allá del cabo, dado vuelta sobre la bahía, yacía el barco naufragado. Era un velero de tres mástiles que medía unas quinientas toneladas. De su arboladura solamente le quedaban tres partes rotas al nivel de las empavesadas, o porque el capitán las había tenido que cortar para liberarse, o porque se habían venido abajo al encallar. En cualquier caso, ningún resto flotaba en la superficie del mar, pero bajo el empuje formidable del viento era posible que los restos hubieran ido a parar al final de la bahía de El Gor.

Si era así, Kongre ya sabía que un barco acababa de zozobrar en los arrecifes del cabo San Juan.

Vásquez tendría que tomar precauciones, y no avanzó hasta asegurarse de que nadie de la banda se encontraba aún en la entrada de la bahía.

En unos minutos llegó al lugar de la catástrofe. Dio una vuelta alrededor del barco encallado y en el tablero trasero leyó: *Century Mobile*.

Era un velero norteamericano que tenía como puerto de partida a esa capital del estado de Alabama, al sur de la Unión, en el golfo de México.

El *Century* había perdido todo su cargamento. No se veía a ningún sobreviviente del naufragio, y en cuanto al barco, sólo quedaba de él una carcasa

deforme. En el choque, el casco se había partido en dos. El oleaje se había llevado y dispersado la carga. Restos de tablazón, de armazón, de aparejos y de vergas yacían aquí y allá sobre los escollos, que se descubrían poco a poco a pesar de la violencia de las ráfagas. El reflujo bajaba desde hacía dos horas. Cajas, fardos y barriles estaban desparramados a lo largo del cabo y sobre el arenal.

Como la carcasa del *Century* en parte estaba en seco, Vásquez pudo introducirse primero en la parte de adelante y después en la de atrás.

La devastación era completa. Las olas habían destrozado todo, arrancado las planchas del puente, demolido los camarotes de la toldilla, quebrado los castillos y desmontado el timón, y el choque contra los arrecifes terminó el trabajo de destrucción.

¡Y ningún sobreviviente, ni uno de los oficiales, ni un solo hombre de la tripulación!

—¡Murieron todos! —exclamó Vásquez.

Entonces llamó en voz alta sin obtener respuesta. Entró hasta el final de la bodega y no encontró ningún cadáver. O esos desgraciados habían sido arrebatados por los golpes del mar, o se habían ahogado cuando el *Century* se estrelló contra las rocas.

Y precisamente, cuando su mirada se dirigió hacia la bahía, Vásquez vio dos cuerpos que el viento empujaba hacia la orilla derecha, del lado de la punta Several.

Volvió a bajar al arenal, se aseguró otra vez de que ni Kongre ni ninguno de sus hombres se dirigían hacia el lugar del naufragio y subió, a pesar de la borrasca, hasta el extremo del cabo San Juan.

“Quizás”, se decía, “encuentre a uno de los hombres del *Century* todavía con vida, y pueda socorrerlo...”.

Sus búsquedas fueron vanas, tanto en la ribera norte del cabo y en la ribera sur como en la punta donde el mar rompía con furia.

De vuelta en el litoral, se puso a revisar los restos de toda clase que el oleaje había arrojado.

“No puede ser”, pensaba, “que no encuentre alguna caja de conserva que me asegure el alimento por dos o tres semanas...”.

Y en efecto, pronto recogió entre los arrecifes un barril y una caja que el mar no había podido deteriorar. En su envoltura estaba escrito lo que contenían. La caja encerraba una provisión de galleta, y el barril una provisión de corned-beef. Eran el pan y la carne asegurados por dos meses como mínimo.

En ese momento Vásquez, cuya mente se encontraba bajo la impresión de estos pensamientos, se dijo:

“¡Quiera Dios que la goleta ya no pueda salir, y que el mal tiempo la retenga hasta la llegada del relevo!... ¡Sí!... ¡Haz eso, Dios mío, y mis pobres camaradas serán vengados! ”.

Primero llevó la caja a la gruta, a unos cien pasos de distancia, y después hizo rodar el barril hasta allí. ¿Quién podía decir si con la próxima marea esos restos del *Century* no serían arrastrados o no se quebrarían en los arrecifes?...

Vásquez volvió hacia el ángulo del acantilado. No dudaba de que Kongre tuviera conocimiento del naufragio. La víspera, antes de que se hiciera de noche, habría podido ver desde lo alto del faro a ese barco que corría hacia la tierra. Ahora bien, desde el momento en que el *Maule* no podía hacerse al mar esa mañana, seguramente la banda correría hacia la entrada de la bahía de El Gor... ¿Acaso no habría allí algunos desechos a recoger, quizás cosas valiosas, y acaso esos pillos dejarían escapar la ocasión?

En el momento en que alcanzó la esquina del acantilado, Vásquez fue sorprendido por la violencia del viento que se adentraba en la bahía. La goleta no habría podido vencerlo, y suponiendo que hubiera llegado al cabo San Juan, nunca habría podido llegar a mar abierto.

En ese instante, durante una breve calma, se oyeron gritos, como un llamado doloroso lanzado por una voz medio extinta.

Vásquez se lanzó en la dirección de esa voz, por el lado de la primera cavidad donde se había refugiado, cerca de la caverna.

Había hecho unos cincuenta pasos cuando vio a un hombre extendido al pie de una roca. Su mano se agitaba pidiendo asistencia.

En un segundo Vásquez estuvo junto a la roca.

El hombre que yacía ahí podía tener entre treinta y treinta y cinco años. Vestido con ropa de marino empapada, acostado sobre el lado derecho con los ojos cerrados y la respiración jadeante, era agitado por sobresaltos convulsivos. No parecía herido, ningún rastro de sangre ensuciaba su ropa.

El hombre, quizás el único sobreviviente del *Century*, no lo había oído acercarse. En cuanto Vásquez le puso una mano sobre el pecho hizo un movimiento rápido para enderezarse, pero, demasiado débil, volvió a caer sobre la arena. Sus ojos se habían abierto un instante, y algunas palabras se escaparon de sus labios:

—A mí... ¡a mí!...

Vásquez, arrodillado junto a él, lo apoyó contra la roca con cuidado, repitiendo:

—Amigo mío... amigo mío... aquí estoy... ¡Míreme!... Lo voy a salvar...

Tender su mano fue todo lo que pudo hacer el desgraciado, que de inmediato perdió el conocimiento.

Había que darle sin demora los cuidados que exigía su estado de extrema debilidad.

“¡Dios quiera que todavía sea tiempo!”, se dijo Vásquez.

Antes que nada, tenían que irse de ahí. A cada instante la banda podía llegar en la chalupa o en la canoa, o incluso a pie, bajando por la orilla izquierda. Transportar a ese hombre a la gruta, donde estaría seguro, eso era lo que debía hacer Vásquez, y eso fue lo que hizo. Con el hombre inerte cargado sobre su espalda, después de un trayecto de unas cien toesas que le exigió un cuarto de hora, por fin pudo deslizado en el hueco de las rocas y acostarlo sobre una manta, con la cabeza apoyada en un paquete de ropas.

Sirvió un poco de agua en una taza y le mezcló algunas gotas de aguardiente que aún contenía su cantimplora. Le introdujo un trago entre los labios después de abrírseles; y después de cambiarle la ropa empapada por la suya de recambio, le frotó los brazos y el pecho.

No podía hacer más. ¡No era el hambre lo que debilitaba a ese hombre que el día anterior estaba a bordo del *Century*!

Al final tuvo la satisfacción de ver que el hombre, en toda la fuerza de su edad y vigorosamente constituido, recuperaba el conocimiento. Llegó a enderezarse, incluso, y mirando a Vásquez, que lo sostenía entre sus brazos, pronunció estas palabras con voz débil:

—Agua... ¡agua!

Vásquez llenó la taza y él la vació a medias.

—¿Está mejor?... —preguntó Vásquez.

—Sí... ¡sí! —le respondió.

Y como si pusiera en orden recuerdos todavía vagos en su mente:

—¿Aquí?... ¿Usted?... ¿Dónde estoy? —agregó, apretando la mano que le tendía su salvador.

Se expresaba en inglés, lengua que también hablaba Vásquez, quien respondió:

—Se encuentra a salvo. Lo encontré en el arenal, después del naufragio del *Century*...

—El *Century*... —repitió el otro—. ¡Sí!... ya me acuerdo...

—¿Y usted se llama?...

—Davis... John Davis...

—¿Es el capitán del velero?...

—No... el segundo... ¿Y los demás?...

—Todos murieron —respondió Vásquez—, todos, ¡usted es el único sobreviviente!

—¿Todos?...

—¡Todos!

John Davis se quedó como aterrado por lo que acababa de enterarse. ¡El único sobreviviente, y a qué se debía que hubiera sobrevivido! Lo entendió, le debía la vida a ese desconocido que acababa de llevarlo a esa gruta.

—¡Gracias, gracias!... —dijo, mientras una gran lágrima corría por sus mejillas.

—¿Tiene hambre?... ¿Quiere comer?... Hay un poco de galleta y de carne —prosiguió Vásquez.

—No... no... ¡más agua!

Y esa agua fresca mezclada con brandy le hizo muy bien, y pronto pudo responder todas las preguntas.

Esto fue, en pocas palabras, lo que contó John Davis:

El *Century*, tres mástiles a vela de quinientas cincuenta toneladas, del puerto de Mobile, había dejado la costa norteamericana veinte días antes. Su capitán era Harry Steward, su segundo, John Davis, y su tripulación constaba de doce hombres, comprendidos un grumete y un cocinero. Iba cargado de níquel y de objetos de pacotilla hacia Melbourne, Australia. Su navegación fue tranquila hasta el grado cincuenta y cinco de latitud sur en el Atlántico. Entonces sobrevino esa violenta tempestad que trastornaba aquellos parajes desde el día anterior. Desde el comienzo el *Century*, sorprendido por lo repentino del primer chaparrón, perdió además del palo de mesana todo el velamen posterior. Poco después una ola monstruosa, embarcando por el cachete de babor, barrió el puente, demolió parte de la toldilla y se llevó a dos marineros que no pudieron salvar.

La intención del capitán Steward había sido la de bajar el estrecho de Lemaire, y se creía seguro de su situación en cuanto a la latitud, que ya había marcado durante el día. Esa ruta, con razón, le parecía la mejor para doblar el cabo de Hornos y volver a subir a continuación hacia la costa australiana.

La noche llegaba con un aumento de la borrasca. Todo el velamen había sido ceñido, salvo la mesana y la pequeña gavia de rizo bajo, y el velero corría viento en popa.

En ese momento el capitán todavía creía estar a veinte millas mar adentro de la Isla de los Estados, y no creía que hubiera peligro en acercársele hasta que viera su faro. Además, dejándolo en oeste sudoeste, siguiendo las instrucciones, no corría riesgo de caer en los arrecifes del cabo San Juan, y daría en el estrecho sin problemas.

El *Century* siguió entonces viento en popa, y Harry Steward no tenía dudas de que vería el faro antes de que pasara una hora, ya que su luz se veía a una distancia de siete a ocho millas.

Claro que, esa luz, no la vio, y entonces, mientras creía estar a buena distancia de la isla, se produjo un choque terrible. Tres marineros ocupados en la arboladura desaparecieron con el mástil de mesana y el palo mayor, cortados a ras del puente. Al mismo tiempo el casco se abrió, las olas lo invadieron, y el capitán, el segundo y los sobrevivientes de la tripulación fueron arrojados por encima de la borda en medio de una resaca que no dejaría a nadie a salvo.

Así el *Century* había perdido toda su carga. Sólo John Davis, el segundo, acababa de escapar de la muerte gracias a Vásquez.

Y ahora lo que Davis no podía entender era en qué costa había ido a perderse el velero, a menos que el *Century* hubiera estado en una latitud más baja de la que pensaba el capitán Steward. ¿Acaso el huracán lo había arrojado sobre Tierra del Fuego, entre el estrecho de Magallanes y el estrecho de Lemaire?...

Le preguntó a Vásquez:

—¿Dónde estamos?

—En la Isla de los Estados.

—¡La Isla de los Estados! —exclamó John Davis, estupefacto ante esa respuesta.

—Sí... la Isla de los Estados —prosiguió Vásquez—, en la entrada de la bahía de El Gor.

—Pero, ¿y el faro?...

—¡No estaba encendido!

John Davis, cuyo rostro expresaba la más profunda sorpresa, esperaba que Vásquez siguiera hablando, cuando éste, levantándose de pronto, paró la oreja. Había creído escuchar ciertos ruidos y quiso asegurarse de que la banda no estuviera en la entrada de la bahía.

Se deslizó a través del hueco de las rocas y miró el litoral hasta la punta del cabo San Juan.

El litoral estaba desierto. Las olas rompían con prodigiosa violencia. El huracán no perdía nada de su fuerza, y nubes aún más amenazadoras corrían por el horizonte encastrado por la bruma a menos de dos millas.

Los ruidos oídos por Vásquez provenían de la dislocación del *Century*. Bajo la fuerza del viento, la parte de atrás de la carcasa se había dado vuelta, y la ráfaga, entrando en su interior, la empujaba más allá sobre la arena. Rodaba como un enorme barril desfondado, y terminó por aplastarse definitivamente contra el ángulo del acantilado. Del velero sólo quedaba la otra mitad en el lugar de la encalladura, cubierta por un montón de restos. Vásquez volvió y fue a acostarse en la arena cerca de John Davis. El segundo del *Century* recuperaba sus fuerzas. Habría podido levantarse y, apoyado en el brazo de su compañero,

bajar al arenal. Pero éste lo retuvo, y John Davis le preguntó por qué, esa noche, el faro no estaba encendido...

Vásquez lo puso al corriente de los hechos abominables que habían ocurrido siete semanas antes en la bahía de El Gor. Después de la partida del aviso *Santa Fe*, durante veintidós días nada había obstaculizado el servicio del faro, confiado a él, Vásquez, y a sus dos camaradas, Felipe y Moriz. Varios barcos estuvieron al alcance de la isla e hicieron señales que les fueron devueltas regularmente.

El 2 de enero una goleta se presentó, hacia las ocho de la noche, en la entrada de la bahía. Desde el cuarto de guardia Vásquez vio sus luces de posición. En su opinión, el capitán que la comandaba debía conocer muy bien la ruta a seguir, ya que no se había desviado de ella ni un instante.

La goleta llegó a la cala al pie de la muralla del faro y soltó el ancla.

Entonces Felipe y Moriz, que habían salido de la vivienda para ofrecerle sus servicios al capitán, subieron a bordo, y cobardemente atacados murieron sin haber podido defenderse.

—¡Los desgraciados! —exclamó John Davis.

—¡Sí!... ¡Y mis pobres compañeros! —repitió Vásquez, cuyos ojos se llenaron de lágrimas ante esos recuerdos dolorosos.

—¿Y usted, Vásquez? —preguntó John Davis.

—Yo... desde arriba de la galería, yo había oído los gritos de mis camaradas... Entendí lo que había pasado... Era un barco de piratas, esa goleta... ¡Nosotros éramos tres fareros! Habían asesinado a dos y no se preocuparon por el tercero.

—¿Cómo hizo para escaparse? —pregunto John Davis.

—Bajé muy rápido la escalera del faro —respondió Vásquez—, y entré en la vivienda... tomé algunos efectos, algunos víveres... Me escapé antes de que la tripulación de la goleta desembarcara y vine a refugiarme en esta parte del litoral.

—¡Los miserables!... ¡los miserables! —repetía John Davis—, ¿y ellos se adueñaron del faro y ya no lo encienden más, y provocaron el naufragio del *Century*, la muerte de mi capitán y de todos nuestros hombres?...

—Sí, ellos se lo adueñaron —dijo Vásquez—, y al sorprender una conversación de su jefe con uno de sus compañeros pude enterarme de sus proyectos.

John Davis se enteró de todo. Esos pillos estaban desde hacía años en la Isla de los Estados, atrayendo a los barcos y masacrando a los sobrevivientes de los naufragios. Todo lo que tenía valor estaba encerrado en una caverna a la espera de que Kongre pudiera apoderarse de un barco. Sobrevinieron los trabajos de

construcción del faro y los malhechores se vieron obligados a refugiarse en el cabo Gómez, en el otro extremo de la isla, donde nadie sospechaba su presencia.

Terminados los trabajos, volvieron; pero entonces estaban en posesión de una goleta que había encallado en el cabo Gómez y cuya tripulación había muerto.

—¿Y cuándo llegaron? —preguntó John Davis.

—Hace treinta y dos días —respondió Vásquez.

—¿Y todavía no zarpó con la carga de esos pillos?...

—No... reparaciones importantes la retuvieron hasta ahora... Pero, y yo mismo me aseguré de ello, Davis, su cargamento ya está listo y debía partir esta misma mañana...

—¿Hacia?...

—Hacia las islas del Pacífico, donde esos bandidos se creerán a salvo para seguir con su oficio de piratas...

—Pero la goleta no puede salir en tanto dure la tormenta...

—No —respondió Vásquez—, y es posible que se prolongue una semana entera...

—Y mientras sigan allí, el faro no será encendido...

—No, Davis.

—¿Y otros barcos corren el riesgo de perderse como se perdió el *Century*?...

—Ésa es la triste verdad.

—¿No se les podría señalar la costa a los barcos que se acercasen durante la noche?...

—Sí... quizás por medio de fuegos encendidos en este arenal o en la punta del cabo San Juan. Fue lo que traté de hacer para prevenir al *Century*, Davis... ¡una hoguera con restos y hierbas secas! Pero el viento soplaba tan fuerte que no lo conseguí.

—Muy bien, lo que usted no pudo hacer, Vásquez, lo haremos juntos —declaró John Davis—. No nos faltará madera... los restos de mi pobre barco... Ya que, en fin, si se retrasa la partida de la goleta, y si el faro de la Isla de los Estados no puede ser visto por los barcos que llegan de mar adentro, ¡quién sabe si no se van a producir otros naufragios!...

—De todas formas —respondió Vásquez—, Kongre y su banda no pueden prolongar su estadía en la isla, y la goleta partirá en cuanto el tiempo le permita salir al mar...

—¿Y por qué?... —preguntó John Davis.

—Porque ellos no ignoran que el relevo para el servicio del faro debe hacerse pronto.

—¿Cuándo?

—Los primeros días de marzo, y hoy estamos a 18 de febrero.

—¿Un barco llegará en esa fecha?

—Sí, el aviso *Santa Fe*, de Buenos Aires.

—Entonces —exclamó John Davis, como lo había hecho antes Vásquez—, ¡ojalá el mal tiempo dure hasta ese momento, y ojalá esos miserables todavía estén aquí cuando el *Santa Fe* fondee en la bahía de El Gor!

XI

Los saqueadores de restos

Estaban allí, eran una docena, Kongre y Carcante entre ellos, atraídos por el instinto del saqueo.

La víspera, en el momento en que el sol iba a caer atrás del horizonte, Carcante, desde la galería del faro, había visto ese velero que venía del este. Kongre, prevenido, pensó que el barco quería llegar al estrecho de Lemaire huyendo de la tormenta para buscar refugio en la costa occidental de la isla. Mientras la luz se lo permitió siguió sus movimientos, y ya de noche vio sus luces. No le costó reconocer que el barco estaba medio desamparado y que iba a encallar en esa tierra que él no llegaba a ver. Si el faro hubiera estado encendido, todo peligro habría desaparecido. Kongre se cuidó mucho de hacerlo, y cuando los faroles del *Century* se apagaron no tuvo dudas de que había perdido todo su cargamento entre el cabo San Juan y la punta Several.

Al día siguiente el huracán seguía desencadenándose con furor. Era imposible pensar en sacar la goleta. Un retraso de algunos días quizás la amenazaba. Por grande que fuera la contrariedad de Kongre y los suyos, tenían que esperar. Pero, en fin, recién estaban a 18 de febrero. Seguramente la tormenta se calmaría antes del final del mes. En cuanto aclarara, el *Maule* levantaría el ancla y volvería al mar.

Ahora bien, ya que un barco acababa de encallar, ¿no era una buena ocasión para aprovechar ese naufragio, recoger de entre los restos aquellos que tuvieran algún valor, y acrecentar la riqueza de la carga que llevaría la goleta?...

La cuestión ni siquiera se discutió. Podría decirse que toda esa bandada de pájaros rapaces partió en un mismo vuelo. La chalupa estuvo preparada enseguida. Una docena de hombres y su jefe tomaron lugar en ella. Tuvieron que luchar a fuerza de remos contra el viento que soplaba con furia y agitaba las aguas de la bahía. Les costó una hora y media llegar hasta los últimos acantilados, pero con ayuda de la vela el regreso sería rápido.

La chalupa atracó en la orilla izquierda frente a la caverna. Todos desembarcaron y se precipitaron hacia el lugar del naufragio.

En ese momento estallaron gritos que interrumpieron la conversación entre John Davis y Vásquez.

De inmediato, éste se arrastró hasta la entrada de la gruta, cuidándose muy bien de que no lo vieran.

Un instante después, John Davis se había deslizado hasta donde él estaba.

—¡Usted... usted! —le dijo—, ¡déjeme sólo!... Necesita descansar...

—No... quiero ver —respondió John Davis.

Era un hombre enérgico el segundo del *Century*, no menos decidido que Vásquez, uno de esos hijos de Norteamérica con carácter de hierro, y sin duda debía tener, como se dice vulgarmente, “la cabeza atornillada al cuerpo”, para que no se le hubiera separado en el naufragio del velero.

Excelente marino al mismo tiempo, había servido como primer contramaestre en la flota de los Estados Unidos antes de dedicarse a la navegación comercial. E incluso, cuando el *Century* volviera a Mobile, como Harry Steward iba a retirarse, los armadores pensaban confiarle el comando del barco.

Y de ese barco del que pronto pensaba ser el capitán, ahora no veía más que desechos informes en manos de una banda de saqueadores.

¡Si Vásquez alguna vez había tenido necesidad de que alguien sostuviera su coraje, ése era el hombre que necesitaba!

Pero por muy decididos y valientes que fueran, ¿qué habrían podido hacer ellos dos contra Kongre y sus compañeros?...

Sacando la cabeza a través de las rocas, Vásquez y John Davis pudieron observar el litoral hasta el cabo San Juan.

Kongre, Carcante y los otros se habían detenido en esa esquina adonde el huracán acababa de empujar una mitad del casco del *Century* convertido en desechos amontonados al pie del acantilado.

Los saqueadores estaban a menos de doscientos pasos de la gruta, y se podían distinguir sus rasgos. Estaban vestidos con capotes de tela impermeable, estrechamente ceñidos contra sus cuerpos para resistir el viento, y llevaban el sombrero fuertemente atado con una cinta debajo del mentón. Se veía que les costaba soportar el empujón de las ráfagas, y a veces necesitaban apoyarse en un pedazo del barco para no ser abatidos.

En ese momento Vásquez pudo señalarle a John Davis a aquellos que conocía por haberlos visto durante su primera visita a la caverna.

—El alto —le dijo—, cerca del estrave del *Century*, es al que llaman Kongre...

—¿El jefe?...

—El jefe.

—¿Y el hombre con el que habla?...

—Es Carcante, su segundo... lo vi bien desde arriba, es uno de los que

mataron a mis camaradas...

—¿Y usted le rompería la cabeza con gusto? —dijo John Davis.

—¡Como a un perro rabioso! —respondió Vásquez.

Pasó cerca de una hora antes de que los saqueadores hubieran terminado de visitar esa parte del casco. Habían querido registrar todos los rincones. El níquel que constituía el cargamento del *Century*, con el que no podían hacer nada, sería dejado en el arenal. Pero en cuanto a la pacotilla embarcada en el velero, quizás contuviera objetos que les interesaran. En efecto, se los vio transportar dos o tres cajas y otros tantos bultos que Kongre ordenó poner aparte.

—Si esos miserables buscan oro o plata, joyas de valor o piastras, no los encontrarán...

—Es lo que prefieren —dijo Vásquez—. En la caverna había mucho, y debió hacer falta que los barcos que se perdieron en este litoral hayan tenido a bordo una buena cantidad de materiales preciosos. La goleta debe de tener un cargamento de mucho valor, Davis.

—Entiendo —replicó éste— que se hayan preocupado por ponerla a salvo... Pero quizás no tengan esa suerte...

—A menos que no cambie el tiempo... —observó Vásquez.

—O que haya un medio...

John Davis no terminó su idea... Y en definitiva, ¿cómo impedir que la goleta saliera al mar en cuanto esa tempestad se calmara y el tiempo volviera a ser manejable y el mar volviera a estar en calma?...

En ese momento los saqueadores, abandonando esa mitad del barco, se dirigieron hacia la otra, en el lugar donde había encallado, en la ribera de la bahía de El Gor.

Desde el lugar que ocupaban, Vásquez y John Davis podían verlos, pero ahora un poco más lejos.

La marea todavía bajaba. Aunque el agua era empujada por el viento, la superficie de los arrecifes quedaba en gran parte descubierta y les había resultado fácil llegar hasta la carcasa del velero.

Kongre y dos o tres más se introdujeron en él. Era en la parte de atrás del barco, bajo la toldilla, donde estaba el pañol. John Davis creía saber lo que estaban buscando.

Muy probablemente ese pañol debía haber sido arrasado por la cantidad de agua que le caía encima sin cesar. Pero era posible que cierta cantidad de provisiones todavía estuviera intacta.

En efecto, varios de los hombres sacaron cajas de conservas, algunos barriles y cajas que arrastraron por la arena hasta la chalupa. También sacaron paquetes con ropa de los restos de la toldilla y se los llevaron.

Ese registro duró unas dos horas; después Carcante y dos de sus compañeros, provistos de hachas, acometieron contra el coronamiento que, a consecuencia de la escora del barco, estaba a sólo dos o tres pies del suelo.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Vásquez—. ¿Acaso el barco no está lo suficientemente destruido, que encima quieren terminarlo?...

—Lo que quieren, creo —respondió John Davis—, es que no quede nada de su nombre ni de su nacionalidad, y que nunca se sepa que el *Century* se perdió en estos parajes del Atlántico.

Y sin duda John Davis no se equivocaba. Algunos instantes después Kongre retiraba el pabellón estadounidense que colgaba en la popa y lo rompía en mil pedazos.

—¡Ah, el miserable! —exclamó John Davis—, la bandera... ¡la bandera de mi país!

A duras penas pudo retener un grito de indignación, como si le hubieran arrancado el corazón.

Vásquez tuvo que agarrarlo del brazo en el momento en que, habiendo perdido el control de sí mismo, iba a lanzarse sobre el arenal...

Terminado el saqueo —la chalupa estaría totalmente cargada—, Kongre y Carcante volvieron al pie del acantilado. Caminando, pasaron dos o tres veces por delante del hueco entre las rocas al fondo del cual se ahuecaba la gruta. Entonces John Davis y Vásquez pudieron oír lo que decían.

—No podremos zarpar mañana...

—No, y temo que este mal tiempo va a durar varios días...

—¡Y bueno!, por lo menos no perdimos el tiempo...

—Sin duda, ¡aunque esperaba encontrar algo mejor en un barco estadounidense de ese tonelaje!... El último que atrajimos a los arrecifes nos dejó cincuenta mil dólares...

—No siempre se puede tener esa suerte... —respondió Carcante.

John Davis, exasperado, había agarrado el revólver de Vásquez y, en un movimiento de cólera irreflexiva, le habría volado la cabeza al jefe de la banda, si Vásquez no lo hubiera retenido.

—¡Sí, me equivoco, tiene razón!... —dijo John Davis—. Pero no me puedo hacer a la idea de que esos miserables queden impunes... ¡que su goleta pueda abandonar la isla!... ¿Y dónde reencontrarlos?... ¿dónde perseguirlos?...

—La tempestad no parece calmarse —observó Vásquez—. Si el viento aumenta, el mar estará revuelto varios días más... y quizás no consigan salir de la bahía...

—Sí, Vásquez, pero ¿usted no me dijo que el aviso recién debe llegar el mes próximo?...

—Quizás antes, Davis, ¿quién sabe?...

—Dios quiera, Vásquez, ¡Dios quiera!...

Lo que era demasiado evidente era que la tormenta no perdía nada de su violencia, y en esta latitud, incluso en la temporada de verano, esos trastornos atmosféricos pueden durar hasta una semana. Si el viento soplabá del sur traería los vapores del mar antártico, donde la temporada invernal estaba por comenzar. En ese mismo momento los balleneros debían estar pensando en abandonar los parajes polares, ya que, desde el mes de marzo, ante los bancos de hielo se forman hielos nuevos.

Pero en fin, había que temer que en cuatro o cinco días se produjera una calma que la goleta aprovecharía para volver al mar.

Eran las cuatro cuando Kongre y sus compañeros volvieron a embarcarse, y la chalupa, con su vela desplegada, desapareció en pocos instantes siguiendo la orilla derecha.

Al atardecer las ráfagas se hicieron más fuertes. Una lluvia fría y azotadora cayó a torrentes de las nubes llegadas del sudoeste. Vásquez y John Davis no pudieron dejar la gruta. El frío fue muy intenso y tuvieron que hacer fuego para calentarse. La pequeña hoguera fue encendida al fondo del corredor angosto, y como el litoral estaba desierto y la oscuridad era profunda, no tenían nada que temer.

La noche fue espantosa. El mar iba a golpear la base del acantilado. Hacía pensar que un macareo o más bien un maremoto se precipitaba sobre la costa este de la isla. Seguramente un oleaje monstruoso debía entrar hasta el final de la bahía, y Kongre tendría mucho trabajo para mantener el *Maule* en su fondeadero.

—¡Ojalá lo rompa en mil pedazos! —repetía John Davis—, ¡y que sus restos se vayan flotando mar adentro con la próxima marea!

En cuanto al casco del *Century*, al día siguiente ya sólo quedarían algunos restos encajados entre las rocas o esparcidos sobre el arenal.

¿La tormenta había alcanzado su máxima intensidad? Fue lo que Vásquez y su compañero trataron de deducir desde el alba.

Para nada. Era imposible imaginar semejante alteración de los elementos, en la que se confundían las aguas del mar y del cielo. Y lo mismo ocurrió durante todo el día y la noche siguiente. Por otra parte, no apareció ningún barco a la vista de la isla, y se entiende que quisieran alejarse a cualquier precio de esas tierras tan peligrosas de la Magallania, golpeadas directamente por la tempestad. No era ni en el estrecho de Magallanes ni en el estrecho de Lemaire donde hubieran encontrado refugio contra las embestidas de semejante huracán.

Como John Davis y Vásquez lo preveían, el casco del *Century* estaba completamente destruido, e innumerables restos cubrían el arenal hasta la base

de las primeras rocas.

Por suerte, el problema de la comida no debía preocuparlos. Con las conservas provenientes del *Century* podrían alimentarse más de un mes. Y hasta entonces, el *Santa Fe* habría llegado a la isla, quizás hasta en unos diez días... Entonces el mal tiempo ya habría terminado, y no temería acercarse para reconocer el cabo San Juan.

Casi siempre hablaban del aviso, y Vásquez hizo esta observación:

—Que la tempestad dure para impedir que zarpe la goleta, y que pare para permitir que venga el *Santa Fe*, eso es lo que necesitaríamos...

—Si nosotros dispusiéramos de los vientos y del mar —respondió John Davis—, así sería.

—Ese poder sólo le pertenece a Dios —dijo Vásquez.

—Y él no querrá que esos miserables escapen al castigo de sus crímenes — agregó John Davis casi en los mismo términos en que ya lo había dicho Vásquez.

Los dos estaban unidos en un mismo pensamiento, tenían el mismo objeto de odio y la misma sed de venganza.

El 21 y el 22 la situación no se modificó. Quizás el viento indicaba cierta tendencia a cambiar al nordeste. Pero después de una hora de dudas, volvió a caer sobre la isla trayendo todo su cortejo de ráfagas espantosas.

No hace falta decir que ni Kongre ni ninguno de los suyos volvió a aparecer, ocupados, sin duda, en preservar a la goleta de cualquier avería en esa cala que las mareas, engrosadas por el huracán, debían llenar hasta los bordes.

El 23 a la mañana las condiciones atmosféricas mejoraron un poco. Después de alguna indecisión, el viento pareció fijarse al nor-nordeste. Algunos claros despejaron el horizonte al sur. Cesó la lluvia, y aunque el viento seguía soplando con violencia, el cielo se limpiaba poco a poco. Es cierto que el mar siguió picado y las olas rompían contra el litoral con la misma fuerza. La entrada de la bahía seguía estando impracticable y la goleta no podría ponerse en camino ni ese día ni el siguiente.

Kongre y Carcante aprovecharían esa ligera calma para volver al cabo San Juan a observar el mar, era posible, era probable incluso, y las medidas de prudencia no fueron descuidadas.

Sin embargo su llegada no era de temer durante la madrugada, así que John Davis y Vásquez se animaron a salir de la gruta, que no habían podido dejar desde hacía cuarenta y ocho horas.

—¿Se mantendrá el viento? —dijo al principio Vásquez.

—Parece que sí —respondió John Davis, a quien su instinto de marino casi nunca engañaba—. Pero necesitaríamos diez días más de mal tiempo... ¡diez

días!... ¡y no los vamos a tener!

De brazos cruzados, miraba el cielo y miraba el mar. Como Vásquez se había alejado algunos pasos, lo siguió, bordeando el acantilado.

De repente, su pie golpeó una pequeña caja enterrada a medias en la arena, cerca de una roca. Se agachó y reconoció la caja que guardaba la provisión de pólvora de a bordo, tanto para los mosquetes como para los dos cañones de cuatro que el *Century* usaba para lanzar señales.

—No podemos hacer nada —dijo—. ¡Ah! —exclamó—, ¡si fuera posible hacer volar la goleta de esos bandidos!...

—No podemos ni pensarlo —respondió Vásquez sacudiendo la cabeza—. No importa, tomaré esta caja cuando volvamos y la pondré al abrigo en la caverna.

Siguieron bajando por el arenal hacia el cabo, del que por otra parte no podrían alcanzar el extremo, con tanta furia rompía el oleaje.

Y al llegar a los arrecifes, Vásquez observó en un hueco de roca uno de los pequeños cañones y su cureña, que habían rodado hasta allí después del naufragio del *Century*.

—Esto le pertenece —le dijo a John Davis—, así como esas balas que las olas dejaron ahí.

Y, como antes, John Davis repitió:

—¡No podemos hacer nada!

—No es mi opinión —replicó Vásquez—, y ya que tenemos con qué cargar ese cañón, quizás se nos presente una ocasión de...

—¿Y cómo se le ocurre? —le preguntó su compañero.

—De esta manera, Davis: como el faro está apagado durante la noche, si se presentara un barco en las condiciones en las que vino el *Century*, ¿no podríamos señalarle la costa a cañonazos?...

John Davis miraba a su compañero con una fijeza singular. Parecía que un pensamiento totalmente diferente le cruzaba por la cabeza, y se limitó a responder:

—¿Ésa es la idea que tuvo, Vásquez?...

—Sí, Davis, y no creo que sea mala. Es verdad que las detonaciones serían escuchadas al final de la bahía. Eso revelaría nuestra presencia en esta parte de la isla... Los bandidos empezarían a buscarnos... Quizás nos descubrirían... ¡y eso nos costaría la vida!... ¡Pero hubiéramos cumplido con nuestro deber!...

—¡Nuestro deber!... —repitió John Davis, sin agregar más.

A continuación el cañón fue arrastrado hasta la gruta; después llevaron la cureña y la caja de pólvora, y cuando Vásquez y John Davis entraron para comer, la altura del sol encima del horizonte indicaba que debían ser las ocho.

Apenas habían vuelto a entrar cuando Kongre, Carcante y el carpintero Vargas daban vuelta a la esquina del acantilado. A la chalupa le habría costado demasiado trabajo ir contra el viento y la marea que empezaba a subir en la bahía. Habían hecho el camino a pie, por la orilla izquierda, y esta vez no era para saquear. Observar el estado del cielo y el estado del mar después que se había calmado la mañana, era eso lo que los había llevado hasta allí, como lo había presentido Vásquez. Seguramente reconocerían que el *Maule* habría corrido grandes riesgos saliendo de la bahía y que no habría podido luchar contra las olas rompientes de mar adentro. Aunque hubiera tenido que bajar el estrecho para dirigirse hacia el oeste, donde habría podido avanzar con el viento en la popa, antes habría tenido que doblar el cabo San Juan, y habría corrido el riesgo de tocar la costa, o por lo menos de recibir alguna embestida del mar.

Kongre y Carcante pensaban en eso. Parados cerca del lugar del naufragio, donde sólo quedaban restos de la parte delantera del *Century*, les costaba mantenerse contra el viento. Hablaban con animación, gesticulaban, señalaban el horizonte y a veces retrocedían cuando una ola, muy blanca en su cresta, rompía en la punta.

Ni Vásquez ni su compañero los perdieron de vista durante la media hora que pasaron vigilando la entrada de la bahía. Y entonces se fueron, no sin darse vuelta con frecuencia. Desaparecieron al doblar el acantilado y retomaron el camino del faro.

—Se fueron —dijo Vásquez—, ¡ojalá vuelvan varios días más todavía para observar el mar a la altura de la isla!

Pero John Davis sacudió la cabeza. Para él era evidente que la tormenta habría terminado en cuarenta y ocho horas; para entonces el oleaje se habría calmado, si no del todo, por lo menos para permitirle a la goleta que fuera a doblar el cabo San Juan.

Ese día, Vásquez y John Davis lo pasaron en gran parte en el litoral. La modificación del estado atmosférico se acentuaba. El viento parecía fijo en el nor-nordeste, y un barco no hubiera demorado en soltar los rizos de su mesana y de sus gavias para dar en el estrecho de Lemaire.

Al llegar la noche, Vásquez y John Davis volvieron a entrar en la gruta; calmaron su hambre con la galleta y el corned-beef, y su sed con agua mezclada con brandy. Después, Vásquez se preparaba para envolverse en su manta, cuando su compañero lo detuvo.

—Antes de dormirnos, Vásquez, ¿quiere escuchar lo que tengo que decirle?...

—Hable, Davis.

—Vásquez, le debo la vida, y no quisiera hacer nada que no tenga su

aprobación... Quiero hacerle una propuesta, contésteme sin temor a contrariarme.

—Lo escucho, Davis.

—El tiempo cambia, la tempestad terminó y el mar va a volver a quietarse. Por eso, creo que la goleta va a zarpar dentro de estas cuarenta y ocho horas, como máximo.

—¡Desgraciadamente, es lo más probable! —replicó Vásquez, completando su idea con un gesto que parecía decir: “¡No hay nada que podamos hacer!”.

John Davis prosiguió:

—Sí, antes de dos días, el *Maule* se dejará ver en la parte inferior de la bahía, saldrá, doblará el cabo, bajará por el estrecho, desaparecerá en el oeste y no lo veremos más... ¡y sus camaradas, Vásquez, y mi capitán y mis compañeros del *Century* no serán vengados!...

Vásquez bajó la cabeza; después, al levantarla, miró a John Davis, cuya cara era iluminada por las últimas luces del hogar.

Éste continuó:

—Una sola eventualidad podría impedir la partida de la goleta y retrasarla hasta la llegada del aviso, alguna avería que la obligase a volver al final de la bahía... Y bien, tenemos un cañón, pólvora y proyectiles. Montemos ese cañón sobre su cureña en la esquina del acantilado, carguémoslo, y cuando la goleta pase, disparémosle de lleno en el casco... Es posible que el disparo no la hunda, pero a causa de la larga travesía que debe emprender, no podrá arriesgarse a salir con una nueva avería... y se verá obligada a volver al fondeadero para que la reparen... Tendrán que desembarcar el cargamento... eso quizá les lleve una semana entera... y, hasta ese momento, el *Santa Fe*...

John Davis se calló, había agarrado la mano de su compañero y la apretaba.

Después de pensarlo unos instantes, Vásquez le respondió esta única palabra:

—¡Hecho!

XII

Al salir de la bahía

Como suele ocurrir con frecuencia después de una tempestad, la mañana del 25 de febrero el horizonte estaba velado por la bruma.

Ese día se decidió que la goleta abandonaría su fondeadero, y Kongre hizo sus preparativos para zarpar de tarde. Era posible pensar que para entonces el sol habría disipado los vapores acumulados al levantarse. La marea que debía bajar a las seis favorecería la salida de la bahía de El Gor. La goleta llegaría a la altura del cabo San Juan a eso de las siete, y el largo crepúsculo le permitiría alcanzar el estrecho de Lemaire antes de que se hiciera de noche.

Seguramente habría podido partir con el reflujo de la mañana si no hubiera sido por la bruma. En efecto, todo estaba preparado a bordo, el cargamento completo, víveres en abundancia, los que provenían del *Century* y los que habían sacado de los almacenes del faro. Lo único que quedaba en el anexo era el mobiliario y las herramientas con los que Kongre no quería obstruir la bodega, que ya estaba lo suficientemente llena. Aunque la hubieran aligerado de parte de su lastre, la goleta sobrepasaba por algunas pulgadas su calado normal, y no hubiera sido prudente sobrepasar todavía más su línea de flotación.

Hay que señalar, además, que Kongre había tomado una precaución muy justificada. El *Maule* ya no se llamaba más *Maule* —lo que habría podido despertar sospechas, incluso en esos remotos parajes del Pacífico. Le había puesto el nombre de su segundo, *Carcante*, sin designación de puerto de salida, y ahora figuraba en su tablero trasero encima del coronamiento.

Poco después del mediodía, mientras daba una vuelta por la muralla, Carcante le dijo a Kongre:

—La bruma empieza a levantarse y vamos a tener una vista del mar. Con esas brumas, el viento suele calmarse y el mar baja más rápido...

—Creo que esta vez por fin saldremos —respondió Kongre—, y nada va a incomodar nuestra navegación por el estrecho.

—La noche será oscura, sin embargo, Kongre. Estamos apenas en el primer cuarto de luna, y ésta va a desaparecer casi al mismo tiempo que el sol...

—No importa, Carcante, no necesito luna ni estrellas para bordear la isla. ¡Conozco toda la costa norte y pienso doblar la punta Parry a buena distancia

para evitar sus rocas!...

—Y mañana estaremos lejos, Kongre, con este viento del nordeste de través en nuestras velas...

—Mañana, desde primera hora, habremos perdido de vista el cabo Gómez, y tengo confianza en que la Isla de los Estados quedará unas cuarenta millas atrás de nosotros.

—Y no será demasiado pronto, Kongre, después de los tres años que pasamos aquí...

—¿Lo lamentas, Carcante?...

—No, ya que habremos hecho fortuna, como se dice, y un buen barco nos va a llevar con todas nuestras riquezas... ¡Pero, por mil diablos, creía que todo estaba perdido cuando el *Maule*... no, el *Carcante*, entró en la bahía con una vía de agua!... Si no hubiéramos podido reparar las averías, quién sabe cuánto tiempo más hubiéramos tenido que pasar en la isla... y, antes de la llegada del aviso, volver al cabo Gómez...

—Sí —respondió Kongre, cuya cara salvaje se oscurecía—, ¡y la situación hubiera sido mucho más grave!... Al ver el faro sin guardianes, el comandante del *Santa Fe* habría tomado medidas... emprendido búsquedas... registrado toda la isla, y ¿quién sabe si no hubiera encontrado nuestro refugio?... Y además, habría podido encontrar al tercer farero, el que se nos escapó...

—Eso no es de temer, Kongre... Nunca encontramos sus rastros, y ¿cómo habría podido sobrevivir, sin ningún recurso, después de dos meses?... Porque pronto van a hacer dos meses que el *Carcante*... —¡ah!, esta vez no olvidé su nombre— llegó al fondeadero de la bahía de El Gor, y a menos que ese farero tan valiente haya vivido todo este tiempo de pescado crudo y raíces...

—Después de todo, nos habremos ido antes del regreso del aviso —dijo Kongre—, y es lo más seguro...

—No debe tardar mucho más de una semana, si nos guiamos por el libro del faro... —declaró Carcante.

—Y dentro de una semana —agregó Kongre—, nosotros ya estaremos lejos del cabo de Hornos, en camino a las Salomón o a las Nuevas Hébridas...

—Entendido, Kongre. Voy a subir por última vez a la galería para mirar el mar. Si hay algún barco a la vista...

—¡Qué nos importa! —dijo Kongre encogiéndose de hombros—. ¡El Atlántico y el Pacífico son de todo el mundo! El *Carcante* tiene sus papeles en regla. ¡E incluso, si el *Santa Fe* lo encontrara en la entrada del estrecho, le devolvería el saludo, ya que una amabilidad trae otra!

Como se ve, Kongre no dudaba sobre el éxito de sus planes, y por otra parte parecía que todo ayudaba para favorecerlos.

Mientras Kongre volvía a bajar hacia la cala, Carcante había subido la escalera y, al llegar a la galería, se quedó allí una hora en observación.

El cielo estaba completamente claro y la línea del horizonte, una docena de millas al fondo, se mostraba en toda su nitidez. El mar, todavía revuelto sin embargo, ya no espumaba más al romper las olas, y si bien el oleaje seguía siendo fuerte, no podría incomodar a la goleta. Por otra parte, en cuanto estuviera en el estrecho encontraría mar calmo.

Y además, mar adentro, no vio ningún otro barco más que un velero de tres mástiles que, hacia las dos de la tarde, apareció por un instante al este, y a tanta distancia que Carcante, sin su largavista, no habría podido reconocer su velamen. Además iba hacia el sur, no tenía destino al Pacífico, y no tardó en desaparecer.

Es verdad que una hora más tarde Carcante tuvo un motivo para preocuparse y se preguntó si no tenía que llamar a Kongre.

Una humareda acababa de mostrarse en el nor-nordeste, aún lejana. Era un *steamer* que bajaba hacia la Isla de los Estados bordeando el litoral de Tierra del Fuego.

Y entonces, este temor bastante serio apareció en el pensamiento de Carcante:

—¿Será el aviso?

Pero todavía estaban a 25 de febrero... El *Santa Fe* recién debía llegar los primeros días de marzo... ¿Habría adelantado su partida?... Si era él, dentro de dos horas atravesaría el cabo San Juan... Todo estaría perdido...

En efecto, aunque a la goleta sólo le faltara levantar el ancla para zarpar, no habría podido, con viento en contra, ir contra el reflujo que empezaba a crecer. El mar no estaría en calma antes de que pasaran dos horas y media. Sería imposible salir a mar abierto antes de que ese *steamer* llegara, y si era el aviso...

Sin embargo no quiso molestar a Kongre, muy ocupado con los últimos preparativos, y se quedó él sólo observando desde la galería del faro.

El barco se acercaba muy rápido, con la corriente y la brisa a su favor. Su capitán alimentaba el fuego con ganas, ya que una humareda espesa salía de su chimenea, que Carcante todavía no podía ver bien, atrás del velamen muy extendido. El barco escoraba mucho a babor. No tardaría en encontrarse de través en el cabo San Juan, a la entrada del estrecho y en el extremo sudeste de Tierra del Fuego.

Carcante no abandonaba su largavista, y su inquietud iba en aumento a medida que disminuía la distancia del *steamer*, que pronto se redujo a unas pocas millas, y cuyo casco se hizo en parte visible.

En el momento en que sus temores eran más intensos y decidió avisarle a Kongre, éstos se disiparon de repente. El *steamer* acababa de tomar el viento de

través, prueba de que trataba de embicar el estrecho, y todos sus aparejos aparecieron ante los ojos de Carcante. Era un barco a vapor que debía medir mil doscientas o mil quinientas toneladas y al cual era imposible confundir con el *Santa Fe*.

Kongre y sus compañeros conocían muy bien el aviso, ya que lo habían visto varias veces en lo abierto de la bahía. Sabían que estaba aparejado como una goleta, y el *steamer* que se acercaba estaba aparejado como un velero de tres mástiles.

¡Cuánto alivio sintió Carcante, y en verdad tuvo que felicitarse por no haber alterado la quietud de la banda! Se quedó una hora más en la galería y vio pasar al *steamer* por el estrecho, pero a tres o cuatro millas, es decir demasiado lejos para que pudiera enviar su número, señal que, por otra parte, hubiese quedado sin respuesta, evidentemente.

Cuarenta minutos después, ese *steamer* que corría a unos doce nudos desaparecía a la altura de la punta Parry.

Carcante volvió a bajar, después de haberse asegurado de que no llegaba ningún otro barco.

Se acercaba la hora en la cual se invertiría la marea, hora de la partida de la goleta. Los preparativos estaban terminados y las velas listas para izarse. Una vez amuradas y cazadas recibiría el viento de través, y el *Carcante* singlaría con buen viento por el medio de la bahía.

A las seis, Kongre y la mayoría de los hombres estaban a bordo. La chalupa llevó a los que esperaban al pie de la muralla, después la alzaron sobre sus pescantes.

La marea empezaba a retirarse lentamente. Descubría en parte el hoyo que el *Maule* había ahuecado en la arena durante sus reparaciones. Del otro lado de la cala, las rocas mostraban sus cabezas puntiagudas. El viento entraba por los portales del acantilado, y una resaca leve golpeaba la base de la muralla.

Cuando llegó el momento de la partida, Kongre dio la orden de girar el cabrestante. La cadena se tensó y rechinó en el escobén, y el ancla, a pique, volvió a la serviola y quedó atravesada en vistas a una navegación que debía ser de larga duración.

Entonces se orientaron las velas y la goleta, bajo su trinquete, su vela mayor, su gavia, su juanete y sus foques, con las amuras a babor, empezó a descender entre las riberas de la bahía.

Como el *Carcante* iba con viento largo, éste tendía a arrastrarlo hacia el sur. Así habría llegado a mar abierto a la altura del cabo San Juan, a una milla por lo menos, que era la extensión de la entrada de una punta a la otra. Pero de ese lado los arrecifes ofrecían serios problemas, ya que se extendían bajo el agua, y la

prudencia recomendaba alejarse de ellos.

Kongre lo sabía porque conocía bien la bahía. Parado ante el timón, no dejaba que la goleta fuera arrastrada por el viento. Pasaría rozando de cerca el cabo San Juan, cuyas rocas apenas sobresalían algunas toesas en agua profunda.

La marcha de la goleta era bastante irregular, en suma. Disminuía cuando la protegía el alto acantilado, para recuperar su velocidad cuando le llegaba la brisa desde algún barranco abierto. Entonces se adelantaba al reflujó, dejando atrás una estela bastante plana.

A las seis y media, Kongre se encontraba a no más de una milla y media de la entrada. Veía desarrollarse el mar hasta el límite con el cielo. El sol se ponía del lado opuesto y algunas estrellas brillaban en el cénit, que se ensombrecía bajo el velo del crepúsculo.

Carcante se le acercó y le dijo:

—Por fin, pronto estaremos afuera de la bahía...

—Dentro de veinte minutos —respondió Kongre— haré enderezar las escotas, y ceñiremos el viento para doblar el cabo San Juan...

—¿Habrás que acercarse a la orilla para llegar a la entrada del estrecho?...

—Pienso que no —declaro Kongre—. Orzaremos; ceñiremos el viento tan de cerca como podamos... después, en el estrecho, cambiaremos las amuras y sólo tendremos que correr con viento largo poniendo proa a la punta Parry.

Si, como lo esperaba, Kongre podía evitar viradas al salir de la bahía, ganaría una hora, y tenía motivos para creerlo, ya que la goleta avanzaba muy bien con cuatro cuartos de viento. Si era necesario, incluso, arriaría sus velas cuadradas y sólo conservaría las latinas, bergantín, trinquete y foques, ya que no le faltaba hacer más de tres millas para dar en el estrecho.

En ese instante un hombre de la tripulación, apostado cerca del pescante, gritó:

—Atención, al frente...

—¿Qué hay? —preguntó Kongre.

Carcante corrió adonde estaba el hombre y se inclinó por encima del empalletado.

—¡Pare... pare de a poco! —le gritó a Kongre.

En ese lugar de la bahía derivaba una parte de la quilla del *Century*, que el reflujó llevaba hacia el mar. Un choque habría podido tener consecuencias nefastas, y había que esquivar ese resto que flotaba lentamente.

Kongre giró el timón ligeramente a babor. La goleta arribó un cuarto y pasó a lo largo de esa quilla, que apenas rozó su carena.

La maniobra tuvo como resultado alejarla un poco de la orilla izquierda. Pero enseguida enderezó el rumbo. Una veintena de toesas más y habría

sobrepasado el ángulo del acantilado y recibiría el viento más directamente en sus velas.

En ese momento estalló una violenta detonación, acompañada por un silbido del aire, y un impacto hizo estremecer el casco de la goleta.

Al mismo tiempo una humareda blancuzca, que el viento se llevó hacia el interior de la bahía, se levantó en la esquina del acantilado.

—¿Qué es eso? —exclamó Kongre.

—Nos dispararon... —respondió Carcante.

—¡Toma el timón! —ordenó Kongre.

Y precipitándose a babor miró por encima de la borda. Lo que vio fue un agujero en el casco, a un pie por encima de la línea de flotación.

Toda la tripulación también había ido hacia allí, en la parte de adelante de la goleta.

¡Un ataque proveniente de esa parte del litoral!... ¡Una bala que el *Carcante*, en el momento de salir, había recibido en su flanco, y que de haberlo alcanzado más abajo habría podido hundirlo!... ¡Estarán de acuerdo en que era un motivo de sorpresa por lo menos igual a la inquietud que debía producir una agresión semejante!

¿Qué podían hacer Kongre y sus compañeros?... ¿Soltar las trapas de la chalupa, embarcarse, lanzarse sobre la orilla en el lugar donde se levantaba la humareda, capturar a los que habían disparado ese proyectil y masacrarlos, o por lo menos hacer que abandonaran el lugar?... ¿Pero sabían si esos agresores no los superaban en cantidad, y no hubiera sido mejor alejarse para poder reconocer antes que nada la importancia de la avería?...

Y ésa fue la decisión a tomar, más aún cuando el cañón volvió a hacer fuego. Una humareda se elevó en el mismo lugar y la goleta sufrió un nuevo golpe. Una segunda bala acababa de darle de lleno un poco más atrás de la primera.

—¡Timón al viento... timón al viento! —aulló Kongre, y corrió hacia la parte de atrás para reunirse con Carcante, que se había apurado a ejecutar su orden.

En cuanto la goleta sintió la acción del timón sus escotas se aflojaron un poco, y en menos de tres minutos estuvo a media milla de la orilla izquierda, y en consecuencia, fuera del alcance de ese cañón instalado en ella.

No volvió a sonar ninguna otra detonación. El arenal se veía desierto hasta la punta del cabo, y podía pensarse que el ataque no se repetiría.

Lo más urgente era verificar el estado de la quilla. En el interior esa verificación no habría sido posible, ya que habría sido necesario mover la carga. Pero de lo que no se podía dudar era que las dos balas habían atravesado la

tablazón y se habían alojado en la bodega.

Se dispuso la chalupa mientras el *Carcante* se ponía al paio, bajo los efectos de la marea descendente.

De inmediato Kongre y el carpintero bajaron en la chalupa para examinar el casco y para saber si la avería podía ser reparada en el lugar.

Eran dos balas de cuatro que habían alcanzado a la goleta y agujereado la tablazón de lado a lado. Por suerte, las obras vivas del *Carcante* estaban a salvo. Los dos agujeros estaban por encima del revestimiento y de la línea de flotación. Un pie más abajo, se hubiera declarado una vía de agua que probablemente la tripulación no hubiera tenido tiempo de cerrar. La bodega se habría llenado de agua y el *Carcante* seguramente se habría hundido en la entrada de la bahía. Sin duda, Kongre y sus compañeros habrían podido llegar a la orilla en la chalupa, pero la goleta se habría perdido completamente.

En suma, la avería no debía ser de una gravedad extrema, pero seguramente impediría que el *Carcante* se aventurara mar adentro. A la mínima escora a babor, el agua entraría. Era menester que los dos agujeros hechos por los proyectiles fuesen obturados antes de seguir la ruta.

—Pero, ¿quién es el maldito que nos disparó?... —no cesaba de repetir Carcante.

—¡Debe ser ese farero que se nos escapó!... —respondió Vargas—, y quizás también algún sobreviviente del naufragio del *Century* al que habrá salvado...

—¿Y el cañón?... —prosiguió Carcante— No tengo ninguna duda de que viene del velero... qué lástima que no lo hayamos encontrado nosotros entre los despojos...

—¡Ahora no importa eso —interrumpió bruscamente Kongre—, sino repararlo lo antes posible!

En efecto, no era cuestión de conversar sobre las circunstancias del ataque contra la goleta, sino de proceder a sus reparaciones. Media hora sería suficiente para conducirla hacia la orilla opuesta de la bahía, en la punta Diegos. Aunque en ese lugar hubiera quedado muy expuesta a los vientos de alta mar y, hasta la punta Several, esa costa no ofrecía ningún abrigo. Ante la primera borrasca, se podía partir contra los arrecifes. En opinión de Kongre era necesario volver esa misma noche al final de la bahía de El Gor, donde el trabajo podría hacerse con total seguridad y también lo más rápido posible.

Pero en ese momento la marea bajaba, y la goleta no hubiera podido avanzar contra el reflujo. Estaban obligados a esperar el oleaje, que no se haría sentir antes de que pasaran tres horas.

El *Carcante* empezaba a balancearse con bastante intensidad bajo la acción de las olas, y la deriva podía arrastrarlo hasta la punta Several, con riesgo de

inundarse. Kongre tuvo que decidirse a arrojar el ancla a un cable de la punta Diegos.

La situación era, en suma, bastante preocupante. Kongre tendría que recurrir a todos sus conocimientos para no encallar en una orilla o en la otra.

Por fin, hacia las diez, llegó la corriente, el ancla fue vuelta a subir a bordo, y antes de medianoche el *Carcante*, no sin haber corrido varios peligros, estaba de regreso en su antiguo fondeadero, en la cala de la bahía de El Gor.

XIII

Durante dos días

A qué grado de irritación habían llegado Kongre, Carcante y los otros, es fácil imaginarlo. ¡En el mismo momento en que iban a abandonar definitivamente la isla, un último obstáculo los había detenido!... ¡Y en cuatro o cinco días el aviso podía estar a la vista de la bahía de El Gor!... Seguramente, si Kongre hubiera conocido otro fondeadero en la costa septentrional de la isla, habría llevado la goleta hasta allí. Pero aún así, con el viento soplando del norte, ¿habría podido?... Obligado a navegar amurado a estribor, tanto en el estrecho como a lo largo del litoral sur, el *Carcante* habría escorado a babor y el agua se habría introducido por los agujeros de los proyectiles. Habría hecho falta que la punta Several, a unas pocas millas, ofreciese una ensenada buena para fondear, y él sabía que esa ensenada no existía; al llevar la goleta de vuelta al faro había tomado la única decisión posible.

Durante esa noche en la que nadie durmió mucho a bordo, los hombres debieron hacer guardia y vigilar las cercanías de la cala. ¿Cómo saber si no se produciría un nuevo ataque?... ¿Cómo saber si alguna banda numerosa, superior a la de Kongre, no había desembarcado recientemente en algún otro punto de la isla?... ¿Cómo saber, en fin, si la presencia de esa banda de piratas no era conocida en Buenos Aires, y si el gobierno argentino no trataba de destruirla?...

Sentados en la parte trasera, Kongre y Carcante hablaban de eso, o más bien el segundo hablaba solo, ya que Kongre estaba demasiado absorto para responder otra cosa que palabras sueltas.

Era a Carcante a quien se le había ocurrido en principio esta hipótesis, el descenso a la Isla de los Estados de un grupo enviado en persecución de Kongre y de sus compañeros. Pero, admitiendo que no se hubieran enterado de su desembarco, no era así como habrían procedido. Habrían tenido varias embarcaciones en la entrada de la bahía de El Gor que habrían perseguido a la goleta después de haberla dejado imposibilitada de seguir su camino, y se habrían apoderado de ella esa misma noche.

Así que Carcante abandonó esta hipótesis y volvió a la idea que él y Vargas ya habían imaginado.

—Sí... los que dispararon tenían como único fin impedir que la goleta

abandonara la isla, y si son varios, quiere decir que algunos hombres del *Century* sobrevivieron... Habrán encontrado a ese farero... Él los habrá puesto al corriente... ¡Ese cañón es un resto encontrado por ellos!... Él les habrá dicho que falta poco para la llegada del aviso...

—¡El aviso aún no está aquí —dijo Kongre con una voz que la ira hacía vibrar—, y antes de que vuelva la goleta estará lejos!

En efecto, era infinitamente probable, admitiendo que el farero y los náufragos se hubieran encontrado, que no fueran más de dos o tres... Serían impotentes contra una quincena de hombres armados, y la goleta, una vez reparada, izaría las velas y llegaría a alta mar siguiendo, esta vez, la orilla derecha de la bahía. No repetiría una segunda vez lo que ya había hecho.

Todo se reducía a una cuestión de tiempo: ¿cuánto tiempo llevaría reparar la nueva avería?...

Esa noche no hubo ningún alerta, y al día siguiente la tripulación puso manos a la obra.

El primer trabajo consistía en desplazar la parte de la carga ubicada en la bodega contra el flanco de babor. No hizo falta más de media jornada para mover esa cantidad de objetos hasta el puente. Por otra parte, ya no sería necesario desembarcar el cargamento, ya que no habría que remolcar la goleta al banco de arena; los agujeros de bala se encontraban sobre la línea de flotación, y arrojando la chalupa al anca conseguirían taparlos fácilmente. Lo esencial era que los miembros no hubieran sido dañados por los proyectiles.

Kongre y el carpintero bajaron a la bodega, y éste fue el resultado de su examen:

Las dos balas sólo habían alcanzado la tablazón, que habían atravesado casi a la misma altura, y las encontraron en la bodega. Sólo habían tocado superficialmente las cuernas, cuya solidez no estaba comprometida. Los agujeros, a dos pies y medio uno del otro, presentaban una abertura muy definida que podría cerrarse herméticamente con tapones mantenidos sobre una pieza de madera intercalada entre los miembros, y aplicándole encima una hoja de revestimiento.

En suma, no eran averías importantes, no comprometían el estado del casco y pronto iban a ser reparadas.

—¿Cuándo?... —preguntó Kongre.

—Voy a preparar la pieza de madera y la presentaré esta tarde —respondió Vargas.

—¿Y los tapones?...

—Los tapones serán hechos mañana a la mañana y colocados a la tarde.

—¿O sea que podremos aparejar al atardecer?...

—Seguramente —declaró el carpintero.

Cuarenta y ocho horas alcanzarían para las reparaciones, y la partida del *Carcante* sólo se habría retrasado dos días.

Pero Kongre decidió levantar el ancla recién dos días más tarde, y cuando Vargas le preguntó el motivo:

—Porque —dijo— pienso salir de la bahía siguiendo la orilla derecha para no arriesgarme a recibir otra bala mientras pasamos cerca del acantilado. Pero esa orilla derecha la conozco menos, y habrá que bordearla en la oscuridad. La marea del atardecer será tardía, no antes de las ocho, y no quiero arriesgarme a romper la goleta contra las rocas.

Evidentemente, sería actuar con prudencia, y por otra parte a ese hombre no le faltaba inteligencia, aunque por desgracia sólo la usaba para el mal.

Entonces Carcante le preguntó si no pensaba ir al cabo San Juan a la mañana o a la tarde.

—Para ver un poco lo que está pasando allí —dijo.

—¿Para qué?... —respondió Kongre—. No sabemos con qué nos vamos a encontrar. Habría que ir en grupo, de a diez o de a doce, y en consecuencia dejar sólo dos o tres hombres cuidando la goleta... ¿Quién sabe qué podría pasar durante nuestra ausencia?...

—Es razonable, en efecto —convino Carcante—, y además, ¿qué ganaríamos? Lo importante es dejar la isla...

—Y pasado mañana estaremos en el mar —dijo Kongre.

Así que había muchas posibilidades de que el aviso, que debía llegar recién a fines de la primera semana de marzo, no apareciera antes de la partida.

Por lo demás, si Kongre y sus compañeros hubieran ido hasta el cabo San Juan no habrían encontrado rastros de Vásquez y John Davis.

Esto era lo que había ocurrido:

Durante la tarde del día anterior, la propuesta que John Davis le hizo a Vásquez los había ocupado hasta la noche. El lugar elegido para ubicar el cañón fue la esquina misma del acantilado. Entre las rocas que sobrecargaban esa curva, John Davis y Vásquez pudieron instalar la cureña con comodidad; trabajo fácil, en suma. Pero les costó mucho arrastrar al cañón hasta allí. Tuvieron que tirar de él sobre la arena, y después atravesar un sitio erizado de puntas de piedras por donde era imposible arrastrarlo. De lo cual la necesidad de levantar el cañón con palancas, lo cual exigió tiempo y cansancio.

Eran casi las seis cuando el cañón quedó ubicado sobre su cureña de modo de poder ser apuntado hacia la entrada de la bahía. John Davis procedió a cargarlo. Introdujo una buena carga de pólvora que rehundió con un taco de varas secas y después, encima, la bala. Le pusieron la mecha y ya sólo faltaría

hacer fuego en el momento deseado.

Entonces John Davis le dijo a Vásquez:

—Pensé mucho en lo que nos conviene hacer. Lo que hace falta, no es hundir la goleta... todos esos sabandijas llegarían a la ribera y no podríamos escapar de ellos. Lo principal es que la goleta se vea obligada a volver a su fondeadero y a permanecer algún tiempo en él para reparar sus averías...

—Sin duda —observó Vásquez—, pero un agujero de bala puede taparse en una mañana...

—No —respondió John Davis—, ya que hará falta desplazar la carga. Estimo que eso les llevará cuarenta y ocho horas, por lo menos, y ya estamos a veintiocho de febrero...

—¿Y si el aviso no llega hasta dentro de una semana? —replicó Vásquez—. ¿No sería mejor dispararle a los aparejos que al casco?...

—Evidentemente, Vásquez, y una vez sin su trinquete o su palo mayor, no me imagino cómo harían para reemplazarlo, y la goleta quedaría retenida mucho tiempo en el fondo de la bahía. Pero es mucho más difícil darle a un mástil que a un casco. Nuestros proyectiles tienen que dar en el blanco...

—Sí —respondió Vásquez—, y si esos miserables salen con la marea del atardecer, lo que es muy probable, estará medio oscuro. Haga lo que le parezca mejor, Davis.

Todo estaba preparado, y a Vásquez y su compañero sólo les quedó esperar, y se apostaron al costado del cañón, listos para disparar en cuanto pasara la goleta.

Ya se sabe cuál fue el resultado de ese cañonazo y en qué condiciones el *Carcante* tuvo que volver a su fondeadero. John Davis y Vásquez no abandonaron el lugar hasta no haberlo visto volver por la orilla izquierda.

Y ahora, lo que les aconsejaba la prudencia era que buscaran un refugio en cualquier otro punto de la isla.

En efecto, como lo había dicho Vásquez, quizás al día siguiente Kongre y algunos de sus hombres volvieran con la chalupa al cabo San Juan. ¿Quizás querrían perseguirlos?...

Tenían toda la noche para reflexionar, y la pasaron en la gruta, sin haber sido alertados por nada.

Ya de día, la decisión estaba tomada: abandonar la gruta y buscar a una o dos millas de allí un nuevo refugio del lado del estrecho, como para ver a cualquier barco que viniera del norte. Si aparecía el *Santa Fe* le harían señales después de haber vuelto al cabo San Juan. El comandante Lafayate enviaría una chalupa, los recogería a bordo y lo pondrían al corriente de la situación; situación que llegaría a su fin, ya fuera que la goleta aún estuviese retenida en la

cala, ya —cosa que era desgraciadamente muy posible— que hubiera vuelto al mar.

—¡Y quiera Dios que eso no ocurra! —se repetían John Davis y Vásquez.

Desde el amanecer, los dos siguieron el litoral del estrecho durante unas tres millas llevando provisiones, armas y mantas. Después de algunas búsquedas, terminaron descubriendo una cavidad al pie del acantilado que alcanzaría para protegerlos hasta que llegara el aviso.

Por otra parte, si la goleta llegaba a zarpar podrían volver a la gruta.

Durante todo ese día Vásquez y John Davis se mantuvieron en observación. Sabían que mientras la marea subía la goleta no podía salir de la bahía, y no se preocupaban. Pero, con el reflujo, volvían a temer que las reparaciones hubieran sido terminadas durante la noche, y seguramente Kongre no retrasaría su partida ni una hora. ¡Acaso no temería ver llegar al *Santa Fe*, tanto como John Davis y Vásquez lo convocaban con todas sus esperanzas!...

Al mismo tiempo vigilaban la costa, pero ni Kongre ni sus compañeros se dejaron ver en ella.

En efecto, como sabemos, Kongre había decidido no entrar en búsquedas que habrían sido inútiles. Activar el trabajo, terminar las reparaciones en el plazo más breve posible, eso era lo mejor que podía hacer, y lo hacía. Como había dicho el carpintero Vargas, a la tarde la pieza de madera fue presentada entre los miembros, y al día siguiente los tapones serían preparados y ajustados a tiempo para que el *Carcante* pudiera aparejar con la marea del atardecer. Pero también sabemos por cuáles motivos Kongre quería esperar al día siguiente para levar el ancla.

Vásquez y John Davis no tuvieron ningún alerta durante esa jornada del 1º de marzo. ¡Pero qué larga les pareció! Al atardecer, después de haber acechado la salida de la goleta, cuando tuvieron la certeza de que no había abandonado su fondeadero, fueron a acurrucarse en la cavidad, donde el sueño les dio un descanso que necesitaban mucho.

Al día siguiente estaban en pie desde el alba. Sus primeras miradas se dirigieron hacia el mar. Ningún barco a la vista. El *Santa Fe* no aparecía y no se veía ninguna humareda en el horizonte.

¿Con esa marea matinal, saldría la goleta? Acababa de empezar el reflujo, y si lo aprovechaba, habría doblado el cabo San Juan en una hora...

En cuanto a recomenzar con la tentativa del día anterior, John Davis no podía ni pensarlo. Kongre estaría prevenido... pasaría lejos de su alcance y las balas no llegarían hasta la goleta.

Se puede entender de qué impaciencias y de qué temores fueron presa John Davis y Vásquez hasta el final de esa marea. Pero por fin, hacia las siete, el

reflujo se hizo sentir, y Kongre ya no podría aparejar sino hasta la próxima marea de la tarde.

El tiempo era bueno, con el viento siempre del nordeste, y el mar ya no tenía rastros de la última tempestad. El sol brillaba entre nubes ligeras muy altas que la brisa no alcanzaba.

Otra jornada interminable para Vásquez y John Davis. Como la anterior, no hubo alerta. La banda no había abandonado la cala. Que fueran al cabo San Juan de mañana o durante la tarde parecía muy improbable.

—Eso prueba que los malditos están trabajando...

—¡Sí!, se apuran —respondió John Davis—, y esos agujeros de bala pronto serán tapados... y ya nada los retendrá...

—¡Y quizás... esta noche... aunque la mareá sea tarde! —agregó Vásquez—. ¡Es cierto que esa bahía la conocen bien!... no necesitan una luz para iluminarla... La remontaron la otra noche... Si la bajan esta noche, su goleta se los llevará...

—¡Qué desgracia!, ¡qué desgracia —exclamaba John Davis—, no haberle bajado un mástil!...

—¿Qué quiere, Davis? —respondió Vásquez—, ¡hicimos todo lo que pudimos!... ¡El resto queda en manos de Dios!

John Davis se quedó pensativo, yendo y viniendo por el arenal, con la mirada hacia el norte. ¡Nada en el horizonte... nada!

De pronto se detuvo, volvió adonde estaba su compañero y le dijo:

—Vásquez... ¿y si fuéramos a ver qué están haciendo?...

—¿Al final de la bahía, Davis?...

—Sí... nos daríamos cuenta de si la goleta está en estado... si se apresta a partir...

—¿Y eso para qué nos servirá?

—Para saber, Vásquez —exclamó John Davis—. Estoy que hiervo de impaciencia... No aguanto más...

—Tranquílcese, Davis...

—¡No! ¡Es más fuerte que yo!

Y verdaderamente, el segundo del *Century* ya no tenía más dominio de sí mismo.

—Vásquez —prosiguió—, ¿cuánto hay de aquí hasta el faro?...

—Tres o cuatro millas como máximo, en línea recta, tomando el acantilado y siguiendo la meseta hasta el fondo de la bahía...

—¡Muy bien, voy a ir, Vásquez... saldré a eso de las cuatro... llegaré antes de las seis... me deslizaré hasta el extremo de la meseta... Aún será de día... no me verán... y yo... ¡yo los veré!

Habría sido inútil tratar de disuadir a John Davis, Vásquez lo sabía. Así que cuando su compañero le dijo:

—Usted se quedará aquí... Vigilará el mar... Yo estaré de vuelta al atardecer... Iré solo...

—Yo lo voy a acompañar, Davis —respondió Vásquez.

Estaba decidido, así se haría, y a las cuatro, después de comer algunas galletas y un pedazo de corned-beef, armados con sus revólveres, se pusieron en marcha.

Un barranco angosto les facilitó el acceso al acantilado, cuya cima alcanzaron sin demasiado esfuerzo. Ante ellos se extendía una ancha meseta árida donde sólo crecían algunas matas de agracejos. Ni un solo árbol, tan lejos como llegara la vista. Algunas aves marinas chillonas y ensordecedoras volaban en bandadas huyendo hacia el sur.

En cuanto a la dirección a seguir para llegar hasta el final de la bahía de El Gor, estaba indicada.

—¡Ahí! —dijo Vásquez. Señalaba con la mano el faro que se erguía a cuatro millas de allí, en el extremo de la meseta.

—¡En marcha! —respondió John Davis.

Y salieron a paso rápido. Si tenían que tomar precauciones, sería al acercarse a la cala.

Recién después de media hora de marcha se detuvieron, jadeantes. No sentían el cansancio, ni siquiera Vásquez, a quien John Davis llevaba como agarrado de una mano.

Todavía faltaba una milla, y como habrían podido ser vistos en caso de que Kongre o uno de sus hombres hubieran estado en la galería del faro, debieron tomar algunas precauciones.

Por lo demás, incluso a esa distancia, como el cielo era muy claro, la galería era visible. No había nadie en ella en ese momento; pero quizá Carcante o algún otro estuviera en el cuarto de guardia, y por las ventanas angostas orientadas hacia todos los puntos cardinales la mirada abarcaba la meseta hasta su arista más lejana.

John Davis y Vásquez se deslizaron entonces entre las rocas diseminadas aquí y allá en un desorden caótico. Pasaban de una a otra, se escabullían y a veces se arrastraban para atravesar un espacio descubierto. Por eso su marcha se vio considerablemente retrasada durante esa última milla.

Eran cerca de las seis cuando llegaron al borde del acantilado que rodeaba la cala. Con las últimas luces del día, se deslizaron hasta el borde y miraron hacia abajo.

No era posible que pudieran verlos, a menos que uno de los hombres de la

banda fuera a trepar el acantilado. E incluso desde arriba del faro no habrían sido visibles, acostados entre las piedras.

La goleta estaba ahí, flotando en la cala, con sus mástiles y vergas listas, sus aparejos en buen estado y el puente sin la parte del cargamento que debía haber sido depositado en él mientras reparaban el interior de la bodega. La chalupa estaba en su serviola en la parte de atrás, y que ya no estuviera contra el flanco de babor significaba que el trabajo había terminado, y que los agujeros de las balas habían sido tapados.

—Están listos —murmuró John Davis reprimiendo su ira a punto de estallar.

—¿Y quién sabe si no van a zarpar con la marea, dentro de dos o tres horas?...

—¡Y no poder hacer nada... nada! —repetía Davis.

En efecto, el carpintero Vargas había cumplido con su palabra. El trabajo había sido ejecutado rápida y convenientemente. No quedaban más rastros de la avería. Esos dos días habían sido suficientes. Con la carga de vuelta en su sitio y los tableros cerrados, el *Carcante* podía partir.

Por eso, sin los motivos esgrimidos por Kongre, la tripulación habría levantado el ancla a eso de las ocho para bajar con el reflujo. Un poco después de las nueve habrían doblado el cabo San Juan, y entonces el mar libre, que les aseguraba la libertad, se habría abierto ampliamente ante el estrave de la goleta...

Vásquez reconoció perfectamente a Kongre en la muralla, donde caminaba con *Carcante*.

Algunos hombres todavía estaban en tierra, los otros continuaban a bordo.

La conversación de Kongre con su compañero siguió durante un cuarto de hora, y cuando se separaron, *Carcante* fue hacia la puerta del anexo.

—Tengamos cuidado —dijo Vásquez en voz baja—. Sin duda va a subir al faro, no tiene que vernos.

Se pusieron un poco más al abrigo de las rocas.

En efecto, *Carcante* subía al faro por última vez. La goleta partiría al día siguiente, de mañana, con pleamar. Quería observar un poco más el horizonte, ver si no aparecía algún barco a la vista de la isla.

Por otra parte la noche sería calma, de tarde el viento había aflojado y eso prometía buen tiempo al amanecer.

En cuanto *Carcante* llegó a la galería, John Davis y Vásquez lo vieron con total claridad. Daba la vuelta con el largavista sobre los ojos, apuntándolo a todos los puntos del horizonte.

Y de repente un grito se escapó de su boca. Kongre y los otros levantaron las cabezas hacia él. Entonces, con una voz que pudieron oír todos:

—¡El aviso... el aviso! —repitió.

XIV

El aviso *Santa Fe*

¿Cómo pintar la agitación de la cual fue escenario en ese momento el final de la bahía?... Ese grito: “¡el aviso... el aviso!” había caído como un rayo, o como una sentencia de muerte sobre la cabeza de esos miserables. ¡El *Santa Fe* era la justicia que llegaba a la isla, era el castigo por tantos crímenes, el castigo del cual no podrían escapar!

Pero, ¿no se había equivocado, Carcante? ¿Ese barco que se acercaba, era sin duda el aviso de la armada argentina?... ¿Ese barco no se dirigía simplemente hacia el estrecho de Lemaire, o hacia la punta Several, para pasar por el sur de la isla?... ¿Iba con destino a la bahía de El Gor?...

Apenas Kongre oyó a Carcante volvió a subir la muralla, se precipitó hacia la escalera del faro y alcanzó la galería en menos de dos minutos.

—¿Dónde está ese barco?... —preguntó.

—Ahí... en el nor-nordeste...

—¿A qué distancia todavía?...

—Cinco o seis millas.

—¿Puede estar en la entrada de la bahía antes de las nueve?...

—No, Kongre.

Kongre había tomado el largavista y observó el barco con mucha atención, sin decir una sola palabra.

No había ninguna duda de que era un *steamer*. Se distinguía su humareda blanca incluso a esa distancia, y su casco empezaba a ser visible. No había ninguna duda tampoco de que alimentaba activamente su fuego para ganar la entrada de la bahía de El Gor antes de que se hiciera de noche.

Que ese *steamer* fuera precisamente el aviso, ni Kongre ni Carcante podían dudarlo. Varias veces lo habían visto durante los trabajos de construcción, cuando llegaba o cuando se iba de esos parajes. Además, ese *steamer* iba directamente hacia la isla. Si la intención de su capitán hubiera sido dar en el estrecho de Lemaire, entonces tendría proa al oeste y no al sudoeste.

—¡Sí —dijo al fin Kongre—, es el aviso!

—¡Maldita mala suerte, que nos retuvo hasta ahora! —exclamó Carcante—. Si no fuera por esos sinvergüenzas, ya estaríamos en pleno Pacífico...

—Todo eso, no sirve de nada decirlo —replicó Kongre—. Hay que tomar una decisión...

—¿Cuál?...

—Zarpar...

—¿Cuándo?

—En cuanto empiece a bajar la marea...

—Pero antes el aviso estará a la altura de la bahía...

—Sí... pero se quedará afuera.

—¿Por qué?...

—Porque no podrá ver la luz del faro, y no se arriesgará a acercarse a la cala en medio de la oscuridad.

Ese razonamiento tan cierto que hacía Kongre, John Davis y Vásquez lo hacían también. No querían dejar el lugar mientras pudieran ser vistos desde lo alto de la galería. Pero hablaban en voz baja y se decían precisamente lo mismo que decía Kongre. El faro ya debería haber sido encendido, porque el sol acababa de desaparecer atrás del horizonte. ¿Y cuando no viera su luz, aunque tuviera ciertamente conocimiento de la isla, el comandante Lafayette no dudaría en continuar su camino?... ¿Al no poder explicarse que estuviese apagado, no se quedaría toda la noche afuera?... Ya había entrado diez veces a la bahía de El Gor, pero solamente de día, y seguramente no se aventuraría a través de esa bahía oscura sin tener al faro para indicarle la dirección. Por otra parte, debía pensar que la isla había sido escenario de graves acontecimientos, ya que los fareros no estaban en su puesto.

—Pero —dijo entonces Vásquez—, si el comandante no vio la tierra, que es más bien baja, y sigue dando vueltas con la esperanza de ver la luz, ¿no puede ocurrirle lo mismo que al *Century*, y zozobrar en los arrecifes del cabo San Juan?

John Davis no respondió. ¡Era muy cierto, la eventualidad de la cual hablaba Vásquez podía producirse! Sin duda el viento no soplaban como en una tempestad, y el *Santa Fe* no se encontraba en las mismas condiciones en las que había estado el *Century*, pero en fin, una catástrofe era de temer.

—Corramos hacia el litoral —prosiguió Vásquez—. Llegaremos al cabo en dos horas... y quizás todavía haya tiempo de encender un fuego para señalar la tierra...

—No —respondió John Davis—, sería demasiado tarde, y antes de una hora, quizás, el aviso se dejará ver en la entrada de la bahía.

—¿Qué hacer, entonces?...

—¡Esperar! —respondió John Davis.

Eran las siete y el crepúsculo empezaba a envolver la isla.

Sin embargo, los preparativos para la partida del *Carcante* se llevaban a cabo con la mayor actividad. Kongre quería zarpar a cualquier precio. Si bien no creía poder adelantársele, su opinión era que el *Santa Fe* no trataría de entrar en la bahía, y que patrullaría el mar hasta el día siguiente. Devorado por la inquietud, había resuelto abandonar el fondeadero inmediatamente. Si esperaba la marea del día siguiente, se exponía a encontrarse con el aviso. Cuando viera salir esa goleta el capitán Lafayate no la dejaría pasar. Le daría órdenes de detenerse e interrogaría a su capitán. Seguramente querría saber por qué no había sido encendido el faro. La presencia del *Carcante* le parecería sospechosa con toda razón. Una vez que el barco fuera detenido iría a bordo, haría comparecer a Kongre, inspeccionaría su tripulación, y basado solamente en el aspecto de sus hombres concebiría las sospechas más legítimas, los obligaría a dar media vuelta, a seguirlo, y los retendría en la cala hasta tener más información.

Y entonces, cuando el comandante del *Santa Fe* no encontrara a los tres fareros, sólo podría explicar su ausencia por un atentado del cual habrían sido víctimas. ¿Y no se vería inclinado a creer que los autores de ese atentado debían ser los hombres de ese barco, que trataban de escaparse?

En fin, quizás otra complicación más se produciría.

Ya que Kongre y su banda habían visto al *Santa Fe* a la altura de la isla, ¿no era probable, o incluso seguro, que también lo hubieran visto aquel o aquellos que dos días atrás habían atacado al *Carcante* en el momento en que iba a salir de la bahía? Habrían seguido todos los movimientos del aviso, estarían ahí cuando llegara a la cala, y si entre ellos, como se podía pensar, se encontraba el tercer farero, Kongre y los suyos ya no podrían escapar al castigo de sus crímenes.

Kongre había entrevisto todas esas posibilidades y sus consecuencias. De ahí la decisión, la única posible, que había tomado: zarpar en el acto sin esperar la marea descendente, tratar de avanzar contra la corriente de la bahía forzando las velas, ya que el viento, que soplaba del norte, sería favorable, y aprovechar la noche para llegar a mar abierto. Entonces la goleta tendría todo el océano por delante. Podía pasar que el aviso, en ese momento, se hubiera alejado de la isla, y que ante la imposibilidad de ver su faro, su comandante no hubiera querido acercarse en medio de tinieblas. Y si hacía falta, para mayor prudencia todavía, en lugar de dirigirse hacia el estrecho de Lemaire, Kongre apuntaría al sur, iría a doblar la punta Several, y se escaparía por atrás de la costa meridional. Por eso apuraba la salida.

Dándose cuenta perfectamente de lo que iba a ocurrir, John Davis y Vásquez se preguntaban cómo podrían impedir ese plan y, desesperados, sentían toda su impotencia.

Hacia las siete y media, *Carcante* llamó a los pocos hombres que todavía estaban en tierra. En cuanto la tripulación estuvo a bordo, levantaron la chalupa, y Kongre ordenó levar el ancla.

Desde lo alto del acantilado, John Davis y Vásquez escucharon el ruido regular del linguete, mientras la cadena se enrollaba bajo la acción del cabrestante.

Al cabo de cinco minutos, el ancla, vertical, volvió a la serviola. De inmediato la goleta empezó su evolución. Habían izado todo, velas altas y bajas, para no perder nada de la brisa; después salió de la cala y se mantuvo a igual distancia de las dos orillas para recibir mejor el viento.

Pero en esas condiciones la navegación se volvió muy difícil. Como el oleaje seguía creciendo, la goleta, a esa velocidad, no avanzaba mucho contra la corriente que todavía debía durar dos horas, y seguramente no estaría antes de medianoche a la altura del cabo San Juan.

No importaba, por otra parte. Desde el momento en que el *Santa Fe* no entrara en la bahía, Kongre no corría riesgos de que lo encontrarán. Así tuviera que esperar la marea descendente, no había duda de que estaría afuera antes del amanecer.

Sin embargo, la tripulación no dejó de hacer nada de todo lo que pudiese apurar la marcha del *Carcante*. Era imposible ponerle más velas, ya que habían izado hasta las del estay. Pero un peligro muy real venía de su deriva, que no podía impedir, y el viento la empujaba poco a poco hacia la orilla derecha de la bahía, y a esa orilla Kongre no la conocía mucho pero sabía que era muy peligrosa, largamente sembrada de rocas que la desbordaban y contra las cuales corría el riesgo de encallar. Una hora después de la partida llegó a creerse tan cerca que le pareció prudente girar en redondo para alejarse de ella.

No sería sin trabajo como podría ejecutarse ese giro contra la corriente, más aún porque la brisa decaía con la noche.

Sin embargo, era urgente maniobrar para no dejar al *Carcante* demasiado a merced del viento. La tripulación se abocó a esa maniobra. Metieron el timón y tensaron las escotas traseras, mientras soltaban las delanteras. Pero a falta de velocidad, y contrariada por la corriente, la goleta no alcanzó a orzar y siguió derivando en la orilla derecha.

Kongre sentía el peligro. Le quedaba un solo medio y lo usó. Bajaron la chalupa con seis hombres con un remolque, y a fuerza de remos éstos consiguieron mover la goleta, que amuró a estribor. Durante cerca de un cuarto de hora avanzó hacia la izquierda de la bahía y pudo retomar su dirección original sin temor de ser arrojada contra los arrecifes del sur.

Pero ya no soplaba ni una gota de viento; las velas golpeaban los mástiles.

La chalupa hubiera tratado en vano de remolcar al *Carcante* hasta la entrada de la bahía, igual no habría podido luchar contra la marea ascendente. Todo lo que hubiera podido hacer habría sido flotar hasta la pleamar. Quizás, incluso, Kongre iba a verse obligado a fondear en ese lugar durante dos horas, cuando sólo se encontraba a una milla y media de la cala.

Después de la partida John Davis y Vásquez se habían levantado y, caminando a lo largo de la punta del acantilado, habían seguido los movimientos de la goleta. La brisa había cesado por completo, y entendieron que Kongre estaría obligado a parar y a esperar el reflujo. Pero seguiría teniendo tiempo, antes de la creciente del alba, de llegar a la entrada de la bahía, y todas las oportunidades de pasar sin que lo vieran.

—¡No!... ¡Lo tenemos! —exclamó entonces John Davis.

—¿Cómo?... —preguntó Vásquez.

—¡Venga... venga!

Y John Davis llevó a su compañero rápidamente en dirección al faro.

En su opinión, el *Santa Fe* debía cruzar por adelante de la isla, e incluso acercársele mucho, cosa que no ofrecía ningún peligro con mar calmo. No había ninguna duda de que el comandante Lafayate, muy asombrado por la extinción del faro, estaría ahí con las máquinas al mínimo esperando el amanecer.

Era lo mismo que pensaba Kongre; pero él también se decía que tenía muchas oportunidades de despistar al aviso. En cuanto el reflujo volviera a llevar las aguas de la bahía hacia el mar, incluso sin necesidad del viento, el *Carcante* retomaría su marcha y en menos de una hora llegaría a la altura del cabo San Juan.

Una vez afuera, Kongre no ganaría el mar. Lo alcanzaría con una de esas brisas suaves que se levantan hasta en las noches más tranquilas, y con la corriente, que iba hacia el sur, para bordear la costa hasta su extremo, en medio de esa noche muy oscura. En cuanto hubiera doblado la punta Several, distante a siete u ocho millas como máximo, la goleta estaría protegida por los acantilados que se sucedían hasta la punta Vancouver y ya no tendría más nada que temer. El único peligro era que lo vieran los vigías del *Santa Fe* si se mantenía bahía abajo y no en la entrada del estrecho de Lemaire. Seguramente el comandante Lafayate, si el *Carcante* era señalado al salir de la bahía, no lo dejaría alejarse, aunque más no fuera para interrogar a su capitán respecto al faro, y gracias a su máquina de vapor lo habría alcanzado antes de que desapareciera detrás de las alturas del sur.

Ya eran más de las nueve, y con cuánta impaciencia esperaban Kongre y sus compañeros, después de haber tenido que fondear hasta que bajara la marea, el momento en que el reflujo se hiciera sentir. La goleta seguía siempre borneada

por el oleaje, con su estrave apuntando a mar adentro. No obstante su cadena se empezaba a aflojar, y llegaba el momento de levar el ancla. La chalupa había sido vuelta a subir y Kongre no perdería un minuto para ponerse en marcha.

De repente la tripulación soltó un grito que hubiera podido escucharse desde las dos orillas.

Un largo trazo de luz acababa de brotar a través de las tinieblas. La luz del faro brillaba en todo su esplendor, iluminando la bahía y el mar a la altura de la isla.

—¡Ah!, esos sinvergüenzas, ¡ahí están! —exclamó Carcante.

—¡A tierra! —ordenó Kongre.

Y en efecto, para escapar del peligro acuciante que lo amenazaba, no podía hacer otra cosa: desembarcar dejando sólo uno o dos hombres a bordo de la goleta, correr hacia la muralla, entrar en el anexo, subir la escalera de la torre, alcanzar el cuarto de guardia, arrojar encima de ese farero y de sus compañeros, si los tenía, deshacerse de ellos y apagar el faro. Si el aviso se había puesto en marcha para entrar en la bahía, seguramente se detendría... si ya estaba en ella, trataría de salir, al no tener más una luz que lo guiara hasta la cala.

Kongre mandó a sirgar la chalupa. Carcante y doce de sus hombres bajaron con él, armados con fusiles, revólveres y machetes. En un minuto atracaron en la costa y se lanzaron hacia la muralla, de la cual los separaba solamente una milla y media.

Hicieron ese trayecto en un cuarto de hora sin separarse unos de otros. Toda la banda, menos dos hombres dejados a bordo, se encontraba reunida al pie del terraplén.

Sí... John Davis y Vásquez estaban ahí. Para ganar la muralla habían franqueado la meseta hasta la barrera de rocas que se levantaba detrás del bosque de hayas, en el mismo lugar adonde había ido a caer el guanaco visto por Moriz dos meses atrás. Después, lanzándose a través de la pradera, sabiendo que no encontrarían a nadie, habían llegado al pie de la muralla. Lo que John Davis quería era volver a encender el faro para que el aviso pudiera llegar a la bahía sin tener que esperar mar adentro. Lo que temía —¡y qué temores lo devoraban!— era que Kongre hubiera destruido las lentes y roto las lámparas, y que el aparato no funcionara más. Entonces la goleta, muy probablemente, se escaparía sin haber sido vista por el *Santa Fe*.

Los dos corrieron hacia la vivienda, entraron en el pasillo, empujaron la puerta de la escalera, la cerraron a sus espaldas, subieron los escalones y llegaron al cuarto de guardia.

El farol estaba en buen estado y las lámparas en su sitio, todavía provistas de mechas y de aceite desde el día que las habían apagado. ¡No! Kongre no

había destruido el aparato dióptrico del farol, sólo había impedido el funcionamiento del faro durante el tiempo en que estuviera al final de la bahía. ¿Y cómo habría podido prever las circunstancias en las cuales estaría obligado a abandonarla?...

Y ahora el faro brillaba en todo su esplendor, y el aviso podía volver a su antiguo fondeadero sin inconvenientes.

Pero de pronto unos golpes violentos sonaron en la base de la torre. Toda la banda acababa de precipitarse al interior de la muralla para subir a la galería y apagar la luz. Todos arriesgarían su vida para retrasar la llegada del *Santa Fe*. No habían encontrado a nadie en el terraplén ni en la vivienda. Los que estaban en el cuarto de guardia no podían ser muchos... Podrían con ellos fácilmente... Los matarían y el faro dejaría de brillar en un radio de diez millas alrededor de la isla.

Como es sabido, la puerta que se abría al final del pasillo era de hierro. Forzar las bisagras que la cerraban a la escalera sería imposible. Imposible también hacerla saltar a golpes de espeque o de hacha. Carcante, que trató de hacerlo, lo entendió bien, y después de esfuerzos vanos fue a reunirse con Kongre y los otros en la muralla.

¿Qué hacer? ¿Había alguna posibilidad de subir por el exterior hasta el farol? Si no era posible, a la banda sólo le quedaba huir hacia el interior de la isla para no caer en manos del comandante Lafayate y de su tripulación. En cuanto a volver a bordo de la goleta, para qué serviría, y por otra parte ya no tendrían tiempo, ya que sin duda el aviso ahora debía estar en la bahía y en camino a la cala.

Aún les quedaba una forma de alcanzar la galería, y si dentro de unos minutos el faro estaba apagado, el *Santa Fe* no solamente no podría seguir su marcha sino que se vería obligado a volver atrás, y entonces quizás la goleta pudiera pasar...

—¡La cadena del pararrayos! —exclamó Kongre.

En efecto, a lo largo de la torre colgaba una cadena metálica, sostenida cada tres pies por grampas de hierro. Subiendo de una a otra a pulso debía ser posible llegar a la galería, y quizás sorprender a quienes estaban en el cuarto de guardia...

Kongre iba a intentar ese último medio de salvación, pero Carcante y Vargas se le adelantaron. Subieron al anexo, agarraron la cadena y empezaron a trepar por ella uno atrás del otro, pensando que no serían vistos en medio de la oscuridad. Cuando por fin llegaron, se aferraron a los montantes de la galería, y sólo les faltaba escalar...

En ese instante sonaron disparos.

John Davis y Vásquez estaban ahí, a la defensiva...

Carcante y Vargas, heridos en sus cabezas, se soltaron y fueron a caer sobre el techo del anexo.

Entonces se dejaron oír unos pitidos más abajo de la cala. La sirena del aviso lanzaba sus sonidos agudos a través del espacio...

Era el momento de huir. Dentro de pocos minutos el *Santa Fe* estaría en su antiguo fondeadero.

Kongre y sus compañeros, entendiendo que no había más nada que hacer, se precipitaron hacia el terraplén y huyeron al interior de la isla.

Algunos momentos más tarde el comandante Lafayate bajaba el ancla y la chalupa de los fareros lo abordaba con unos golpes de remo.

John Davis y Vásquez estaban a bordo del aviso.

XV

Desenlace

El aviso *Santa Fe*, con el relevo para la Isla de los Estados a bordo, había dejado Buenos Aires el 19 de febrero. Su travesía fue muy rápida, ayudada por el viento y el mar. La gran tempestad que duró casi ocho días se había localizado en los parajes magallánicos sin extenderse más allá del estrecho de Magallanes. El comandante Lafayate no había sentido sus efectos, y llegaba a destino con cuarenta y ocho horas de anticipación. Si hubiera llegado sólo dos horas más tarde, la goleta ya se habría alejado por el estrecho de Lemaire y tendrían que haber renunciado a perseguir a la banda Kongre y a su jefe.

El comandante Lafayate no hubiera dejado pasar esa noche sin que lo pusieran al corriente de todo lo que había pasado en la bahía de El Gor desde hacía tres meses.

Vásquez estaba a bordo, y sus camaradas Felipe y Moriz no estaban con él. En cuanto a su acompañante, nadie lo conocía ni sabía su nombre.

El comandante Lafayate los hizo ir a los dos al comedor de oficiales, y su primera observación fue:

—El faro fue encendido tardíamente, Vásquez...

—Hace nueve semanas que no funcionaba... —respondió Vásquez.

—¡Nueve semanas!... ¿Y sus dos camaradas?...

—¡Felipe y Moriz están muertos! ¡Veintiún días después de la partida del *Santa Fe*, al faro le quedaba un solo farero, mi comandante!

Y Vásquez le hizo el relato de los acontecimientos de los cuales acababa de ser escenario la Isla de los Estados. Una banda de piratas, bajo las órdenes de un jefe llamado Kongre, estaba instalada desde hacía varios años en la bahía de El Gor, atrayendo a los barcos a los escollos del cabo San Juan, recogiendo sus restos y masacrando a los sobrevivientes de los naufragios. Nadie había sospechado de su presencia mientras duraron los trabajos del faro, ya que se habían refugiado en el cabo Gómez, en el extremo occidental de la isla. Cuando el *Santa Fe* volvió a partir, y los fareros se quedaron solos trabajando en el faro, tres semanas después, a principios de enero, la banda Kongre llegó a la bahía de El Gor en una goleta caída en sus manos en el cabo Gómez. Apenas unos minutos después de que ésta llegara a la cala, Moriz y Felipe fueron asesinados a

bordo. Si Vásquez pudo escapar fue porque en ese momento se encontraba en el cuarto de guardia. Después de abandonarlo, se había refugiado en el litoral del cabo San Juan, donde pudo alimentarse de las provisiones descubiertas en la cueva de los piratas.

Después Vásquez contó cómo, tras el naufragio del *Century*, que siete semanas más tarde había ido a zozobrar en la entrada de la bahía, tuvo la suerte de salvar al segundo de ese barco, y cómo vivieron los dos esperando la llegada del *Santa Fe*. Su mayor esperanza por entonces era que la goleta, retrasada por importantes reparaciones, no consiguiera zarpar para ganar los parajes del Pacífico antes del regreso del aviso, previsto para los primeros días de marzo. Sin embargo, habría dejado la isla si las dos balas que John Davis le disparó a su quilla no la hubieran retenido unos días más.

Eso fue sucintamente lo que contó Vásquez, dando hasta los detalles más minuciosos que el comandante Lafayette insistía en conocer, y después le presentó al segundo del *Century*.

El comandante estrechó las manos de John Davis y de Vásquez, quienes mediante su audaz intervención le habían permitido al *Santa Fe* adelantarse a la partida de la goleta.

Veán ahora en qué condiciones, ese mismo día, una hora antes de la puesta del sol, el aviso reconoció la Isla de los Estados.

El comandante Lafayette había reconocido su situación esa mañana y estaba seguro de su posición, que lo ubicaba en la latitud del cabo Diegos, en el extremo sudeste de Tierra del Fuego. Ese cabo fue señalado al oeste hacia la mitad de la jornada. Así que el aviso sólo tenía que poner dirección al cabo San Juan, y debía verlo en cuanto hubiera pasado la entrada del estrecho de Lemaire.

En efecto, a la hora en que el crepúsculo empezaba a oscurecer esos parajes, el comandante Lafayette distinguía con mucha claridad, si no la costa este de la isla, por lo menos los altos picos que se erguían en segundo plano. Estaba a unas quince millas, seguramente llegaría dos horas más tarde.

Fue lo que ocurrió, y el *Santa Fe* corrió hacia el cabo San Juan. El mar estaba tranquilo y apenas se sentían los últimos soplos de la brisa del mar.

Seguramente, antes de que el faro del fin del mundo hubiera sido levantado en la isla, el comandante Lafayette no habría cometido la imprudencia de acercarse tanto a tierra durante la noche, menos aún de entrar en la bahía de El Gor para llegar a la cala. Pero la costa y la bahía ahora estaban iluminadas, y él no creyó necesario esperar hasta el día siguiente.

Así que el aviso siguió su camino hacia el oeste y, al ponerse el sol, estaba a no más de cinco millas del cabo San Juan.

En ese mismo momento el *Santa Fe* había sido divisado por Vásquez y

John Davis, que observaban el mar a la altura del estrecho. Fue entonces también cuando, seguramente desde lo alto del faro, alguno de los compañeros de Kongre lo señaló, y éste tomó sus disposiciones para zarpar de apuro antes de que el *Santa Fe* alcanzara la bahía de El Gor.

Sin embargo el aviso se mantenía ahí, a media máquina. El sol acababa de desaparecer atrás del horizonte y el faro no se encendía.

Pasó una hora. No apareció ninguna luz en la isla. El comandante Lafayate no podía equivocarse respecto a su posición... La bahía de El Gor se abría a pocas millas de ahí... ¡Estaba dentro del alcance del faro, pero el faro no se encendía!...

Qué pudieron pensar a bordo del aviso, sino que el aparato había sufrido un accidente. Quizás durante la última tempestad, que había sido tan violenta, se había roto el farol, o dañado las lentes, o las lámparas habían quedado fuera de servicio. ¡Jamás, no, jamás se le hubiera ocurrido a nadie que los tres fareros habrían sido atacados por una banda de piratas, que dos de ellos habrían caído bajo los golpes de esos asesinos y que el tercero se habría visto obligado a huir para evitar esa suerte!

—No sabía qué hacer —dijo entonces el comandante Lafayate—. Se hacía de noche. No me podía arriesgar a entrar en la bahía. Debía permanecer mar adentro hasta al alba. Con mis oficiales y mi tripulación estábamos muy preocupados, y presentíamos alguna desgracia... Por fin, poco después de las nueve, el faro brilló... El retraso debía deberse a algún accidente... Hice aumentar la presión y pusimos proa a la entrada de la bahía. Una hora más tarde, el *Santa Fe* entró en ella. A una milla y media de la cala encontré una goleta anclada que parecía abandonada... Iba a enviar algunos hombres a bordo cuando estallaron disparos... Venían de la galería del faro... Entendimos que nuestros fareros eran atacados y que se defendían, probablemente de la tripulación de esa goleta... Quince minutos más tarde, el *Santa Fe* estaba fondeado en la cala...

—Y a tiempo, mi comandante —dijo Vásquez.

—Lo que no habría ocurrido —respondió el comandante Lafayate—, si ustedes no hubieran arriesgado sus vidas para encender de nuevo el faro... Ahora la goleta estaría en el mar... ¡Sin duda no la habríamos visto al salir de la bahía, y esa banda de piratas se nos hubiera escapado!

En un instante, toda la historia se conoció a bordo del aviso, y Vásquez y John Davis no se salvaron de recibir las felicitaciones más calurosas.

La noche transcurrió en calma, y al día siguiente Vásquez conoció a los tres fareros que el *Santa Fe* acababa de traer a la isla.

No hace falta decir que, desde la víspera, un gran destacamento de marineros había sido enviado a la goleta para tomar posesión de ella, ya que

Kongre seguramente hubiera tratado de volver a embarcarse y, con el reflujo, habría llegado muy pronto a alta mar.

El comandante Lafayate, para garantizar la seguridad de los nuevos fareros, debía tener un sólo objetivo: purgar la isla de los bandidos que la infestaban, quienes, después de la muerte de Carcante y de Vargas, habían quedado reducidos a trece, incluyendo a un jefe reducido a la desesperación.

Es cierto que, dada la extensión de la isla, las búsquedas podían ser largas e incluso no dar resultado. ¿Cómo podría la tripulación del *Santa Fe* registrar tanto las grutas de los acantilados del litoral como los refugios del interior? Seguramente Kongre y sus compañeros no cometerían la imprudencia de volver al cabo Gómez, ya que el secreto sobre ese refugio podía haber sido descubierto, y además la caverna no hubiera escapado a las búsquedas. Quizá pasarían semanas y meses antes de que hubiera sido capturado hasta el último integrante de la banda. Y sin embargo el comandante Lafayate no habría aceptado abandonar la isla mientras la seguridad de los fareros no estuviera garantizada por la eliminación completa de los piratas, y el funcionamiento del faro protegido de cualquier agresión.

Es verdad que lo que llevaría a una resolución rápida era el desamparo en el que iban a encontrarse Kongre y los suyos. No les quedaban más provisiones, ni en la caverna del cabo Gómez ni en la caverna de la bahía de El Gor. Y en cuanto a ésta, el comandante Lafayate, guiado por Vásquez y John Davis, pudo constatar al día siguiente que no contenía ninguna reserva, ni de galletas, ni de salazón, ni de conservas de ningún tipo. Todos los víveres habían sido transportados a bordo de la goleta, que fue llevada de regreso a la cala. La caverna sólo encerraba restos sin valor, camas, ropas, herramientas que fueron llevadas a la vivienda del faro. Aún admitiendo que Kongre hubiera vuelto durante la noche, no habría encontrado allí nada que pudiera servir para alimentar a su banda. Ni siquiera debía tener armas a su disposición, ya que los fusiles, revólveres y municiones estaban a bordo del *Carcante*. Quedaría limitado al producto de la pesca. En esas condiciones, él y sus compañeros se verían obligados a entregarse, o no tardarían en morir de hambre.

Las búsquedas comenzaron de inmediato. Diferentes destacamentos de marineros, a las órdenes de un oficial o un contramaestre, se dirigieron, unos hacia el interior de la isla, otros hacia el litoral. El comandante Lafayate llegó a ir incluso hasta el cabo Gómez, donde no se reconocieron rastros de la banda.

Pasaron varios días, y ni uno solo de los piratas había sido visto cuando, la mañana del 6 de marzo, llegaron a la muralla siete miserables fueguinos, demacrados, flacos, exhaustos y torturados por el hambre. Recogidos a bordo del *Santa Fe*, se les calmó el hambre y quedaron prisioneros.

Al día siguiente Riegal, el segundo, que visitaba la costa de la punta Vancouver, descubrió en ella cinco cadáveres, entre los cuales Vásquez pudo reconocer a dos de los chilenos de la banda. Por ciertos indicios se constató que habían tratado de alimentarse de pescados y crustáceos; pero en ninguna parte había una hoguera ni carbón apagados, ni cenizas, y con certeza no tenían ningún medio de procurarse fuego.

Por fin, al atardecer del mismo día, un poco antes de la puesta del sol, un hombre apareció en la cima del acantilado, del lado que dominaba la cala.

Era casi en el mismo lugar desde donde John Davis y Vásquez habían observado la partida de la goleta, después de que el aviso hubiera sido visto a la altura de la isla.

Ese hombre era Kongre.

Vásquez, que caminaba por la muralla con los nuevos fareros, lo reconoció de inmediato y exclamó:

—¡Ahí está... ahí está!

Al oír ese grito, el comandante Lafayate, que recorría el arenal con su segundo, acudió corriendo.

John Davis y algunos marineros se habían lanzado en su búsqueda, y todos, reunidos en el terraplén, pudieron ver al jefe de la banda.

¿Qué iba a hacer a ese lugar?... ¿Por qué se dejaba ver?... ¿Tenía intenciones de rendirse?... Sin embargo, él no podía tener dudas acerca de la suerte que lo esperaba... Sería llevado a Buenos Aires y pagaría con su cabeza toda una existencia de robos y muertes.

Kongre permanecía inmóvil en la cima del acantilado. Su mirada se zambullía a sus pies, en la cala. ¡Y junto al aviso podía ver esa goleta que la suerte le había enviado tan oportunamente al cabo Gómez! Sin la llegada del aviso que había impedido su partida, habría estado desde varios días antes en los mares del Pacífico, donde él y los suyos hubieran podido sustraerse a todas las persecuciones y asegurar su impunidad...

Como se comprenderá, el comandante Lafayate debía tratar de capturarlo. Así que dio unas órdenes y Riegal, seguido por media docena de marineros, se deslizó afuera de la muralla para ganar el bosque de hayas, desde donde, remontando la barrera rocosa, les sería fácil alcanzar la meseta.

Vásquez y John Davis guiaban al grupito por el camino más corto.

No habían dado ni cien pasos más allá del terraplén cuando una detonación resonó en la cima, y un cuerpo, proyectado al vacío, fue a caer sobre las rocas de la base.

Kongre había sacado un revólver de su cintura, lo había apoyado en su frente...

El miserable se había ajusticiado, y ahora la marea descendente se llevaba su cadáver hacia el mar.

Ése fue el desenlace de este drama de la Isla de los Estados.

No es necesario decir que, desde la noche del 3 de marzo, el faro ya no había dejado de funcionar. Los nuevos fareros habían sido puestos al corriente del servicio por Vásquez. Ahora ya no sobrevivía ni un solo hombre de la banda Kongre.

En cuanto a John Davis y Vásquez, iban a embarcar en el aviso que regresaba a Buenos Aires. Desde allí, Davis sería repatriado a Mobile, donde sin duda no tardaría en obtener el puesto de mando que merecían su energía, su coraje y su valor personal.

En cuanto a Vásquez, iría a su ciudad natal a descansar de tantas pruebas soportadas con tanta resolución... ¡Pero volvía solo, sus pobres camaradas no volvían con él!

La tarde del 9 de marzo, el *Santa Fe* hizo sus preparativos para la partida. El comandante Lafayate dejaba a los nuevos fareros en total seguridad y, así como lo había visto durante su última salida de la bahía de El Gor, veía el mar a su alrededor iluminado, hasta ocho millas de distancia de la Isla de los Estados, por las luces proyectadas con un fuerte resplandor por el faro del fin del mundo.

notes

Notas a pie de página:

1. Barco de guerra muy pequeño y rápido, utilizado para llevar órdenes (*N. del T.*).
2. Aproximadamente 71 kilómetros (*N. del A.*).
3. Desde entonces, como consecuencia de la división de la Magallania en 1881, depende de la República Argentina (*N. del A.*).
4. En inglés en el original. La palabra significa *arroyo* (*N. del T.*).
5. Aproximadamente 14 kilómetros (*N. del A.*).
6. Barco de vapor. En inglés en el original (*N. del T.*).
7. En inglés en el original (*N. del T.*).
8. En blanco en el original (*N. del T.*).
- 9 Textual, en el original (*N. del T.*).